



ANTONIO DUCAY

**DESDE
LA CALLE**
RELATOS QUE NO OLVIDARÉ

CDS CO

Antonio Ducay

DESDE LA CALLE

Relatos que no olvidaré

CDSCO

Primera edición digital: febrero 2021

Diseño de carátula: Jesús Casa

Diseño interior: Jaime Mendoza

Edición: CDSCO

Av. Pardo 231, of 861

Miraflores. Lima. Perú.

ISBN versión digital: 978-612-46743-4-1

Se permite la reproducción total o parcial
de los textos de este libro,
sin necesidad de citar la fuente.

Cuando estoy en camino,
y todavía es tiempo.

.

Índice

Presentación	9
“Maldito desayuno”	11
“Tardé, pero lo descubrí”	14
Encuentros callejeros	16
Viaje de veinte años.	17
“Mi vuelo en ala delta”	20
¿Qué hay “Después”?	24
Llamada al más allá	26
Una almohada de un millón de dólares	30
“¿Usted en qué trabaja?”	31
Jesucristo ¿Rey del mundo?	35
“Yo creo que ha sido ella”	36
Navidad en mi ómnibus	38
Cuento de Navidad o...	40
¿Qué cambia en Navidad?	42
“Siéntese, zambito”	44
Año Nuevo y película antigua	47
Dos verdades sobre las drogas	49
“Mis consejos valen un sol”	50
Carrera contra el tiempo	52
Regalos para el Año Nuevo	56
¿Qué es el Purgatorio?	57
El Ferrari y el Volkswagen	59
“Mi música agrada a Dios”	61
“Te llevaba en brazos”	63

Pedro, débil y rebelde	64
Cambio de carro	66
La plataforma flotante y la Eucaristía	69
“¿Dónde estoy?”	71
La noticia se llama Carolina	73
Tomás apuesta fuerte	78
Algo ocurrió en la película de Gibson	80
El Papa Francisco tenía un proyecto	82
Una moto, un balazo	84
La estrella	86
¿Hay un hombre en casa?	88
“¿Sabes quién soy yo?”	89
La masonería ¿qué es eso?	92
El cofre del tesoro	94
“Católicos fanáticos”	95
“¿Cómo te puedo ayudar hoy?”	103
Marta y María	107
“Míreme, que también soy persona”	109
¿Tirar al tacho un futuro?	111
“Patinó la camioneta”	114
“Me fui con el chico”	117
¿Qué hacen los demonios?	120
Las “peleas” entre María y José	126
El directivo de mi club	129
Ateos de nacimiento	132
Artista sobre los esquís	133
Dos amigos en camping	137
Carta de un futbolista gay	138
Experiencias de un retiro	140

“Lechuguita”	142
Los poetas y la Eucaristía	145
Alessandra Borghese	147
El pan a los perros	151
“¿Qué hay dentro del sagrario?”	153
La Virgen del Pilar	156
“Tú eres hombre y tú mujer”	159
Apostar a ganador	161
Atesorar para el cielo	162
¿Y el fin del mundo?	164
Dos mujeres perdedoras, que triunfan	166
“2-0 en contra”	169
Jesucristo y Satanás	171
El milagro de Guadalupe	173
“Rezaré para el 04”	176
Jesús y un muchacho	177
Isidoro Zorzano	180
“No tengan miedo”	184
Asombrarse	186
La primera plata para los míos	188
“¿Qué pensarán ellos?”	190
“¿Puedo salir esta noche?”	191
“Ando perdido”	194
“Llenar tu vaso”	196
El valor de un whisky	198
El Papa Francisco en Lima	203
Los ángeles de la guarda	206
La importancia de tener amigos	209
“Necesito mantenimiento”	212

“Hoy...”	213
La Virgen, mujer poderosa	216
La ametralladora	219
“Vayan por todo el mundo”	220
Un Jueves Santo	222
Había una testigo	223
Libertad y autonomía	226

Presentación

Acostumbro a tomar un taxi para recorridos de diez o quince minutos. Subo adelante, saludo al taxista. La respuesta es muy variada. A veces encuentro a alguien que tiene deseos de conversar. Como no es frecuente que lleve en su taxi a un sacerdote, es muy posible que desee conversar más. La gran mayoría lleva colgado un rosario, o una imagen, o la estampa de una Virgen, patrona de su región. La miro y normalmente me explica por qué la tiene ahí, con lo cual empieza a soltarse. Hay taxistas de caracteres muy diversos, son todo un mundo. Sus temas son muy variados, tantos como la vida misma.

Las páginas que siguen no solo reúnen conversaciones con taxistas, también otras en diferentes lugares de la calle, o relatos que me impactaron en diversos momentos, o escenas de la vida de Jesucristo, el gran referente de la vida de cualquier persona, aunque para muchos sea, sin su culpa, un desconocido. Todas ellas, son situaciones que nunca olvidaré.

Importan mucho esos sucesos, en cuanto son un reflejo del sentir común. Mark McCormack, un buen intelectual graduado en Harvard, ha escrito un libro de muchas ediciones titulado “Lo que no te enseñan en la Universidad de Harvard.” En él

dice: *“Nada sustituye al sentido común y a la sabiduría popular. No tengo nada contra los superdotados intelectualmente, ni contra los currículum cargados de honores, lo que quiero decir es que, además de eso, hace falta el sentido común y la sabiduría popular.”*

En este libro, “Desde la calle”, deseo presentar esta sabiduría popular de un buen número de gentes, que cuentan algo que hacen o que les ha ocurrido. Ponen de manifiesto un sentimiento muy importante, que todos tenemos adentro: el deseo escondido de Dios. Es el tesoro de cualquier persona, aunque no lo sepa. Conocer estos hechos nos ayuda a descubrir nuestro tesoro.

“Maldito desayuno”

Me subí al taxi y hubo un silencio. Después de un rato, le comenté que al día siguiente era el domingo de Pentecostés, el día del gran cambio de los apóstoles y también cambio nuestro, si queremos. Y me dijo:

-Yo he cambiado mucho.

Creí que me iba a contar algún cambio de por dentro, pero salió por donde menos esperaba:

-Hasta hace poco manejaba un camión grande, con remolque, y ahora estoy en este pequeño auto. Doce años anduve con el camión.

Siempre he admirado a esos señores que van con tremendos camiones por la pista, aunque a veces también he querido matarlos. Le pregunto:

-En doce años, ¿cuál fue su momento más difícil?

Se ríe y me dice que no sabe si me lo puede contar:

-En verdad, fue bien difícil, no me olvidaré nunca.

Tengo que rogarle un poco, pero me lo cuenta. Y ahora mi problema es mío para contarlo aquí. Pero lo cuento.

Le ocurrió que una mañana, al salir de Arequipa, camino de Lima (algo más de mil kilómetros), su copiloto arequipeño lo invitó a

tomar un desayuno típico. El copiloto quiso obsequiarlo con un buen guiso arequipeño, un desayuno potente. Pararon en un lugar que conoce, se acomodaron en una mesa y despacharon un buen guiso humeante, de los de cuchara, tenedor y cuchillo. Luego, los dos al camión. Como Arequipa está a 2.500 metros de altitud y Lima en la costa, al salir de Arequipa hay unos largos kilómetros de curvas. Durante esos kilómetros, la pista va encajonada entre la roca y el abismo. No es muy ancha, resulta bien para un automóvil, pero muy justa para un camión con su tráiler.

Entraron a los kilómetros de curvas. Al rato, el desayuno potente hizo su efecto en el piloto limeño y no en el copiloto arequipeño. La necesidad se iba haciendo cada vez más urgente, hasta que llegó a ser apremiante. Ni la pista ni el tráfico permitían detener el camión. La única solución era acelerar. Así lo cuenta:

-Me tiré con el camión hacia abajo, como loco. Veía que el remolque atrás se movía. No lo perdía de vista. Los ojos fijos en la pista y en el remolque. El estómago me urgía a parar o a correr. Detenerme era imposible, no había sitio. El copiloto espantado me decía: “¡nos vamos a matar!” Yo le contestaba: “¡Tú tienes la culpa, por tu maldito desayuno!” Era una carrera, no sé

si llamarla contra reloj o contra qué. Terminaron las curvas, que se me hicieron eternas, y encontré, por fin, un pequeño ensanche, con una casita que tenía un cartel de “Restaurante.” Cuadré el camión de cualquier modo y entré rápido. Pregunté por el baño. A los pocos minutos, salí, despacio, tranquilo y volví a subir al camión. La vida era distinta. Nunca hice un recorrido hasta Lima más feliz y con un copiloto más asustado, por el recuerdo de las curvas. No le faltaban motivos.”

Nos reímos y me fue contando otros recuerdos suyos con el camión y su remolque. Yo le pregunto:

-¿Dónde se encuentra más feliz, en el tráiler o en el taxi?

Me dice que añora el tráiler, que allí se sentía el rey de las pistas. Me aclara que siempre fue prudente, respetuoso de los autos pequeños y de los otros camiones, pero que la sensación de manejar su gran camión es inolvidable. “Ahora, es un gran cambio”. Aprovecho para hablarle del cambio de los apóstoles, antes de Pentecostés y después, cuya fiesta está muy próxima. El taxista, como hablando consigo mismo, dice: “yo también tengo cosas que cambiar.”

-Todos tenemos cosas que cambiar, le digo, nuestro cambio dura toda la vida. Y además, cada uno sabe qué cosas concretas tienen que cambiar.

Pueden parecer muy pequeñas, cosas de carácter, egoísmos, orgullos, modos de ser. Creemos que “siempre he sido así” y que ya tiene difícil arreglo. Y no es verdad. Todo tiene arreglo, más fácil de lo que imaginamos, sobre todo si le pedimos ayuda al Espíritu Santo. El problema es que hay que concretarlo y empezar ya.

Como se queda callado y pensativo, le digo:

-El Espíritu Santo hace fácil lo que puede parecernos difícil. Basta con querer. Pero empezar ya. Nos despedimos y me bajo del taxi.

“Tardé, pero lo descubrí”

A los pocos meses de ordenarme sacerdote, di clase de religión en el colegio Markham, un colegio inglés de Lima. Pasaron muchos años y una de las promociones, celebró los cincuenta años de salida del colegio. Me pidieron que les dijese una Misa. Faltaban pocos días para la Navidad. Celebré la Misa para ellos, por sus familias y por los que ya nos dejaron. Al salir, recordamos anécdotas, nos reímos bastante. Uno, me miró con aire de decir algo importante y soltó:

-Tardé muchos años, pero comprobé que era verdad todo eso que nos dijiste sobre Jesucristo y los sacramentos.

-

-Te felicito. Por fin descubriste lo importante y eso te cambió la vida.

No me dijo nada, pero sonreía. Los demás, escuchaban. Pensé que era el momento de decirles algo.

-Mañana es Nochebuena. Les propongo el reto de lograr que esta Navidad sea la mejor de todas las que han vivido hasta ahora. No se olviden de decir una cosa bonita a su esposa, a sus hijos, quizás a sus nueras o sus yernos. Y algo más bonito todavía a esa mujer joven que mañana nos traerá el mayor regalo posible: nos regalará al mismo Dios. Su nombre es María. Todos lo queremos y Ella nos quiere a nosotros todavía más.

Luego, cambiamos el tema, volvimos a los recuerdos, a las bromas y nos despedimos con abrazos. Acordamos que aunque no fuesen los cincuenta años, la próxima Navidad nos volveríamos a reunir.

Encuentros callejeros

Iba caminando por Miraflores, cuando escucho que un carro de la policía municipal, se dirigió hacia mí haciendo sonar su estridente bocina. Pensé: “¿qué habré hecho?” Llegó junto a mí. Se paró, se bajó el policía y, ante mi sorpresa, me preguntó si podíamos conversar unos minutos. Era una calle poco transitada. Le dije que sí. Hizo unas consultas personales. Tenía tiempo, así que pudimos conversar tranquilos, unos diez minutos. Antes de subir al automóvil, me pidió si podía darle la bendición. Se la di y nos despedimos. Avancé unos pasos, cuando una señora que venía por la otra vereda, con dos niños pequeños de la mano, me pidió que también le diese la bendición. Lo hice cordialmente. Iba a continuar cuando la señora me pidió que le diese la bendición a los niños, uno por uno. Lo hice y seguí dando gracias a Dios.

Poco después, pasé por la puerta de un buen edificio que mira hacia el mar, cuando salía un señor ya mayor, acompañado por una enfermera. Me vio y recitó medio cantando, una frase en latín de la antigua misa, en tono de burla. Probablemente fue monaguillo de chico, porque

la recordaba en latín. Yo debí callarme, pero le dije, casi sin darme cuenta:

-Con sus años, lo que debería hacer, en vez de burlarse, es confesarse.

La enfermera miró asustada. Enseguida le pedí disculpas a los dos, luego les di la bendición y me disponía a irme cuando el señor me dijo:

-Muchas gracias, voy a hacer eso que me ha dicho.

Pensé que el Espíritu Santo se sirve hasta de lo que a uno se le escapa sin pensarlo, hasta de los errores o de las respuestas poco afortunadas. Así somos. Y así nos quiere Dios, si sabemos rectificar.

Viaje de veinte años

Subo a un taxi, saludo como siempre, la respuesta es más o menos parca. Cada uno es distinto. Pero hay sorpresas. Aquí saltó una. Nos miramos y él me hizo una pregunta:

-¿Usted es sacerdote?

-Pues sí.

-Le cuento que hace tres meses me confesé y llevaba veinte años sin hacerlo.

Me da alegría y lo miro como felicitándolo.

Noto que quiere seguir hablando y no digo nada:

-Estuve en Polonia, en la casa que vivió Juan Pablo II.

-¿En Polonia?

-Es que mi hermano se casó con una polaca y vive allí. Nos invitó a mi madre y a mí por los diez años de su matrimonio. La ciudad se llama Wladowice, donde vivió san Juan Pablo II. Visitamos su casa, nos hablaron de él y me llegó bien adentro. Yo ya quería volver a Dios, pero lo iba dilatando. Al día siguiente, asistimos a la misa por su aniversario. Vi que había un sacerdote confesando y me dije, “este es el momento, ahora o nunca, pero el problema es que no sé polaco y el sacerdote no sabrá castellano.” Le dije a mi hermano que quería confesar, pero que estaba el problema del idioma. Me dijo: “voy a explicarle y le pregunto.” Fue y me hizo señas de que me acercase. Me acerqué y me confesé.

-Y eso, ¿fue hace tres meses?

-Sí. Cuando volví a Lima, me volví a confesar y repetí lo que había dicho en Polonia, porque quería que el sacerdote me entendiese. Me escuchó y me dijo varias cosas, entre ellas que es Jesucristo quien perdona los pecados, a través del sacerdote y, además, da gracia y fuerza para todo lo que necesitamos. A partir de ese momento, me

confieso cada dos o tres semanas. No quiero perderme la misa ningún domingo.

-¿Cómo se siente ahora?

-Noto que mi carácter ha cambiado. Tengo una tranquilidad que no tenía antes, era gruñón, regañaba por cualquier cosa. Mi esposa dice que ahora se puede hablar conmigo, que así era yo de enamorados y que por eso se enamoró de mí. Ella habla más, es alegre. Con los chicos ahora nos hacemos bromas y me cuentan sus cosas.

Lo felicité. La carrera era corta. Como vi que estábamos llegando, le dije lo que quería decir. Que Dios entra con naturalidad en la vida de las personas, pero cuenta con nuestra libertad. Entra si nosotros le dejamos. Que él le dejó entrar y se ha encontrado un tesoro, que lo cuide, que aunque vengan momentos de dificultad, que recomience enseguida.

Al bajarme, volví a decirle que ese es su tesoro y que nadie quiere tirar un tesoro por la ventana. Vi que cortó un papel de su periódico y escribió su correo. Le prometí que le escribiría, para que tuviese el mío. Ha pasado buen tiempo, y de vez en cuando él me escribe y yo le escribo. Somos buenos amigos.

“Mi vuelo en ala delta”

-Tengo 18 años, soy sueco y estoy a punto de volar en ala delta. Esta vez, con una novedad: en vez de tirarme desde una montaña, como en otras ocasiones, voy a enganchar mi ala delta a un automóvil, que al arrancar y correr por la pista me elevará en el aire gracias a su potencia. Pronto va a arrancar y despegaré. He soñado miles de veces con este momento. Estoy ansioso por llegar a la misma altura que las grandes aves, aprovechando las corrientes de aire, como hacen ellas, sé que ahora me remontaré, como mucho, a unos 50 metros. Cuando me quedo solo en el aire empiezo a gozar de una sensación grandiosa de libertad.

El automóvil arrancó y aceleró fuerte. El ala delta despegó. Pero pasó algo: a los pocos segundos el ala delta comenzó a perder sustentación. Me encaramé hacia delante, conteniendo los nervios, hasta que logré coger uno de los cables para bajar el morro. Casi estabilicé el aparato, cuando hizo un viraje imprevisto y, a pesar de mis esfuerzos y maniobras, se fue hacia abajo. Conseguí planear, hasta que acabó estrellándome contra el suelo. Pensé: voy a morir, este es el último instante de

mi vida. Pero un segundo después me invadió esta íntima certeza: No; no es mi último instante.

Me dijeron los médicos que tuve mucha suerte, porque salvé la vida. Que me quedó muy dañada la columna vertebral y estaría varios meses en la clínica. Me acompañaron mucho mis padres y mis hermanos; también venían algunos de mis amigos.

Un día, mi hermana Gabriela me aconsejó que le agradezca a Dios el hecho de seguir vivo. Le dije que, como ella sabe, no soy creyente y mis padres y mis amigos tampoco lo son. Ella se quedó callada. Seguí diciendo que en mis dieciocho años de vida nunca nadie me ha hablado de Dios ni he pensado en él para nada. Pensé en divertirme con mi moto, luego, tuve un carro deportivo y más tarde mi pasión fue el ala delta. Ahí me dijo:

-Pero nunca más vas a poder volar y estás vivo porque Dios ha querido, ¿no le vas a dar gracias?

Me sirvió lo que me dijo Gabriela. Dios, darle gracias. No sabía si existía o no. ¡Qué largas se hacen las noches en un hospital! Por primera vez pensé en Dios, en mi vida, en la muerte que me pasó rozando. Una de esas noches, grité, casi sin darme cuenta: “¡Dios, si existes, házmelo saber! Nadie me ha hablado nunca de ti.” No sé qué pasó. En ese momento noté que Dios estaba ahí, a mi lado. Fue como un descubrimiento. Al día

siguiente, se lo conté a uno de los amigos del grupo. Medio se sonrió y me dijo:

-En una situación tan fuerte como ésta, hay alucinaciones, que luego en la normalidad de la vida se esfuman.

Pero no era una alucinación. En los meses de la clínica yo seguía con una paz muy grande y leí libros de todo tipo, algunos eran de cosas de vida espiritual. Gabriela me vio un día con uno de ellos y se reía de mí porque nunca me había visto leyendo eso. Le conté lo que me pasó. Me dijo que era normal, primero porque ella rezó por mí y segundo porque Dios te quiere, nos quiere a cada uno. Mi cambio le parecía normal.

El problema sería cuando saliese de la clínica. ¿Todo se esfumaría? Se lo dije alguna vez a mi hermana y ella me dijo sencillamente que no. Que tuviese confianza. Pero que mi vida sería muy distinta.

Pasaron unos meses y me llegó el momento de salir. En la clínica había pensado mucho mi futuro. Me asombraba que estaba más contento que antes, aunque con muchas incógnitas. Seguí con mi grupo de amigos. Tomé más en serio mi carrera universitaria. Mis movimientos eran limitados, sabía que iría mejorando poco a poco, pero nunca podría hacer ningún tipo de deporte. Temía que mi descubrimiento de Dios se iba a esfumar de un momento a otro, pero les cuento

que hace cuatro años que salí de la clínica y se ha ido haciendo cada vez fue más sólido.

(Ahí termino yo su relato. Si lo desean, pueden encontrarlo más desarrollado en un libro de entrevistas, escrito por José Miguel Cejas, cuyo título es "Cálido viento del norte". Esta ha sido mi fuente. Es un buen libro que les recomiendo.)

En mis años de sacerdote, he escuchado cosas parecidas cientos de veces, a personas corrientes, que han vivido su descubrimiento, su conversión personal.

Otros, desde niños han vivido en un clima próximo a Dios y no han tenido que convertirse de un ateísmo práctico, pero quizás necesiten descubrir a Dios en su vida y meterlo en ella de una manera distinta a como lo ven ahora. Hay muchos descubrimientos en la vida, en muchos temas, también en el tema de Dios. pero en algún momento han tenido que hacer propio lo que de niño era recibido de otros.

Y hay otros que siguen sin descubrirlo.

¿Por qué ese chico lo descubrió? Porque lo pidió y lo pidió a gritos. Algo importante. Pedirlo y pedirlo con fuerza. ¿Pedir, qué? Cada uno sabe lo que tiene que pedir. Y si no lo supiese, lo único que tiene que hacer es pensarlo un poco y dirigirse a Dios, pidiéndole ayuda, como hizo ese chico. Dios nos escucha siempre. A partir de ese

momento, puede estar seguro de que todo va a ir mucho mejor. Es cuestión de vivir personalmente la experiencia.

¿Qué hay “Después”?

Les cuento lo que me sucedió un día en la universidad de Piura. Faltaban diez minutos para acabar la clase. Lancé el consabido:

-Saquen papel y lápiz. Va una pregunta escrita.

-No, por favor!!!

Ellos saben que nunca hago una pregunta por sorpresa. Pero esta vez insistí.

Puse en letras grandes en la pizarra:

-¿Qué hay después?

Me dijeron:

-Clase de costos

-¿Y después?

-Fin de semana (Era viernes)

-¿Y después?”

Hubo silencio, algunas sonrisas de haber entendido.

Poco a poco fueron arrancando a escribir, ponían cara de pensar. Es importante pensar. Cuando uno piensa encuentra respuestas. Me entregaron los papeles que eran de lo más variados. Muchos estaban casi en blanco. La mayoría me decían que no lo habían pensado nunca. Alguno mencionó la reencarnación. Otros, pocos, que después de esta vida no hay nada. Otros que sí hay algo, pero no sabían qué. Y algunos pocos contestaron que hay una vida eterna, el cielo, el purgatorio y la condenación eterna. Me dio tema para la clase siguiente, me hicieron muchas preguntas. Y yo se las devolví. Como habían pensado, acabaron diciendo ellos mismos lo que hay después. Fui yo el que les hizo un montón de preguntas. “¿En el cielo va a ser todo igual o habrá sorpresas, descubrimientos?” “¿Podremos hacer lo que aquí me gustaba más?” “¿Va a ser “divertido?” “¿Nos conoceremos unos a otros?” “Después de la resurrección estaremos con el cuerpo, pero ¿cómo?” “Y el purgatorio, ¿cómo es eso?”

Al hablar del cielo, fueron “acertando” bastante, aunque les recordé que “no podemos imaginar las cosas que Dios tiene preparadas para los que le aman”. Pero en lo del purgatorio había muchos más silencios. Lo que pretendía es

hacerles pensar, que se planteasen el tema. Lo que más les impresionó es saber que la vida de allá depende de lo que hagamos acá, que este es “tiempo de elegir”, que ellos, mis alumnos, quieren “pasárselo bien” y también Dios quiere lo mismo, lo cual es el mejor negocio, pasarlo bien acá y allá. Si elegimos mal, lo pasamos mal acá y allá, y es el peor negocio.

Entendieron que para ser libres hay que conocer lo que elegimos, si elegimos “a lo loco” puede resultarnos muy mal.

Quedó muy en el aire lo del purgatorio. En la clase siguiente tratamos de ese tema. Hubo muchas preguntas por parte de los alumnos.

Llamada al más allá

Era el día dos de noviembre. Querían saber muchas cosas del más allá. Hicimos algo que también hacíamos en otras clases. Unos preparaban el tema y lo exponían. En esta ocasión, me preguntaron si podían imaginar una conversación con los que ya están en el más allá. Yo dudé, pero los dejé hacer.

Cuando llegamos a la clase, primero hice una introducción centrandó el tema, dije algo sobre las verdades eternas y les di la palabra a ellos. Esto es, en resumen lo que ellos hicieron. Explicaron que iban a hacer un diálogo imaginario con los que ya se fueron de este mundo:

“-¿Dónde están ustedes?

-Estamos en tres situaciones distintas. Unos vienen directo hacia un lugar fabuloso, inimaginable, que llamamos cielo; otros también vienen hacia acá, pero han de pasar por una antesala que llamamos purgatorio; y otros (no lo sabemos, pero suponemos que son pocos) van hacia una situación lamentable, donde se pierden para siempre.

-¿Y cada uno elige o está determinado su destino eterno?

-Depende totalmente de él, cada uno elige. Según su modo de vivir, va a un sitio o a otro. Es lo que llamamos libertad.

-¿Dios ayuda a elegir bien?

-Por supuesto, cada uno recibe muchas ayudas, que se llaman gracia de Dios. Jesucristo, que es Dios, murió en la Cruz por salvarnos. Se entregó por nosotros, “para que todos los hombres se salven”. Pero no todos aceptan la salvación que Jesucristo nos ha conseguido. Cada uno decide, con su libertad, si corresponde a esas gracias de Dios o las rechaza.

-¿Y los que no creen en todo eso?

-Ellos comprobarán que es así. Son realidades que existen con independencia de que lo crean o no. Dios es misericordioso y ayuda a todos a elegir la felicidad para siempre. Pero, como te digo, cada uno decide si acepta la gracia de Dios o la rechaza.

-En ese sitio que llamas cielo, se está para siempre. ¿Me podrías explicar cómo es?

-¿Tú crees que Dios te quiere muchísimo y que es omnipotente?

-Bueno, sí, lo creo, pero deseo creerlo con más firmeza, porque a veces tengo dudas.

-Pide a Dios que lo creas con más firmeza, porque la fe la da Dios y la da siempre a quien la pide.

-Los que están en el cielo ¿qué tal se lo pasan?

-Nos lo pasamos fabuloso. Aquí vivimos una felicidad total. Es mucho más de lo que te imaginas. Imagina todo lo que puede prepararte para ti un Dios que te quiere muchísimo, que es infinitamente sabio y que lo puede todo. Eso es el cielo.

-Se me ocurre una duda. El cielo es para siempre, ¿no resultará aburrido?

-Nada que ver. Cada instante empiezas una felicidad nueva, sorpresas continuas.

-A alguien que conozco lo cremaron, metieron sus cenizas en una cajita, las tiraron en el mar, no quedó nada.

-Lo de las cenizas y eso que me cuentas no importa nada para Dios. Lo que importa es cómo fue su vida y cómo fue su final.

-Esta persona que te digo era un hombre bueno, hacía bien a los demás. No sé mucho de él. Recuerdo su nombre. N.N.

-Ah! Lo conozco. Está feliz. Aquí nos conocemos todos, aunque somos una multitud inmensa, que nadie puede contar, es una gran familia, y nos conocemos bien.

Ahí terminó la exposición del grupo de alumnos. Habían estudiado el tema y decidieron darle ese “formato” para hacerlo comprensible a sus compañeros. Al menos consiguieron que hubiese muchas preguntas. Algunas, las contestaron ellos mismos, otras yo entraba en el tema. Procuré que les quedase claro a los alumnos lo que dice la Biblia, refiriéndose al cielo: “ni oído oyó, ni ojo vio, ni mente alguna pudo imaginar las cosas que Dios tiene preparadas para los que le aman.”

Lo del purgatorio era tema para largo y quedó para otro día. (Lo abordaremos en estas páginas)

Una almohada de un millón de dólares

En algún recorrido largo de taxi, el taxista me dijo:

-¿Ha dormido alguna vez en una almohada de un millón de dólares?

Nos reímos.

-Yo sí. Es que he trabajado de guardián en una bóveda bancaria y dormía sobre bolsas de dinero, dólares, euros.

Lo miré sin decir nada.

-Puro papel, por el que la gente hasta se mata y no estoy seguro de que sirva para hacerla feliz.

Siguió contando sucesos de aquella época. Uno de los guardianes abrió una noche una bolsa y sacó algunos paquetes. Lo tenía muy pensado, luego la volvió a coser muy bien, pero lo que no sabía es que se pesan las bolsas dos veces al día y si no dan el peso exacto, todo se descubre. Además, los expertos descubren enseguida cuando una bolsa se ha abierto y se ha vuelto a cerrar. Tuvimos problemas todos hasta que lo descubrieron a él.

Yo pensé en lo que nos dice Jesucristo: que hagamos "bolsas que no roban los ladrones y que no roe la polilla." Se lo dije al taxista. Y hablamos de eso. También le dije aquello que nos aconsejó Jesucristo: "atesorad para el cielo." Se me ocurrió preguntarle a mi taxista:

-¿Si nos regalasen un millón de dólares y nos los quitasen a los pocos minutos, qué le parecería?

-Nos parecería una mala broma.

Realmente, quienes tienen millones de dólares un día se los van a quitar, porque se irán sin nada. Los matemáticos nos dicen que la diferencia entre unos minutos y unos cuantos años, comparada con el infinito de la eternidad, es mínima. Los matemáticos dicen que es tan pequeña que “tiende a cero.”

Por eso, Jesucristo nos está diciendo eso de las bolsas que no pueden robar los ladrones y, en cambio, lo de conseguirmos tesoros que nos podamos llevar al cielo. Los otros tesoros son una mala broma.

“¿Usted en qué trabaja?”

Los taxistas son todo un mundo, unos se mueren de ganas de conversar, otros ponen cara de huaco; pero tengo la experiencia de que un sacerdote los “dispara”.

-¿Usted es sacerdote?

-Sí, de la Iglesia Católica.

-¿Y en qué trabaja?

-Trabajos múltiples. Un sacerdote administra los sacramentos, bautismos, matrimonios, visita a los enfermos, da clases de catecismo, tanto en las escuelas como en su parroquia, prepara a novios para el matrimonio y a padres y padrinos para los bautizos. Su ocupación central y más importante es celebrar la misa, los fines de semana varias al día. Algunos sacerdotes, tienen que atender otras parroquias vecinas o capillas dentro de la suya. Recibe visitas para ayudar personalmente a todos los que los deseen, pasa unas horas en el confesonario. Tiene el día lleno de trabajo.

-¿Y pagan bien?

-Ganaría más dinero si no fuese sacerdote.

-¿Entonces por qué no se cambian?

-Siendo sacerdote ganan más ante Dios y ante sí mismos. Lo mismo le sucede a usted, que gana dinero con el taxi, pero lo hace por su esposa sus hijos.

Se queda callado y entiendo que no debo seguir por ahí.

Estamos cerca de Pentecostés.

-Voy a hablarle como sacerdote. ¿Le suena algo Pentecostés?

-De niño escuché algo de un fuego... ¿cómo es eso?

-Le cuento. Cuando se fue a los cielos Jesucristo, les dijo que les enviaría el Espíritu Santo, y que entenderían entonces las cosas que Él les había dicho. A los diez días, descendieron sobre ellos como unas llamas de fuego y los cambiaron totalmente.

-Pocas cosas quiero con el fuego.

-Ese fuego no hace daño. El fuego que usted conoce hace tres cosas, la primera es que quema, por ejemplo quema basuras, las que cada uno tenemos dentro. Cada uno lo sabe muy bien; yo sé las que yo tengo, y supongo que usted sabe las que tiene dentro.

No entra el tema y pregunta:

-¿Qué otra cosa hace el fuego?

-Pues calienta lo que hay a su alrededor, por ejemplo, puedo dar un ambiente cálido en mi familia, ocupándome de mi familia o puedo encerrarme en lo mío y el ambiente familiar está frío.

-Ya! ¿Y la tercera cosa?

-El fuego también da luz, alumbrando, una luz hace ver el camino y también se lo hace ver a los demás. A veces tenemos dudas sobre nuestra vida y Dios nos habla a cada uno, sin cosas extraordinarias.

Como no dice nada, aunque parece que escucha, sigo:

-Además, el fuego nunca se cansa uno de verlo, es una llama viva, de mil colores, muchos lo miran y cada uno ve una maravilla distinta. Eso nos pasa cuando miramos a Dios, cada uno descubre algo distinto. Usted trate de mirar a Dios (me señala una estampa del Señor de los Milagros, que debía ser de su abuela por lo arrugada que se ve).

-Llegué y nos despedimos. Cuando bajo me dice:

-Por la noche veo el camión de la basura y me acordaré de eso.

-Y cuando sienta en el taxi el calorcito de este sol veraniego, también se acordará del Espíritu Santo.

-Y cuando vea la luz tan débil de mi urbanización.

Quemar lo que sabemos que debo eliminar, dar calor a mi alrededor y pedirle luz a Dios, lo necesitamos todos.

Jesucristo ¿Rey del mundo?

Le hablo a un amigo de que mañana, fiesta de “Cristo Rey” es nuestra fiesta, porque todos, de algún modo, formamos parte de Jesucristo y podemos decir que triunfamos con Él.

-Tengo mis dudas con eso de “rey del mundo”, la mayoría son muy indiferentes.

-¿Cómo lo sabes? Los vemos por fuera y no por dentro. Además, los vemos ahora y no cómo serán en unos años. La gente cambia mucho.

-¿De qué les sirve cambiar si toda su vida han sido como ha sido?

-Ese ladrón que crucificaron junto a Jesucristo cambió en los minutos de descuento. Le dijo: "¡acuérdate de mí cuando estés en tu Reino!" y Jesús le dio mucho más de lo que pedía: “hoy estarás conmigo en el Paraíso!” Es san Dimas, un santo. Es la generosidad de Dios. Aunque también puede suceder lo del otro ladrón que estaba junto a Jesús, ese no cambió. Los dos vieron y oyeron lo mismo, uno cambió y otro no.

Es la libertad, uno puede elegir bien y llevar su vida al éxito, o elegir mal y llevarla al fracaso. Es importante pensarlo.

“Yo creo que ha sido ella”

No conozco una madre que antes de la media hora de conversación no haya hablado de sus hijos. A veces dice "los míos." La Virgen, como es mujer y es madre, también hablará con Dios de nosotros le contará algo diciendo "el mío," "la mía". Y probablemente conseguirá con su habilidad materna que alguno de "los suyos" empiece a deshacer algún nudo en el que se ha metido. Yo sé de alguien que le deshizo bastantes nudos.

Me sucedió en Lima hace pocos años. Conversaba con un chico que estudiaba universidad, mitad de carrera. Nos veíamos más o menos una o dos veces al mes. Había descubierto hace poco lo que es vivir cerca de Dios. Cada día estaba más contento. Hablar con él a mí me daba alegría y nos intercambiábamos entusiasmos. Nos hicimos amigos. Terminó la carrera, se fue a estudiar un postgrado y desapareció del horizonte.

Hace un par de semanas, ha venido a verme ¡diez años después! Nos hemos saludado con alegría y una cierta sorpresa por mi parte, me ha hecho una rápida reseña de estos diez años, varias bromas y luego me ha dicho: “quiero confesarme, no lo hago desde la última vez que lo hice aquí.” Lo ha hecho con tranquilidad, y cuando hemos terminado, como hay confianza, le he dicho:

“permíteme una curiosidad ¿qué ha sucedido para que vengas hoy?” Se ha reído y me ha contado que hace dos meses que está en Lima, que se había propuesto no venir a esta casa, ni siquiera pasar cerca. Que hoy ha venido a una oficina que está a unas cuadras y, al salir, sin saber por qué, me acerqué y toqué la puerta. “Yo creo que ha sido ella.” “No entiendo. ¿Quién es ella?”

-En aquellos años en que nos veíamos seguido, una vez me aconsejaste que nunca me acostase sin decir antes tres avemarías a la Virgen. Lo hacía siempre entonces. Viajé y pronto comenzó mi "desbarranque". Dejé todo, menos las tres avemarías a la Virgen. No sabría explicar por qué, pero seguí rezándolas todos estos años. Yo creo que es Ella la que me ha traído.”

Le he dicho que yo también creo lo mismo. Hemos conversado un rato de lo que ha sido su vida estos años, luego se ha parado, ha mirado un pequeño cuadro de la Virgen que hay en la habitación y me ha dicho: “vamos a rezar tres avemarías.”

Navidad en mi ómnibus

Vi que mi taxista se manejaba bien en un atoro difícil y se lo dije.

-Varios años he manejado un ómnibus de dos pisos de Piura a Lima y de Lima a Piura. Son mil trescientos kilómetros.

Lo miré con simpatía y un algo de admiración. Admiración.

-¿Recuerda alguna anécdota?

-¿De dentro o de fuera del ómnibus?

-Como quiera

Queda un rato en silencio y me cuenta ésta:

-Una noche, venía de Piura, alguien tocó la puerta de la cabina y entró. Me alargó un pedazo de panetón y me dijo: “son las 12 de la noche, hoy es navidad.” Cerró la puerta y se fue. A los pocos segundos, volvió a tocar la puerta y me alargó un vaso de Coca cola. Yo tenía las manos en el timón y los ojos bien fijos en la carretera. Entonces ahí salió un algo que creo que tenemos los peruanos. Volvió a entrar y me dijo: “¿porqué no cuadra el carro, se come su panetón tranquilo y celebramos la navidad?” Mientras me hablaba oí la bulla y que cantaban una canción. Yo dudé, porque nunca había hecho algo parecido y tenemos unos horarios estrictos. Vi por el retrovisor algún adorno navideño que habían improvisado en el ómnibus y cierto movimiento. Total, cuadré el

carro, hubo gran ovación, bajaron algunos pasajeros de arriba y arrancaron a bailar una marinera norteña en el pequeño espacio del pasillo. La música salía no sé de dónde y las palmas sonaban fuertes. Iba casi lleno, con unos cincuenta pasajeros. Estuve detenido unos diez o quince minutos, me comí mi panetón con la Coca Cola, y seguí hacia Lima. Durante un buen rato, a través de la puerta oí cantar, escuché aplausos, bulla. Miré el reloj y pensé que llegar unos diez minutos después no importaba gran cosa, pero resulta que llegué diez minutos antes, porque había poco tráfico y eso facilitó el viaje, sobre todo la entrada en Lima, que normalmente es muy pesada.

-Bonito recuerdo, me encantó.

Me pareció que, aunque hubo un silencio, deseaba seguir hablando. No dije nada. Hasta que él arrancó de nuevo.

-¿Usted es sacerdote, verdad?

-Sí, de la Iglesia católica.

-Es que ese suceso marcó mi vida. Yo estaba muy lejos de esas cosas y no quería saber nada. Pero al ver que mucha gente como yo, celebraba con toda su alma la navidad, empecé a pensar que quizás era yo el equivocado. Luego cambié mi modo de pensar y empecé a vivir cosas que no había hecho antes, supe cosas que no sabía antes.

Por un panetón empezó todo. Hace ya cinco o seis años. Y ahora, ya ve.

-Y me señaló un rosario colgando.

-Un rosario colgando lo llevan muchos taxistas.

-Yo no lo llevo de adorno. A mí me sirve.

Cuando me bajé le pregunté si le servía, además del rosario, la bendición del sacerdote. Me dijo que por supuesto.

Cuento de Navidad o la Navidad es un cuento

El título me pareció irrespetuoso, pero luego leí el contenido y lo dejé.

Resulta que hace unos días, una chica peruana que es profesional y vive en un país del norte de Europa, me contó que al despedirse de las secretarias de su estudio les deseó "muy feliz Navidad" y una de ellas, le dijo: "La Navidad es un cuento." No era una afirmación agresiva, sino que mostraba su pensamiento. Las otras dos chicas miraron, pero no dijeron nada. Entonces la chica peruana, les dijo:

-¿Puedo contarles lo que me pasó?

-Sí por supuesto.

Se sentó y les contó esto: "Yo siempre fui de carácter rebelde. Terminé mi carrera en Lima y

me fui de la casa. No me llevaba bien con mis padres ni mis hermanos, ni tampoco con Dios. Lo que no quería era que nadie me mandase, ser independiente, ser a mi estilo. Conseguí una beca y llegué aquí como podía haber caído en Filipinas o en Australia. Unos años los pasé como pude. Ahora, como ven, profesionalmente me va bien. Pero echaba en falta a mi familia, aunque me comunicaba muy poco con ellos. Un 22 de diciembre subí a un avión y me presenté en Lima: "vengo a pasar con ustedes estos días de fiesta". Se sorprendieron, se alegraron mucho de verme. Los encontré más viejos y necesitados de cariño y de ayuda.

A los dos días, serían como las nueve de la noche, mis padres me dijeron: "vamos a la Misa de Navidad, ¿nos acompañas?" Yo no creía para nada en la Navidad. Fui con la intención de estar allí como una banca, pero allí todo cambió. Descubrí muchas cosas. No entiendo qué pasó, pero lo que pasó dentro de mí Dios lo sabe. No piensen en nada extraño, todo fue normal. El hecho es que en pocos días cambié. Desde hace cuatro años, cada navidad voy a Lima. Aquí respetamos unos la libertad de los otros, por eso yo querría saludarlas por la navidad, ¿puedo? Me dijeron que sí, nos dimos un abrazo y me fui."

Este es su relato. Como esta historia hay muchas. Mucha gente ha vivido experiencias de

ese estilo, otros no han necesitado cambiar porque desde chicos vivieron una vida cerca de Dios. Todos saben que Dios está en su vida con tanta naturalidad, que no les parece nada extraordinario. Por un lado, respeta totalmente nuestra libertad, por otro, sabemos –unos más y otros menos- que está siempre a nuestro lado y que influye esencialmente en mi vida.

La libertad puedo usarla bien, o no tan bien, o incluso mal. Las grandes fiestas, como la Navidad, son un buen momento para rectificar actitudes. A Dios le pedimos usar bien nuestra libertad. Salimos ganando nosotros mismos.

¿Qué cambia en Navidad?

El día en que María dijo “sí” (“*fiat*”) al ángel, cambiamos cada uno de nosotros, para siempre. En ese momento Dios se hizo hombre, todos subimos un escalón grande, fuimos hechos, cada uno, hijos de Dios, con derecho a vivir en su casa y participar por siempre de su felicidad. Eso ahora no podemos entenderlo más que un poquito, pero toda la eternidad vamos a dar gracias por algo tan grande.

Una vez, alguien me preguntó:

-Todo esto, ¿es realmente así o es un mito histórico, una tradición cultural, una costumbre social-comercial?

-Es un hecho real, histórico, recogido por los historiadores de la época. Jesucristo es una persona de la que hablan los historiadores romanos, judíos, de su tiempo. Y es Dios.

-¿Cómo sé que es Dios?

-Hay muchas razones, pero una de las más sólidas es que resucitó a los tres días, como había predicho. Este es un hecho histórico, testificado por cientos de personas que lo vieron resucitado, lo tocaron, estuvieron con Él, hasta comieron con Él y lo relatan historiadores no cristianos.

Además, durante su vida, afirmó su divinidad y la confirmó con milagros.

-Es difícil creer que un hombre sea Dios

-Cierto, tienes razón en que es difícil, porque hay realidades que desbordan a la razón, como ésta. Para eso hace falta la fe. Pero la razón hace que sea lógico, creíble, eso que desborda nuestra capacidad de creer.

Cuando ocurrió la visita del ángel a María, el primer sorprendido fue José, el esposo de María. No sabía qué estaba pasando. El embarazo de María era visible, estaba ahí y él no sabía nada, no encontraba explicación. Pensó que tenía que ser un asunto de Dios y que él no estaba en esos planes. Por eso, decidió irse y dejar a María,

aunque esa decisión le costó sangre, porque María era lo que más quería en su vida y sin ella su vida no tenía sentido. Eso estaba esperando Dios: en ese momento le comunicó que María había concebido por obra del Espíritu Santo y que contaba con él para que hiciese las veces de padre del niño.

-¿Por qué María no le explicó?

-Si Dios no hablaba, no podía hacerlo ella. Hay que suponer, no dice nada el Evangelio, que Ella confió que Dios le hablaría en su momento. Y así fue, con inmensa alegría para los dos. A partir de ese momento, todo lo que Dios tiene que decirles, se lo dice a José, como cabeza de esa familia. Y María y el niño obedecen a José.

Desde que Dios se hizo hombre, cambiamos nosotros, de un modo misterioso, pero real.

“Siéntese, zambito”

Cuando tengo que hacer recorridos largos o llevar la comunión a enfermos, llamo a un taxista que conozco desde hace tiempo. Un día, en uno de esos recorridos, después de un largo silencio, me preguntó por qué lo elegí para esos recorridos o para llevar la comunión. Le contesté que por su

tranquilidad ante el tráfico caótico de Lima y le dije que era un hombre sereno. Se rio y me contó algo:

-Yo no era así. Yo me exaltaba con el tráfico, alguna vez hasta me bajé del carro para trompearme con otro conductor. Y lo peor es que llegaba exaltado a la casa, trataba mal a los demás, pasaba una o dos horas hasta que lograba serenarme.

-Pero usted no es así, en absoluto.

-Es que un día pasó lo que pasó. Llegué a la casa irritado, de malas y mi esposa callaba, como siempre, hasta que ese día, con fuerza pero muy tranquila, me dijo: “siéntese, zambito.” Yo soy moreno, pero ella nunca hace mención a mi color. Y sé que cuando está verdaderamente molesta, me trata de usted. Yo no le hice caso, y vino de nuevo la orden, en tono más apremiante y señalándome una silla.

Mi amigo taxista, esta vez, se sentó y escuchó; antes no lo hacía, hasta que su esposa llegó a un límite. Ella soltó su rollo y en síntesis le dijo: primero, que ni los buses, ni los carros, ni las combis iban a cambiar porque él les gritase. Segundo, que ni ella ni sus hijos tenían la culpa del tráfico de Lima y que esperaban que llegase su papá, pero no para verlo con cara de perro, sino con cara de papá; y que ella esperaba todo el día para ver llegar a su esposo, no a un malcriado. Y

tercero, que él vería qué hacía, pero que así no lo iban a aguantar. Cuando terminó le dijo, con cariño pero con firmeza: “¿te has enterado, zambito?” Se quedó confundido porque nunca su esposa había hecho algo así y ya llevaban cuatro años de matrimonio. Y como volvió a repetir la pregunta: “¿te has enterado o no?”, dijo que sí, se levantó y se fue.

Yo le pregunté:

-¿Esto ha sido hace poco?

-No, hace como tres años

-Pero se acuerda muy bien.

-Por supuesto.

-¿Y le costó el cambio?

-Al comienzo no cambié y era igual de violento. Pero cuando llegaba a la casa, hacía un esfuerzo y me controlaba. Hasta que vi que ella tenía razón.

Esa fue su historia. Yo me fijé en lo de “¿te has enterado, zambito?” Es que a veces, no nos enteramos. No solo el tráfico, sino otras cosas que son muy simples no nos entran en la cabeza, o entran en la cabeza, pero no entran en la vida. Es importante descubrirlas y mejoran mucho nuestro modo de actuar.

Por ejemplo, refiriéndome solo a cosas simples. ¿Por qué no soy más amable, dialogante, en mi casa con mi esposa y los chicos? ¿Por qué

no organizo mejor mi tiempo y llego a casa más temprano? ¿Por qué quiero tener siempre la razón y pienso que lo que se me ocurre a mí es mejor que lo de otros? También podría extender mis porqués a los temas más importantes de mi vida, como la trascendencia, el uso de la libertad, mi fe en Dios y en la Eucaristía.

Como la esposa de mi amigo, un día tendríamos que decirnos: “patita, hasta aquí no más.” Y veríamos que, si nos lo proponemos, podíamos cambiar. Todo es cuestión de querer.

Año nuevo y película antigua

Una de las buenas películas que recuerdo comenzaba con unos zapatos polvorientos, en primer plano. La cámara iba subiendo hasta presentar un caminante con aspecto de fatigado. El caminante mira el terreno que pisa, echa la vista atrás (hay un largo camino recorrido) y se fija en el que queda por recorrer: subidas y bajadas, vueltas y revueltas, un largo camino. Y comienza a andar decididamente hacia adelante, como si ya no estuviese cansado.

Cada fin de año suelo recordar esta escena. Y miro el terreno que piso, dónde estoy, qué hago,

cuál es mi realidad presente. Luego, echo la vista atrás y compruebo que hay en mi vida -como en la de cada uno que lea esto- muchos logros, muchos más éxitos que fracasos, que no lo son, porque se convirtieron en experiencias de las que uno aprende mucho. Y luego miro el camino que me queda, nunca se sabe cómo y cuándo termina, pero siempre se supone que es un camino largo. Y trato de recomenzarlo con ánimo. Nada hay peor que recorrer un camino con ánimo cansado, aunque sea llano se convierte en cuesta arriba. No te olvides de que gran parte de las penas nos las inventamos o, al menos, las agrandamos. Yo sé que empiezas el nuevo año con ánimo positivo, que no quiere decir olvidar las dificultades.

Y también pienso otra cosa que oí decir a san Josemaría Escrivá. Oí decir que un año que pasa "es un pedazo de cielo o un remordimiento". Mi año y el de los demás es las dos cosas. Cosas de que arrepentirse tiene que haber algunas. Y cosas que agradecer, logros positivos, también hay siempre muchas. En este año, hay muchas monedas de oro que lancé a esa arca que nos regalaron a todos, cuando iniciamos el camino en que estamos. La tenemos que ir llenando, día a día, mientras vivimos. Un día se cerrará para no abrirse más, y será nuestro caudal, nuestra riqueza para siempre. Mientras vivimos, lo mismo si uno tiene 12 años que si tiene 80, podemos echar

monedas de oro al arca. o de plata, o de cobre, o de barro. Las de barro, las sacamos de vez en cuando, porque estorban y el mejor modo de sacarlas es con la confesión.

Para este año les deseo que intenten hacer muy felices a los que están cerca y a los que no están tan cerca, también. Esa es una buena manera de echar monedas de oro al arca.

Dos verdades sobre las drogas

No es una historia, es simplemente unas declaraciones de un periodista muy conocido en Lima, de una línea muy “amplia”, por eso llama la atención que él diga lo que dice:

“Tengo dos verdades que contarles, la primera es que efectivamente las drogas generan una sensación de placer, la segunda es que, si repites, te convertirás en el más inservible de los mortales.

Los tronchos, cohetes, marimba, te ponen “stone” y te sientes recontra “peace and love.” Cuando estás duro, tieso o chueco te sientes eufórico, el mejor, nada ni nadie te puede parar.

Pero después la bajada es demoledora. Cuando te venden la droga no te van a decir: mira, es rico, pero luego te vuelves estúpido. Yo no soy tu papá, ni tu mamá, pero tú sabes muy bien quién soy, nos conocemos hace tiempo. Yo no te miento, te la digo de frente, las drogas te matan lentito, no vale una "probadita". Hace tiempo estaba en una fiesta con amigos. La fiesta se trasformó en juerga, la juerga en pichanga, y ahí había dos opciones: decir sí o no. Dije no. No cedí a la presión del grupo. Ustedes me conocen. Puedo ser loco, pero no tonto."

“Mis consejos valen un sol”

-¿Usted es sacerdote?

Acabo de subir al taxi y parece que quiere conversar. Le digo que sí, que soy sacerdote.

-¿Le puedo contar mi problema?

Me cuenta lo que él llama “su problema”, que no lo es. Resulta que lleva casado poco tiempo, tiene dos niños pequeños, que absorben la atención de la mamá y él siente que solo sirve para llevar la plata a la casa y que ha perdido protagonismo en su familia. Hablamos un poco y compruebo que quiere mucho a sus dos hijos y a su esposa. Ocurre que cuando él llega, ella está

cansada, los chicos ya están durmiendo, no le hace mucho caso y su vida entra en lo que él llama “una rueda”.

Su realidad es que no hay problema, Los dos se quieren, solo les falta saber descansar y romper el ritmo de esa “rueda.” Le digo que si no lo hacen todo se puede complicar, que ahora no hay problema, pero puede haberlo.

Y como la carrera es corta, le digo: “bueno, estoy llegando, aquí me quedo.” Pero veo que se cuadra y me dice: “si no tiene inconveniente, quisiera seguir conversando.” Miro el reloj y veo que me quedan unos minutos. Seguimos hablando de otros temas de vida espiritual. Es un buen hombre y pocas veces ha tenido oportunidad de conversar con un sacerdote. Me encuentro a gusto con él. Le recomiendo algunas cosas que puede hacer y no hace, y le hablo de otras que sí hace y no debería hacer. Me escucha atento. Y le digo que ya me tengo que ir. Me dispongo a pagarle y me dice: “son ocho soles, pero por sus consejos lo dejamos en siete.”

Cuando voy caminando hacia la casa me digo: “mis consejos valen un sol, yo valgo un sol.” Me río. Todos tenemos tendencia a inflarnos. Realmente, ¿cuánto valemos? Menos de lo que creemos y más de lo que creemos. Menos, porque

muchos tenemos tendencia a pensar que lo que yo pienso es mejor que lo que piensan los demás y tenemos tendencia a sobrevalorarnos. Y valemos más, porque somos hijos de Dios o podemos serlo. ¡Somos hijos de un Rey, príncipes! No es una fantasía, es realidad.

Lo sepamos o no, lo creamos o no, somos hijos de Dios, o podemos serlo y lo rechazamos. Algún día comprobaremos que esto es un hecho real, visible, evidente. Es mucho mejor que nos lo digan a tiempo y que lo descubramos a tiempo.

Hay una frase en los clásicos de espiritualidad: “cuando estamos en camino y todavía es tiempo.” Es una gran noticia saber que estoy a tiempo de apostar a ganador, en la única apuesta importante de mi existencia. Si hay que cambiar en algo, cambio. Hay cambios positivos en la vida y de los que no me arrepiento nunca.

Carrera contra el tiempo

Hace unos días, fui a una clínica de Lima a visitar a un amigo enfermo. Como es natural, siendo sacerdote, esto me ocurre con frecuencia. En esta ocasión iba sorprendido porque me habían

dicho que lo suyo fue de suma gravedad y mi amigo es de edad mediana y gran deportista.

Me contó lo que le había sucedido: fue al gimnasio, como otras veces. Notó que a los siete minutos estaba muy cansado y se extrañó. Decidió descansar cinco minutos y continuar. Cuando ya había puesto un pie en la máquina pensó que se sentía muy raro. Y se fue directo a su casa. Le contó a su esposa y ella reaccionó rápido: “ vamos ahorita a la clínica ” . Mi amigo se resistió, pero sabemos que cuando una mujer quiere algo de verdad, se lleva todo por delante. En la clínica lo miraron y dijeron que había que operar de urgencia. Lo prepararon y al cabo de una hora, cuando volvieron a mirar su corazón vieron que le quedaban minutos de vida. Lo cuenta él mismo:

“Dos veces por semana juego tenis, squash, corro y voy al gimnasio. Mi trabajo supone trato con mucha gente, y parte de mis amigos o clientes los encuentro allí. Hace dos días, estaba en el gimnasio, cuando me di cuenta de que algo funcionaba mal, pero no le di mayor importancia. Descansé un poco y decidí continuar, pero algo o alguien me detuvo. Ahora me doy cuenta que fue mi ángel de la guarda. Yo creo en él y sé que me acompaña siempre. Mi esposa me trajo a la fuerza a la clínica. Hace unas horas que salí del quirófano y recuerdo que, cuando iba hacia allí,

los enfermeros corrían por el pasillo mientras empujaban mi cama de ruedas. Me di cuenta de que estaba en peligro grave y que me podía morir. Quiero decirles algo: en esos segundos de carrera por los pasillos de la clínica, pasaron muchas cosas rápidamente por mi cabeza. Primero, tuve una gran paz, porque habitualmente estoy en paz con Dios. Después, pensé en mi esposa, en mis hijos, y sentí un dolor grande, por separarme de ellos, junto con la seguridad de que Dios cuidaría de ellos. Y también pensé en que quizá dentro de pocos minutos tendría que dar cuenta de mi vida a Dios. Tuve paz, insisto, pero me arrepentí de no haber hecho más bien a los demás, por culpa de mi trabajo, o por mi excesivo deporte, o por mi despiste. Me asombré de que muchos detalles de mi vida vinieron a mi cabeza en esos pocos minutos, tal vez segundos. Por eso, en mis primeras horas de esta nueva vida que Dios me da, lo primero que hago es hacer bien a mis muchos amigos, contándoles esta experiencia. Lo que más les quiero resaltar es que tener las cuentas arregladas con Dios, da una gran paz en esos momentos que me parecieron finales.”

Hasta aquí su relato. Cuando lo vi, horas después, estaba solo en su habitación, acompañado de su esposa. No dejaban entrar a nadie, hicieron la excepción con el sacerdote. Lo vi tranquilo. Me contó que no le pusieron

anestesia porque no era necesaria, que tenía que colaborar, mire a este lado, mire al otro, respire fuerte, no respire. Que por el gesto de preocupación y la prisa de los médicos, pensó que podía morir en el quirófano y que le dijo a Dios “estoy en tus manos.” También le pidió con fuerza que le dejase volver para cuidar a su esposa y a sus hijos y para hacer más bien a mucha gente, porque ahí vio que había hecho poco.

En los minutos que yo estuve con él, entró uno de los médicos. Miró las máquinas y los indicadores y lo felicitó. Él le preguntó: “doctor, ¿lo mío fue grave?”, dudó en responder, y le dijo: “usted entró al quirófano más muerto que vivo”. En ese momento, el doctor vio que en sus manos tenía el celular, se lo quitó, se lo dio a su esposa y le dijo que no se lo devuelva hasta dentro de dos días. Ella lo guardó con decisión en su bolso, no tengo dudas de que ahí va a estar por lo menos dos días.

Su relato lo dice todo. Yo solo deseo añadir cuatro cosas a mis amigos:

1. Que no hagan deporte en exceso, porque esa fue la causa que casi mata a mi amigo.
2. Que en cualquier momento llega un punto final. Es muy bueno saberlo. Ayuda mucho.
3. Tener paz por dentro es absolutamente necesario, a costa de lo que sea. El peligro es

engañarse a sí mismo. Cada uno sabe exactamente qué es tener paz.

4. Lo que más paz nos va a dar a la hora del punto final es haber hecho bien a mucha gente. Siempre nos parecerá que hemos hecho poco.

Regalos para el Año nuevo

Ahí van algunos de mis deseos para el año nuevo, que es nuevo siempre:

Deseo que los padres escuchen a sus hijos y hablen con ellos, uno a uno.

Les deseo que sepan decirles "no" cuando lo necesiten. Ellos se molestarán, a los padres les resultará más difícil decir "no", algunas veces, que decir sí a casi todo. Sin esos "no", ellos no sabrán decírselos a sí mismos de mayores, cuando les haga falta.

Deseo que los celulares no rompan la vida de familia y que no se esconda cada uno en su agujero.

Deseo que en cada casa haya "libertad de expresión", que cada uno pueda decir lo que quiera libremente, sin que caiga encima papá o mamá.

Deseo que se ayuden y se sirvan unos a otros, eso demuestra que se quieren de veras.

Esos deseos no cuestan plata, pero valen oro.

¿Qué es el Purgatorio?

Subí a un taxi y conversamos de cosas del día, del clima y, de golpe, viene como un disparo. “¿Qué es el purgatorio?” No esperaba una pregunta así. Me lo pregunta porque ha visto un artículo que hablaba del asunto, en una revista de parroquia. Me dice que él no va por la iglesia, pero que un vecino le dejó la revista. Es difícil la respuesta. Para contestarle, se me ocurre contarle algo:

-Cuando teníamos ocho o diez años, hicimos alguna travesura de chicos y nuestros padres nos riñeron y nos castigaron.

-Sí, me sucedió más de una vez.

-A mí también.

-Entonces lo reconocimos, pedimos perdón y nos perdonaron. Y quizá dijimos: “entonces ya no hay castigo” Y es probable que nos dijeron: “no, eso es otra cosa, estás perdonado pero el castigo es el castigo”

-Lo mismo hace nuestro padre Dios. No me gusta pensar que Dios nos castiga, porque es rico en misericordia y es la suma Bondad, pero la realidad es que cuando hacemos algo mal, aunque nos confesamos y Dios nos perdona, queda algo en el alma que tenemos que purificar, nosotros decimos “una mancha”, que hay que lavar.

-Como la ropa cuando se mancha.

-Más o menos. En nuestra vida, hacemos cosas buenas, muchas más de las que creemos, y otras no tanto. De esas hay que limpiarse. Las buenas ayudan a lavar el mal que hacemos. Cuando morimos, muchas veces queda algo por limpiarnos. Eso es el purgatorio.

Como se quedó pensativo, continué diciéndole que podemos ayudar muchísimo a los que están allá, rezando y ofreciendo cosas que nos cuesten por las almas del purgatorio. Es una gran inversión, porque quizá por nosotros van al cielo y desde allí nos van a ayudar mil veces más.

Salió la pregunta que es fácil que surja, porque lo sobrenatural tiene mucho de misterio:

-¿Yo cómo sé que va a ser así?

La respuesta a esa pregunta nunca es fácil porque exige tiempo. Las realidades eternas las vamos a ver cuando ya no estemos acá, pero en nuestra vida actual y en nuestra cabeza no caben. Por eso nos cuesta creerlas. Eso es la fe. Le dije

que una señal muy clara de que la fe es creer en verdades que realmente existen es que da mucha paz. No es un sentimiento pasajero o un invento para tranquilizarnos, es mucho más profundo que eso. La experiencia de la fe es algo que da fundamento y seguridad a la vida.

El Ferrari y el Volkswagen

Les hablaba un día en clase del tema del matrimonio a chicos de último año y me miraban como si les hablase de un futuro lejanísimo. Les dije el consejo que le dio su abuelita a un amigo que se acababa de casar: "ya te casaste; te la llevas como es!" No me parece un consejo perfecto porque la realidad es que aparecen defectos, en él y en ella, que no se veían cuando eran enamorados. También aparecen más cualidades y más capacidad de sacrificio, sobre todo cuando vienen los chicos. Pero vale el consejo.

Salía en las clases con frecuencia el tema de cómo es el hombre y cómo es la mujer. Dios nos ha hecho distintos y complementarios. Algunas veces les decía que la mujer es como un Ferrari y el hombre como aquellos Volkswagen, de años

pasados, muy simples y muy fuertes. Les decía que “el Ferrari es mucho más perfecto, que hay que cuidarlo bien,” las chicas miraban contentas. Luego les decía que el Volkswagen puede ir por cualquier carretera de sierra y que si se malogra lo arregla cualquier tallercito de pueblo, pero el Ferrari tiene muchas más exigencias. Entonces mis alumnas ya no me miraban bien:

-¿Nos está diciendo que nosotras somos complicadas?

Y alguna añadía:

-¿Nos está diciendo que nos gusta lo caro?

A veces, la clase se complicaba “amablemente” y yo salía del asunto como podía. Les decía a ellos que, para la mujer, son muy importantes “los detallitos” y que al hombre le pueden parecer tonterías, pero que no es así, que cuando estén casados, tengan detalles con su esposa, y todos los días. No lo decía para contentarlas a ellas, sino porque es una realidad. Alguno de ellos me decía que estaba exagerando, pero no es así. No importa que sean detalles muy pequeños y que no cuestan dinero. Si tienen duda, pregúntenle a ella.

Mi música agrada a Dios

Hay un guitarrista excepcional que se llama Narciso Yepes. Y una buena periodista que se llama Pilar Urbano. Un día, se juntaron los dos y la periodista le hizo una entrevista al guitarrista. Dijo cosas verdaderamente sorprendentes y son de las que nos sirven mucho a todos:

“Cuando doy un concierto en un gran teatro, o tocando solo para el Papa como sucedió con Juan Pablo II, el instante más emotivo y feliz para mí es ese momento de silencio que se produce antes de empezar a tocar. Entonces sé que el público y yo vamos a compartir una música con todas sus emociones. Y al final, yo no busco el aplauso, cuando me lo dan siempre me sorprende. ¡Se me olvida que al final del concierto viene la ovación! Y le confesaré algo más. Casi siempre, para quien realmente toco, es para Dios. He dicho “casi siempre”, porque a veces, por mi culpa, puedo distraerme. El público no lo advierte, pero Dios y yo sí.” Entonces, la entrevistadora se deja prender por lo que dice el músico y le pregunta: “Entonces, ¿a Dios le gusta su música?”. Y le contesta: “¡Le encanta! Más que mi música, lo que le gusta, es que yo le dedique mi atención, mi sensibilidad, mi esfuerzo, mi arte, mi trabajo. Y además, ciertamente, tocar un instrumento lo mejor que uno sabe y ser consciente de la

presencia de Dios es una forma maravillosa de rezar, de orar. Lo tengo bien experimentado.”

Cada uno, cada día, ante Dios toca su música con lo que hace y a Dios le gusta. O le puede gustar, tanto como le gusta la del guitarrista Yepes, si intentamos dedicarle nuestra dedicación, nuestro esfuerzo, nuestro trabajo. Y entonces, ante Dios, ese trabajo, sea el que sea, aunque a veces nos aburra, se convierte en arte.

Pilar Urbano lo dice mejor, con sus palabras experimentadas de periodista. Ella dice: “¡qué gran cosa sería, si preguntásemos a Dios si le gusta nuestro trabajo y escucháramos que nos dice “¡me encanta!”. Eso debemos intentar. Hacer una pequeña obra de arte de lo que tenemos entre las manos. Una obra de arte que guste a Dios, y por tanto, a los demás”.

Y ya que se ha mencionado a Juan Pablo II, recuerdo que él citaba a un poeta polaco que decía: “el trabajo está para que nos elevemos.” Cuenta que cuando era joven, para evitar la deportación a trabajos forzados en Alemania, comenzó a trabajar en una cantera de piedra y que allí escribió una poesía:

“Entenderás conmigo,
que toda la grandeza del trabajo bien hecho,
es grandeza del hombre.”

“Te llevaba en brazos”

Hay una leyenda antigua, que tiene dos protagonistas: Jesús y un caminante.

-Jesús, prométeme que caminarás siempre junto a mí.

-Te lo prometo

-Y que no me dejarás nunca en los momentos más difíciles.

-No te dejaré

El caminante comenzó su camino. Las huellas en la arena de los dos caminantes iban siempre una junto a la otra. Pero sucedió que llegó una zona de rocas. Entonces, sorprendentemente, una de las huellas desapareció. Poco después, al superarse la zona difícil, volvieron a verse las dos huellas.

El caminante le reclamó a Jesús:

-Me has fallado. Me prometiste estar siempre a mi lado, también en los momentos difíciles, pero me has abandonado.

-No te he abandonado.

-En la zona de rocas que hemos pasado, solo hay una huella.

-Es la mía, te llevaba en mis brazos.

Es solo una leyenda pero también es una realidad. Él nos ayuda siempre, aunque no nos demos cuenta, pero nosotros debemos poner de nuestra parte. Es inevitable que haya momentos

en la vida que exigen sacrificio. Ahí Dios nos ayuda más, hace lo que nosotros no podemos, pero no hace lo que nosotros sí podemos.

Pedro, ¿débil y rebelde?

Fue el primer Papa, es la cabeza de la Iglesia, murió mártir, pero antes de todo eso, fue fuerte, apoyo de los otros discípulos y, a la vez, débil y rebelde.

Primera rebeldía: cuando Jesús les adelantó que lo apresarían las autoridades religiosas de Israel, que lo condenarían a muerte y lo clavarían en una cruz, entonces Pedro lo tomó aparte y se permitió reprender a Jesús y le dijo que eso no debía suceder de ninguna manera. A él le gustaban los triunfos, no las derrotas. Nadie le había pedido opinión, pero la dio. Jesucristo lo llamó Satanás y le dijo que no entendía las cosas al modo de Dios sino al modo humano.

Segunda rebeldía: en la Última Cena, cuando Jesús lavó los pies de los discípulos, llegó a Pedro, se negó y dijo que a él no le lavaba los pies, de ningún modo. Cuando Jesús le dijo que entonces no tendría parte con él, volvió a salir la rebeldía de Pedro y le dijo que entonces no solo los pies

sino las manos y la cabeza. Jesús lo puso en orden, y le lavó los pies como a todos.

Tercera rebeldía, la más importante: cuando apresaron a Jesús, hizo algo muy bueno, seguirlo y entrar al palacio de Herodes. No le dejaron pasar del vestíbulo de entrada, sintió frío, se acercó a calentarse a un fuego y alguna de las mujeres lo reconoció y lo acusó de ser "uno de ellos". Ahí apareció la debilidad. Le entró pánico de que lo apresaran a él y sin pensarlo mucho se encontró diciendo "yo no conozco a ese hombre". La mujer insistió, Pedro continuó negando y ella lo apremió, "tu acento te delata, tú eres galileo, como él". Pedro afirmó y juró que no lo conocía. En ese momento oyó el canto de un gallo y se acordó que unas horas antes había jurado morir por Jesús y que le dijo: "antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces".

Vino el hundimiento total, pero le duró poco. Se mezcló entre la gente y en ese momento vio que sacaban amarrado y muy maltratado a Jesús. Su mirada se cruzó con la suya y sintió en el fondo del alma haber sido débil, cobarde y haber negado a Jesús. Sintió un arrepentimiento, no de orgullo sino de amor, amor muy grande por Jesús. Pedro, a partir de ahí, fue un hombre distinto, fue humilde y supo que su fuerza no estaba en sí mismo sino en Dios.

A los tres días tuvo la alegría inmensa de la Resurrección de su Maestro. Pedro suponía que el primado que le prometió Jesús, después de la rebeldía que tuvo, se había roto en mil pedazos, como un cristal que se estrella contra el suelo. Estaba muy equivocado, Jesús seguía confiando en él.

Así fue Jesucristo y así es ahora con cada uno de nosotros. El mismo que le dijo al ladrón que estaba con él en la cruz: “hoy estarás conmigo en el Paraíso,” ese mismo Jesús a cada uno de nosotros nos quiere como al ladrón y como a Pedro, y nos perdona como a ellos. Cuando le pedimos perdón, no se acuerda de nuestras barbaridades, nos levanta, nos da su cariño y su amistad.

Cambio de carro

Uno de mis taxistas amigos vive por Huachipa. Se llama Santiago. Tiene un taxi con bastantes años auestas y encima los muelles están supermal. Vamos dando botes. ¿Y porqué llamo ese taxi? Por tres razones: somos amigos, tiene el taxi limpio y maneja bien. Además, es muy optimista. Una vez le pregunté, porqué tenía

los muelles tan mal y cuándo pensaba arreglarlos. Me explicó que vive en Huachipa y que la carretera para llegar a su casa está aceptable, menos el último tramo. Que las lluvias de hace varios años destrozaron la carretera, la arreglaron, menos el último tramo, que no sabe por qué lo dejaron así. Ahí el auto va dando tumbos. Me dice que está tan mal, que si arregla los muelles, al mes ya se destrozaron. Ahí no nos reímos, nos indignamos un poco. Hace como un año, me contó que se hartaron y cortaron la carretera central con unas pancartas. Para desalojarlos tuvieron que retomar el arreglo de la pista. Arreglaron unos metros, pero poco después se llevaron las máquinas y siguió igual de mal. Así llevan años. Yo me indigné también y le dije que vuelvan a cortar la carretera central, y enseguida borré, porque me acordé de que hay miles de usuarios que se perjudican cuando la cortan y, además, que yo la uso con frecuencia.

Hace unos meses, me lo encontré por una calle pequeña de Miraflores, al mediodía, había cuadrado el taxi y estaba descansando, pero ¡gran sorpresa! tenía un carro rojo, nuevo. “¡Has cambiado de carro!”, mientras me llevaba a casa me explicó que se había lanzado a la aventura de un carro nuevo, que le aseguraron que los muelles de este auto aguantarían bien la trocha medio

salvaje cercana a su casa, pero que ese último kilómetro lo recorriese a 15 kms por hora, total, unos pocos minutos de calma. Así lo hace y está feliz con su carro nuevo.

Toda esta historia, del cambio de carro viene a cuento porque nos aproximamos a la fiesta del Gran Cambio, a Pentecostés. Es la fiesta que cambió a los apóstoles de tímidos y retraídos a unos audaces líderes, sin miedo a nada, que arrastraban a centenares y hasta miles de personas con la doctrina de Jesús. Él les mandó antes de subir a los cielos; “prediquen el evangelio a todas las gentes.” Pero ¿cómo lo iban a hacer ellos? Cuando llegó Pentecostés, un poder de lo alto, los cambió y los ayudó a hacer lo que ellos no podían, que era casi todo. La fuerza de lo alto y el esfuerzo de los apóstoles y discípulos cambiaron la sociedad de aquel tiempo.

Todos tenemos cosas que cambiar. El cambio de los apóstoles fue repentino, el nuestro dura toda nuestra vida. El gran peligro es inmovilizarse, contentarse con lo que uno es, cerrar los ojos a lo que no está bien, a lo que puede y debe estar mucho mejor. Dios Espíritu Santo ayuda siempre y hace fácil lo que puede parecernos difícil. Basta con querer y pedir la ayuda de Dios, porque sin ella no podremos.

La plataforma flotante y la Eucaristía

Tengo un amigo limeño que maneja uno de los helicópteros más grandes del mundo. A cada rato, se sube al avión, viaja a otro continente y en uno de esos países petroleros toma los mandos de un “superhelicóptero”, con capacidad para treinta personas, y se suben ingenieros y técnicos petroleros. El helicóptero se eleva, y se adentra en el océano. Vuela serenamente muchos kilómetros mar adentro, hasta llegar a una plataforma flotante, de donde se dirige la extracción del petróleo. Ése es el momento en que se requiere la habilidad máxima, ya que siempre se mueve algo la plataforma y, a veces, cuando el océano se ha molestado, la plataforma se mueve más. El piloto tiene que conseguir que las llantas del helicóptero tomen plataforma sin golpearse. En tierra no hay mayor problema porque la tierra no se mueve. Pero aquí el helicóptero debe seguir el mismo ritmo del mar y sintonizar con la plataforma. Una vez que "amerizó", se realiza la rotación de personal, suben otros treinta, y se vuelven de regreso a tierra. Está en ese trabajo unas tres semanas, que se le hacen eternas, porque la recomendación es no salir de la zona del hotel, que es relativamente amplia. Cuenta los días que le faltan para estar con su esposa y sus hijos. Me

dice: “yo si pudiera no me iría lejos, pero es mi trabajo.”

¿Porqué hoy les cuento esta historia? Porque mañana es la fiesta de Jesucristo, presente en la Eucaristía, "Corpus Christi", Cuerpo de Cristo. Él podía quedarse y se quedó, al mismo tiempo que se fue. Es lógico que quisiese quedarse, porque vivió con nosotros treinta y tres años y, además cuando llegó el momento de irse, quiso quedarse, porque sabía que lo necesitaríamos.

Nos había prometido "estaré con ustedes todos los días, hasta el fin de los tiempos" y lo cumplió: está en todos los sagrarios del mundo.

Le gustaba decir a san Josemaría, en sintonía con la doctrina teológica de siempre, que “en el sagrario está el mismo Jesucristo, oculto bajo las especies sacramentales, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad.” Nosotros tenemos cuerpo (que incluye la sangre) y alma. Jesucristo lo mismo y, como es Dios, por eso puede decirse, Divinidad.

Se va extendiendo una costumbre magnífica: en muchas iglesias hay una pequeña capilla en la que exponen en una Custodia a Jesucristo, desde la mañana hasta la noche y, a veces, también durante toda la noche. Ayuda hacerle una visita y decirle esas cosas que se dicen los amigos de corazón a corazón, o los enamorados y pedirle

fuerzas cuando uno anda con la llanta baja. No nos olvidaremos de darle gracias por tantas cosas.

Con Él podemos tener una sintonía total, más todavía que las llantas del helicóptero sobre la plataforma.

“¿Dónde estoy?”

El otro día me subí a un taxi y me preguntó el taxista:

-¿Usted es sacerdote?

-Sí, efectivamente.

-Es que no sé dónde estoy ¿puede orientarme?

Pensé que le pasaba algo. Lo miré y vi una persona madura, como de cincuenta años, sereno y que me hablaba cordialmente. Como vio que desconfiaba, me explicó:

-Es que yo soy de un distrito alejado y no conozco bien esta zona de Lima. He traído un pasajero y ahora quisiera volver a mi distrito, a Los Olivos.

Lo dirigí hacia mi destino. Llegamos a una avenida que yo le señalaba y me dijo que la conocía. Como estaba cerca de donde yo iba, nos despedimos amablemente y me bajé.

Mientras caminaba pensé que todos andamos algo perdidos y que necesitamos orientación.

¿Y en qué necesitamos orientación? En casi todo. Es fácil entender que los hijos necesitan la orientación de sus padres, porque confían en ellos. Y que los esposos se orientan uno al otro. Incluso también los padres necesitan la orientación de sus hijos, porque en el mundo existen generaciones distintas que hay que conocerlas y por eso necesitan escucharlos. A ellos les ayuda mucho que se sientan escuchados.

Hace tiempo leí un pequeño libro que decía en su carátula: “Autoridad y amistad con los hijos.” No es tan fácil ni tan difícil de conseguir, es casi lo mismo que decir “autoridad y cariño a los hijos”, porque el cariño engendra confianza y amistad. De vez en cuando será inevitable una tensión, pero si hay cariño se pasa pronto. Orientarlos es tener autoridad y cariño con ellos. Las dos cosas hacen falta.

Necesitamos orientación, también, en el trabajo profesional y en no pocas decisiones que tomamos en la vida. Y cuando pedimos orientación, pensamos bien a qué persona acudimos. En la vida espiritual sucede lo mismo. Es verdad que la principal ayuda para la vida espiritual es la gracia de Dios, que nos viene directamente al alma, casi sin darnos cuenta, pero también necesitamos la orientación de una

persona. El individualismo en la vida espiritual es tan peligroso como en la vida natural. La orientación de alguien no anula la libertad personal, somos nosotros al fin quienes decidimos y tomamos decisiones, pero habiendo escuchado lo que la persona más adecuada nos pueda decir.

La noticia se llama Carolina

Así lo cuenta uno de sus compañeros de promoción:

“Carolina terminó Derecho en la misma graduación que mis cien compañeros, hace menos de dos meses. La noche de la graduación nos juntamos cuatro amigos, Álvaro, Paloma, Carolina y yo. Carolina es una mujer sencilla, de conversación divertida y buena amiga. Amiga de las que marcan una huella. Me dijo que quería contarme una cosa, en otro momento. Cuando me dijo de golpe de qué se trataba, que se iba dentro de unas semanas a un convento de carmelitas, me impactó fuerte. Y como practico el periodismo, le pedí contarle en forma de entrevista:

-¿Qué habrías hecho si no hubieses decidido ser monja de clausura?

-Habría hecho la tesis en el área de Derecho Penal. Me habría dedicado probablemente a la investigación y a la enseñanza.

-¿Hace falta irse a un convento para rezar?

-No, ni mucho menos. La oración es la base de todo cristiano, y para rezar no hace falta un sitio concreto, ni un ambiente, ni compañía, ni nada, solo querer hacerlo.

-¿Pero entonces porqué tomaste esa decisión?

-Lo pensé varios meses. Fue algo que decidí, poco a poco, no fue de golpe.

-¿Qué dicen tus amigos?

-Pues la verdad es que se alegran, así me pierden de vista... –se ríe mientras niega con la cabeza-. Pero sí se alegran por mí, se emocionan, alguno y alguna casi llora. Bastantes flipan porque no es lo primero que te esperas de una chica de 21 años, ¿no? Y además tampoco soy la típica chica que está mucho en casa, me conocen y saben que salgo, soy amiguera. La imagen que se tiene de las monjas es de mujeres serias y aburridas. Pero no es verdad eso, no son así. También sucede que, cuando les doy la noticia, primero se asombran y luego me hacen muchas preguntas, porque es un mundo muy desconocido entre los jóvenes.

-¿Tu decisión es para siempre? ¿Y si te equivocas, pero es demasiado tarde para rectificar?

-Mi decisión de ser monja es para siempre, para siempre. Lo he dicho dos veces para que te quede claro. ¿Me podré equivocar? Siempre hay ese riesgo en todas las decisiones importantes que tomamos, pero yo te aseguro que no, porque lo he pensado despacio y Dios está detrás de mi decisión. Me apoyo en Él.

-¿Separarte del mundo no es egoísta, como dejar de lado al resto de la gente?

-Se me pasó eso por la cabeza cuando me estaba planteando ser monja. Pensé que mucha gente tiene sus problemas y era consciente de que, al irme, no iba a estar tan pendiente de asuntos en que les podía ayudar. Luego pensé que no me voy a desentender de la gente, todo lo contrario, quiero muchísimo a mi familia y a mis amigos, y el hecho de que me vaya a un convento no implica dejarles de lado; casi todos saben que voy a estar con ellos más que hasta ahora. Así deseo que sea y creo que así será.

-¿Entre el Cielo y la tierra con qué te quedas?

-(Se ríe antes de contestar la pregunta). Con el Cielo, sin pensarlo. Leyendo “Historia de un alma”, santa Teresita de Lissieux dice: “la vida es tu navío, no tu morada. Nos está diciendo que aquí estamos de paso. Pero el camino para ir al cielo es vivir aquí en la tierra, la tierra es el paso para el cielo.

-¿Qué le dirías a alguien que tiene la convicción de que estás desperdiciando tu vida?

-Depende de quién lo pregunte y cómo esté “aprovechando” la suya –se ríe- Mira, soy consciente de que nadie que no tenga mi vocación, va a entender lo que hago. Sé que solo con pensamientos humanos, no se puede entender. Es una concepción muy pobre de la vida creer que la vida vale más cuanto más dinero tengas, cuanto mejor sea tu trabajo, cuánto más éxito. La vida es mucho más que eso.

-A veces tendrás dudas ¿cómo las dejas de lado?

-Desde que tomé la decisión, no tengo dudas. Sé que puedo tenerlas o quizá no. Dios me ayudará y hará que sea más sólida mi decisión. Voy a entrar al convento en 3 semanas y confío en Dios. A veces me entra como vértigo, si no fuese así, sería poco responsable o algo inmadura. Va a ser un cambio de vida radical, fuerte, pero tengo muchísimas ganas. También sé que me va a costar.

-¿Qué estás haciendo durante estos días?

-Sacar tiempo para estar con mis amigas y con mi familia, hacer limpieza de cosas de mi cuarto, nada del otro mundo, no voy a hacer “puénting” ni cosas por el estilo, hago cosas sencillas pero, sobre todo, rezar.

-Cuando le conté tu historia a una amiga me contestó asustada “¿y no puede ni pintarse las uñas?” Seguro que hasta una monja sigue siendo presumida, ¿no?

-Lo de las uñas ni me había parado a pensarlo -se ríe-. Sí que hay cosas que me he preguntado en ese aspecto, pero mira, es tan secundario comparado con el cambio de vida que supone entrar en un convento de clausura, que me preocupa bastante poco. No, para mí no es importante en absoluto dejar de pintarme las uñas, maquillarme, ir de tiendas o salir de fiesta. Si lo hago, lo que voy a hacer es por otras cosas más importantes.

Hasta ahí la entrevista.

Carolina Martínez, es de Pamplona y estudió Derecho, en la Universidad de Navarra. En agosto del año 2019 ingresó en el convento de las Carmelitas Descalzas de Zarauz. El día que ingresó, se celebró en el convento una misa, a la que asistieron familiares y amigos y así se despidió Carolina de ellos.

Tomás apuesta fuerte

Tomás es ni más ni menos, que uno de los doce que acompañó a Jesús, y presencié sus milagros. No creía en la resurrección de Jesús. Cuando vio que lo crucificaban y moría en la cruz, pensó que terminó todo, que había vivido un sueño irrealizable. Su desaliento fue total. A los tres días, sus amigos, los otros discípulos de Jesús le dieron la gran noticia: “¡ha resucitado!” No lo aceptó. Le contaron con fuerza que lo habían visto, habían comido con Él. Tomás no cedió, les dijo que nunca creería. Ellos insistieron en que había resucitado. No creeré, y aposté fuerte cuando dijo: “solo si meto mis dedos en el agujero de los clavos y mi mano en su herida del costado, entonces creeré.”

Pasaron pocos días. Empezó a ceder y aceptó ir donde estaban sus amigos, los otros apóstoles. De repente, estando las puertas cerradas y sin necesidad de abrirlas, entró Jesús. Tomás oyó que les decía: “¡la paz sea con ustedes!” Luego los fue mirando con su mirada afectuosa de siempre y al ver a Tomás, sonrió y lo llamó para que se acercase. Tomó su mano y le dijo: “mete tu dedo en el agujero de mis clavos, y tu mano en mi costado..., y no seas incrédulo, sino fiel.” Contestó: “Señor mío y Dios mío!” Nadie sabe si él se dio cuenta, pero lo que dijo fue muy

importante: llamó a Jesucristo Dios, realmente lo era y lo es, pero nunca nadie lo había llamado así. Fue el primero que lo hizo. Luego, a lo largo de los siglos, y en casi todos los idiomas, millones de personas invocan a Jesucristo como Dios, dirán: “¡Dios mío!” en momentos normales, en momentos de apuro, en momentos de alegría.

Gracias, Tomás, por haber dudado y habernos ayudado a rectificar. Tus dudas y, luego, tu acto de fe, marcaron una nueva etapa en la historia.

Todos vamos y volvemos, unos desde lejos, otros no tanto y algunos hasta de cerca, siempre hay idas y venidas. En la vida nunca hay inmovilismo, siempre hay dinamismo, si nos acerca poco a poco a Dios, mucho mejor.

El principal obstáculo que encontramos es el amor propio, el orgullo, la terquedad. Rectificar es de sabios y de santos. Se tiene a Agustín de Hipona por uno de los hombres más inteligentes que han existido. Anduvo muy lejos de Dios y muy perdido. Rectificó. Quizá nosotros no nos hemos ido tan lejos. Solo hay que rectificar pequeños orgullos o quizá volver de lejos y notaremos qué bien se está junto a Jesús.

Decirle “Señor mío y Dios mío” nos dará una gran paz.

Algo ocurrió en la película de Gibson

Se llama Pietro Sarubbi. Siendo apenas un adolescente, huyó de su casa y se unió a una compañía circense. Luego siguió recorriendo el mundo, creyendo que en algún lugar podría llenar el vacío espiritual que lo afligía. Fue actor. Se especializó en el género de la comedia. Seguía sin encontrar el sentido de su vida y no se le ocurrió recurrir a Dios. Trabajaba en papeles secundarios, cuando un día lo llamó Mel Gibson. Acudió enseguida pensando que encontraría un papel más a su gusto. Se sorprendió al saber que el film narraría la pasión de Jesucristo y se sorprendió más todavía cuando supo que su papel iba a ser Barrabás.

Antes del rodaje, Mel Gibson le explicó que Barrabás comenzó a convertirse en una bestia que casi no hablaba, que se expresaba con la mirada, era como un animal salvaje pero que, al mismo tiempo, su mirada permitía suponer que en el fondo de su corazón había un hombre bueno. Y le dijo que por eso lo había elegido a él.

Durante el rodaje, Sarubbi se quedaba absorto contemplando al actor que interpretaba a Jesús. La figura de Jesús le atraía de modo especial. Cuando rodó su escena, en la que el pueblo perdonaba a Barrabás y condenaba a Jesús, el actor y Barrabás se transformaron en una única persona. La escena

avanzaba y él ya no actuaba, vivía lo que estaba ocurriendo. El pueblo gritaba: “¡no, a ése no! ¡A Barrabás!” Pilatos cedió. ¡Estaba libre! Inflado por su buena suerte, miraba burlescamente a las autoridades y luego a la multitud. Al bajar los peldaños es cuando ocurrió el comienzo de su cambio: su mirada se cruza con la de Jesús. Dice Sarubbi: “sentí como si hubiera una corriente eléctrica entre nosotros, veía al propio Jesús. Fue un gran impacto. A partir de aquel momento, todo en mi vida cambió porque vi en los ojos de Jesús misericordia y amor.”

¿Qué es lo que convirtió a Barrabás? Dice él que la mirada del actor que representaba a Jesús. Sí, así es, pero entendiendo que esa mirada iba acompañada de un golpe de gracia de Dios, que él correspondió. La conversión es la unión de la gracia y la correspondencia. Escribió un libro: "De Barrabás a Jesús. Convertido por una mirada."

Esta escena recuerda lo que ocurrió la misma tarde en que resucitó Jesús. Buscó a dos discípulos desalentados que se volvían a su pueblo, Emaús. Pensaban que con su muerte todo había terminado, un sueño hecho pedazos. Jesús se les une en el camino, ellos no lo reconocen, pero sus palabras calan hondo en su alma. Cuando llegan a su destino, Jesús hace ademán de seguir adelante, pero ellos lo retienen: “¡quédate con

nosotros!” lo invitan a su casa. Entra a su casa, saluda a su familia y se ponen a la mesa. Al partir el pan lo reconocieron y Jesucristo desapareció. Entonces se les abrieron los ojos a los dos viajeros, se dieron cuenta de todo y decidieron regresar en ese instante a Jerusalén, aunque ya era noche avanzada, a encontrarse con los demás discípulos.

Tanto el Barrabás de Gibson, como estos dos caminantes correspondieron a la gracia de Dios.

Jesús camina al lado de millones de personas, de cada uno de nosotros, aunque no lo vemos. La gracia de Dios nos llega continuamente, pero hay momentos cruciales en la vida en que está el sí o el no, el corresponder o el dejarlo pasar.

El Papa Francisco tenía un proyecto

En su momento, apareció en las páginas de los diarios una fotografía del Papa Francisco, arrodillado en un confesonario. Sucedió lo siguiente: convocó "el día de la confesión", la Basílica de San Pedro se llenó de gente y todos los confesonarios se ocuparon con sacerdotes, menos uno, porque dijo que él también quería sentarse a

confesar. Salió a la Basílica acompañado por un sacerdote que le dirigía hacia su confesonario, pero sorprendentemente, el Papa varió la ruta y se acercó a otro ocupado por un sacerdote pero que en ese momento no tenía penitente. Se arrodilló, se confesó y siguió la ruta hacia su confesonario. Ese breve gesto fue muy elocuente para sacerdotes y para los fieles en general, fue una invitación, muy expresiva, para que nos acerquemos a la confesión.

El sacerdote, en el momento de la absolución, dice "yo te absuelvo de tus pecados." Es algo sorprendente, porque solo Dios puede perdonar pecados. El sacerdote no los perdona, es sólo un instrumento de Dios. Es Dios quien actúa a través de él, resucita almas, las fortalece con su gracia y las deja con la paz que deja la confesión.

El Papa Francisco no se contentó con dar el ejemplo de confesarse él y confesar, sino que quiso hablar a los sacerdotes. Tres cosas muy concretas les dijo:

1. Que se confiesen ellos, así se "revestirán del hombre nuevo", como dice san Pablo.

2. Que sean pacientes siempre y traten con amor a todos los que vengan, porque Jesucristo fue paciente, afectuoso y trató con cariño a todos.

3. Que sepan escuchar y facilitar al penitente lo que quiera decir, porque quizá le está costando decirlo.

Una moto, un balazo

Era una reunión de sacerdotes, en unos días de descanso, de intercambiar experiencias, de rehacerse en el cuerpo y en el alma. En los ratos de conversación, una historia captó la atención de todos. La relató el propio protagonista. Su nombre es Edwin Santa Cruz y reside en una ciudad del norte del Perú, en Chiclayo. Contó que iba en su moto de un pueblo a otro, cuando alguien al lado de la carretera hizo señal de que parase. Se detuvo. Sorpresivamente, el otro sacó su pistola: "dame la moto". No quiso dársela, porque era el medio en el que se movilizaba de un pueblo a otro. Aceleró rápido y salió haciendo eses por la carretera para eludir posibles disparos. Sonó la pistola varias veces hasta que una bala dio en el blanco. El blanco fue su columna vertebral, ahí se incrustó la bala y ahí sigue porque los médicos consideran conveniente no tocarla. Con ella vive el sacerdote desde hace veinte años. Quedó paralítico. Lo asombroso es que, desde su silla de ruedas que maneja él mismo, celebra misa, confiesa, asiste a matrimonios, bautiza. Además, toca guitarra, canta, alegra la vida a los demás y él disfruta la vida más que nadie.

Ocurrió una anécdota extraña y en cierto sentido divertida. Los meses siguientes al balazo, estuvo internado con otros pacientes que vivían

situaciones parecidas, en una clínica de recuperación. La clínica ofrecía asistencia de un psicólogo para ayudar a los pacientes a situarse en su nueva realidad, muy difícil de aceptar. Les levantaba el ánimo. En el caso de Edwin, el psicólogo no entendía por qué no tenía los traumas que debería tener. Edwin decía al psicólogo que la razón era porque había perdonado al que le disparó y por eso no tenía depresiones ni traumas. Pero el psicólogo insistía en que debía tenerlos. Un día Edwin tuvo oportunidad de leer el diagnóstico que había escrito el psicólogo en su ficha: “psicopatía espiritual no determinada”.

El caso de Edwin nos puede ayudar a pensar dos cosas. Primero, que Dios nos perdona a cada uno mucho y nos anima a que nosotros perdonemos a los demás. Perdonar a otros nos produce una gran paz y, además, Dios nos perdona más a nosotros. Segundo, debemos pensar lo que otros nos perdonan a nosotros, más de lo que imaginamos. Notamos claramente lo que no nos perdonan, pero es probable que notemos poco las muchas ocasiones en que sí nos perdonaron.

La estrella

Cada uno volvemos a revivir aquella escena que sucedió realmente hace veinte siglos.

Aunque no conocemos los detalles, unos hombres, que estudiaban con sus instrumentos de entonces las estrellas, vieron una nueva que se movía y les invitaba a seguir un camino. Hicieron la locura de seguir el camino que les invitaba esa estrella. Hubo un tiempo en que la estrella se ocultó y no sabían por dónde ir. Lógicamente se asustaron. Siguieron en la dirección en que iban, a ciegas, confiando que volvería a aparecer. Y volvió. Recuperaron esa seguridad que tenían antes. Se convencieron de que alguien desde arriba los estaba llevando.

Un día la estrella se paró en una casa pequeña de un pueblito desconocido: Belén de Judá. Entraron. Vieron un niño recién nacido en una casa muy modesta, a una mujer, a su esposo y a un niño que los miraba con una sonrisa muy especial. El evangelio nos cuenta algo sorprendente, que lo adoraron. Solo se adora a Dios. ¿Porqué adoraron a este niño? Además, le entregaron regalos propios de la realeza, como oro, incienso, mirra. Sus padres sabían muchas cosas sobre este niño, pero no esperaban que esos magos de oriente lo adorasen. Ya sabían quién era ese niño y que venía a salvar al mundo, no solo a

los judíos. La visita de los magos de oriente los confirmó en esa realidad.

Esa es la historia de ellos ¿Y la nuestra? Porque cada uno tiene una historia muy parecida. Todos vemos también un "algo" que nos mueve, un camino que se abre delante de nosotros y nos invita a recorrerlo. Y sabemos que Dios tiene un querer, una voluntad para cada persona, sea quien sea. No es extraño que dudemos, porque a los magos la estrella se les ocultó y luego volvió a aparecer. Puso a prueba un "algo" en ellos, una fe, una confianza. Ellos saben, nosotros no, porque Dios establece muchas veces un diálogo directo con las personas, queda entre Dios y ellos. Los magos escucharían voces, de dentro y de fuera, que les dirían "¡locos!, ¿dónde van?" Ellos sabían dónde iban y porqué, los demás no. Algo parecido nos pasa también a las personas en diferentes ocasiones de la vida. Lo valioso de su historia es que siguieron su camino hacia adelante, y lejos, hasta encontrar lo que buscaban. Nunca se arrepentirían de haberlo hecho.

¿Hay un hombre en casa?

En mis conversaciones con taxistas, es frecuente que salga el tema de que, por sus horarios extensivos de trabajo, están poco tiempo en casa, y poco tiempo con sus hijos. Y que su esposa les reclama. Uno de ellos me dijo una vez que le había dicho:

-Si vengo antes a la casa, traeré menos plata. Y que ella le contestó:

-No me alcanza lo que traes y ahora me dices que vas a traer menos.

Y me piden que les resuelva el problema. No tiene fácil solución y sí la tiene. Todo es querer resolverlo. Suelo hablarles de algo que parece que no tiene nada que ver, les hablo de que Jesús nos dice que es el Buen Pastor, que conoce a sus ovejas y sus ovejas lo conocen a él. Entonces me miran con sorpresa. Y les digo que en cada familia hay también un buen pastor, que es el padre y la madre, lo mismo si los hijos tienen cuatro años que si tienen cuarenta. Y que hacen falta los dos, él y ella. El buen pastor, dice Jesucristo, "ve venir al lobo y los defienden a tiempo", "da su vida por ellos", "las ovejas -que son sus hijos- distinguen su voz y la escuchan". Me siguen mirando con sorpresa. Les digo que para que sus hijos los escuchen y los quieran bien hace falta pasar tiempo con ellos, reírse juntos, escucharlos sin

cortarlos y hacer cosas juntos. Y como se quedan callados, añado que tiene razón su esposa en que hace él falta en casa y también tiene razón en que no lleve menos plata, porque ya vive ajustada. Aunque me mira con cara de pelea, le digo que el problema es suyo y, si lo piensa bien, Dios le ayudará a resolverlo, que le pida ayuda.

Cuando me bajo del taxi no se queda tan convencido, yo no sé cuál es la solución, pero sé que siempre Dios ayuda a resolver el problema.

“¿Saben quién soy yo?”

En ese grupo heterogéneo que se había armado Jesús (pescadores, un recaudador de tributos, un estudiante), con el que recorría los caminos de Galilea, estaban perplejos o desconcertados porque Jesús hacía y decía unas cosas que nadie antes había hecho y dicho. Por ejemplo: “anteriormente les han dicho, pero yo les digo...” Tenía una personalidad especialmente atractiva, le seguían multitudes y los trataba a ellos, y a todas las gentes, con un afecto que los envolvía en todo su ser. Eso ya les sorprendía porque les sonaba totalmente a nuevo. Pero además, presenciaban unos grandes milagros, que les

ayudaban a creer en Él y en lo que decía. La gente se preguntaba: “¿quién será éste?” Y ellos mismos se lo preguntaban también.

Un día, mirándolos sonriente, les preguntó, de golpe: "¿quién dice la gente que soy yo?" Ellos le contestan lo que dice la gente, que no tiene mucho sentido. Pero luego viene la pregunta difícil: "¿y ustedes quién creen que soy yo?" Silencio total. Hasta que uno de ellos, Pedro, le dice: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo." Esto quiere decir que es el Mesías o libertador que el pueblo judío esperaba durante siglos y, dice algo más, que es más que un profeta, alguien que es Dios o "casi" Dios. No le dice que es Dios, pero lo pone "cerca." Las palabras de Pedro causan asombro en el grupo, porque ellos nunca han conversado eso. La sorpresa es mayor cuando Jesús asiente a lo que ha dicho: "bienaventurado eres, porque en verdad no te ha revelado eso la carne ni la sangre (es decir, nadie humano) sino mi Padre que está en los cielos." Realmente les está diciendo que Él es Dios Hijo, pero no lo entienden, en realidad no lo podían entender. Jesús lo sabe. Empezarán a entenderlo cuando vean que resucitó y lo entenderán del todo cuando llegue sobre ellos el Espíritu Santo, "que les ayudará a entender todo lo que yo les he enseñado," como les dice antes de irse de su lado y subir a los cielos.

Jesucristo, a cada uno de nosotros, nos pregunta, "¿tú sabes quién soy yo?" Cada uno tenemos nuestra idea, pero más o menos en sombra. Lo sabremos bien cuando lo veamos un día en el cielo. Aquí lo podemos saber porque nos lo dice la fe de la Iglesia, pero no lo vamos a entender.

Quisiera decir algo que suena fuerte. Hay mucha gente que está confundida, o porque no saben muchas cosas importantes de la vida sobrenatural o porque las saben pero las han entendido mal: creen que ser católico es ir a misa los domingos, o rezar en determinados momentos, como quien cumple algo así como un reglamento. Ser cristiano no es eso, es buscar el encuentro con una persona, que es Jesucristo, y es Dios, por eso voy a misa los domingos, si yo quiero. Es hablar con Dios durante el día, que eso es rezar y descubrir que Dios me quiere mucho, como si tuviese un solo hijo en el mundo que soy yo.

La masonería “¿qué es eso?”

Subí a un taxi y el taxista me contó que ese día un pasajero le había dicho que era masón y le había hablado de la masonería. No dijo más, me miró y se dispuso a escuchar. Tardé unos segundos en reaccionar. Me acordé de que poco antes había ojeado un libro que se titula: "Mis once años en la masonería". Le hablé de él, breve porque el trayecto era corto. Le dije que la masonería se presenta muchas veces como algo de beneficio a la sociedad, ayuda mutua, dicen que se puede ser católico y masón al mismo tiempo. Así comenzó a ser masón el autor del libro y cuenta cómo, al ir pasando los años y ascendiendo en los grados, fue conociendo una realidad muy distinta, su agresividad a las religiones, especialmente a la católica, sus injusticias de todo tipo y la ausencia total de Dios. Ese libro y muchos otros publicados cuentan cómo, en los primeros grados, los masones no conocen realmente los fines que se propone la masonería. Le dije que es probable que el pasajero que llevó esa mañana perteneciese a esos primeros grados, porque los masones de grados más altos utilizan poco el taxi y que podía ser una buena persona. También es probable que su pasajero estaba disfrutando de las ventajas que puede aportarle el

ser masón, en la vida profesional o comercial. Me pareció que asentía.

Le expliqué que la masonería, desde sus comienzos, ha seguido la misma táctica: afirmar que ya no hay ningún problema con ser católico y masón, lo cual hace que la Iglesia vulva a repetir la condena a la masonería. Prácticamente ningún Papa ha dejado de hacerlo. Y así es en la actualidad. Ellos acostumbran a aparentar una simulada honestidad en su comportamiento, una conducta incluso amistosa hacia la Iglesia católica, que oculta los verdaderos fines de la masonería. Los que están en los grados inferiores no los conocen, se van desvelando poco a poco mientras se asciende.

No es cuestión de ser tolerante o no, de espíritu abierto o cerrado, de transigencia o intransigencia, es cuestión de verdad o engaño.

Cuando me iba a bajar, me preguntó, “¿se puede ser masón y católico al mismo tiempo?” Le devolví la pregunta: “¿a usted qué le parece?”. Me dijo que no. Yo le dije que efectivamente esa era la realidad. Añadí que la razón era muy sencilla: “aceptar las creencias masónicas, supone abjurar de las creencias católicas. Es suprimir la esperanza en la felicidad, en esta tierra y, para siempre, en el cielo.”

El cofre del tesoro

Hay una frase de Jesucristo en el evangelio, muy breve, pero que contiene un mensaje para toda la vida: “Atesorad para el cielo.”

Cuando nacemos, nos regalan a cada persona un cofre precioso. Tiene la tapa cerrada. Un día, alrededor de los 6 o 7 años, la tapa se comienza a abrir, poco a poco, cada día vamos echando en el cofre monedas de oro, otras son de plata, otras de cobre. También a veces echamos hojas secas y hasta basuras. De vez en cuando, lo miramos, lo examinamos bien y lo limpiamos. Eso lo hacemos en el sacramento de la confesión.

Así va pasando la vida. Ese cofre tiene un nombre y muchos apellidos, más de los que cada uno sabe; tiene el número del documento de identidad y otro número que va señalando los años, días, minutos y segundos. Va corriendo imparables. Y hay también un número misterioso, que nadie puede leer. Es el momento en que la tapa se cierra y ya no se puede abrir más. Mientras la tapa está abierta, todo lo que hacemos, si queremos, pueden ser monedas de oro y de plata, que van llenando el cofre. Si es que queremos, por eso es muy importante la intención, aunque sea remota, con que hacemos todo, una intención de ser una ayuda para los demás, de hacer bien cada

cosa, de servir, de pasar por la vida haciendo el bien y, también, de pasarlo bien nosotros mismos.

Si vivimos así, vamos amontonando un gran tesoro.

“Católicos fanáticos”

El relato de esta chica es muy expresivo, por eso no añadiré nada:

“Desde pequeña, mis padres me enseñaron que no existe Dios, no existe la verdad, y me decían: “cuídate, no vayas a caer en el fanatismo de los dogmas, cuídate de los católicos y más aún de los sacerdotes.”

Yo admiraba a mis padres, el talento de mi padre y me asombraba la cantidad de cosas que sabía mi madre, veía que leía muchos libros.

Me despertaba con las campanas de una iglesia que había cerca y miraba unos picachos próximos, casi siempre coronados por un manto blanco. Me gustaba pasear mi mirada por las cumbres y dejar que mi imaginación volase como esos pájaros grandes que veía de vez en cuando.

Sin darme cuenta, esa grandeza me llevaba a pensar en algo superior.

Un día pasó algo que marcó mi vida: al oír las campanas, me senté en la cama y, sin saber bien lo que decía, repetí varias veces "María, María, María". No eran solo unas palabras que pronunciaba, era todo mi yo el que las pronunciaba. Miré el calendario que tenía puesto en la pared y leí en voz alta: ocho de diciembre. Ahora sé que es la fiesta de la Inmaculada Concepción, entonces esa fecha no me decía nada.

Los días siguientes volví a decir esas palabras varias veces. No sé por qué las decía. ¿Las había escuchado antes?

Sucedió que, jugando con otros niños, uno me preguntó:

-¿Tú eres católica?

No supe qué responder. Se lo conté a mi madre y me dijo:

-Mejor que no te pregunten, pero si te vuelven a preguntar, diles que eres luterana, para que no te molesten.

-¿En qué se diferencian los católicos y los luteranos?

-Los católicos adoran a una tal María, que dicen que es madre de Jesús y ese Jesús dicen que es Dios, pero todo eso es una gran mentira.

Yo noté que mi pregunta le resultó incómoda y respondió cortante. Es la primera vez que escuché la palabra “María”.

Pasaba el tiempo y asociaba el nombre a una mujer muy guapa, que me quería mucho y me protegía. No sé por qué, pero era así.

A los doce años, cayó en mis manos un libro pequeño que decía en la tapa “Los cuatro Evangelios”. Empecé a leer y me interesó mucho. Ahí se hablaba de una mujer, llamada María, que tuvo un hijo, Jesús y que en una fiesta de bodas, pidió a su hijo un milagro en favor de los jóvenes esposos, que se habían quedado sin vino para los invitados, acudió a su hijo y él cambió unas vasijas de agua en vino. Entendí que esa mujer se interesaba mucho por nosotros, y también por mí. Esa mujer cada vez era más importante en mi vida.

Por otra parte, yo seguía pensando lo que me habían dicho desde niña: que no existe Dios y que los sacerdotes mienten.

Una vez fui a visitar a una persona a un hospital y allí vi un cuadro en que estaba pintado un hombre. Pregunté quién era y me dijeron que era Jesucristo y que era Dios. Yo dije que eso era

una mentira. Tenía quince años, era la edad en que me cuestionaba todo. Me quedé inquieta con lo del cuadro, y se me ocurrió entrar a una clase de religión, de la que yo estaba exonerada. La daba un sacerdote y salí enfurecida por escuchar tantas mentiras. Fui a verlo y le dije que todo lo que había dicho era mentira. Me escuchó y luego él dijo unas pocas cosas en las que me salió el nombre de “María.”

-¿Qué tiene que ver esa mujer en esto?

-Ella es la madre de Jesucristo.

Me quedé aturdida. No quise hablar más. Al irme, me dio un pequeño libro en que estaba escrito el Padre nuestro, el Avemaría y unas cuantas cosas más, muy pocas. Me hice el propósito de no leerlo, pero lo leí. En el libro hablaba algo de la misa. Seguía inquieta. Un día en la Escuela me acerqué al sacerdote y le pregunté:

-¿Qué es eso de la Misa?

-Si quieres, ven el domingo a la iglesia y lo verás.

Me pasó lo mismo que con el librito, decidí no ir, pero fui. Los cánticos, me gustaron, lo que habló el sacerdote me pareció bien, pero me acordé de lo que me decía mi madre, que los sacerdotes sabían engañar muy bien. Llegó un momento en que se hizo un gran silencio. Sonó,

despacio, una campanita, el sacerdote levantó una cosa blanca y luego una copa. Luego volvieron las canciones y al poco todos salieron. Yo me dije:

-Esto es una patraña, un engaño, no vuelvo más.

Me quedó una gran interrogante: ¿qué pasó cuando levantaron aquello blanco y aquella copa? Noté un algo especial en aquel momento.

El siguiente domingo volví a la iglesia para fijarme en ese momento: el silencio y la campanita. ¡Algo pasa! ¿qué pasa? Cuando acabó todo, sin pensar lo que hacía, volví donde el sacerdote.

-Quiero saber una cosa.

-Dime.

-¿Qué pasa cuando levanta esa cosa blanca y esa copa?

-Yo he dicho unas palabras y esa forma blanca se ha convertido en el cuerpo de Jesucristo y esa copa con vino en su sangre.

-¡Eso es absurdo! Es un invento, ¿cómo es posible que crean algo tan absurdo?

-Lo creen porque tienen fe.

-¿Qué es eso de la fe?

-Puedes leerlo en el libro que te di.

Cuando llegué a casa, algo se me debía notar, porque me preguntó mi madre:

-¿Dónde has estado?

Dudé qué responder, pero aprendí de mis padres a no mentir:

-En una misa católica, pero todo me pareció falso, una hipocresía, no volveré nunca más.

-Si vas, terminarás haciéndote católica.

Me quedé asustada. De ninguna manera.

Pasaron unas semanas. Imposible que Dios estuviese en esa cosa blanca. Recordé que muchos se acercaron a recibirla. Decidí ir y acercarme a recibirla, a ver qué pasa. Fui y no pude acercarme, me quedé clavada en el piso. Entré a ver de nuevo al sacerdote:

-¿Qué tengo que hacer para poder recibir esa cosa blanca?

Tardó en contestarme. Me dijo, mirándome con afecto:

-Es que tú no puedes; sólo pueden recibirlo los católicos.

-¿Qué tengo que hacer para ser católica?

-Siéntate. Y me acercó una silla

-No es tan fácil. Primero, creer lo que creemos los católicos.

Recuerdo que me hablaba despacio, cuidando sus palabras, para que yo entendiese. Yo notaba que ya no estaba furiosa. Me notaba tranquila. Por momentos se callaba.

Le conté lo que ocurrió cuando yo tenía nueve años, y cómo desde entonces tenía a María por mi madre, sin saber para nada todo lo demás. Le dije que fue un ocho de diciembre. Él se sorprendió al oír esa fecha y me parece que puso más atención. Continué diciendo algo que no había pensado bien, pero lo dije en ese momento: que no tengo dudas de que es mi madre y que ahora quiero recibir a su hijo, como hacen los demás. Cuando le conté todo esto, me di cuenta de que se impresionó y, a partir de ese momento, me parece que comenzó a pensar distinto. Me preguntó:

-¿Crees que el hijo de María es Dios?

-Usted sabe que no creo en Dios. Al menos, en el Dios de los católicos.

Hubo un silencio. Yo continué:

-Quizá podría intentarlo.

-Depende de ti. Si tú quieres, yo te ayudaré.

Pasé cuatro meses en un mar de dudas. Tuve muchas conversaciones con el sacerdote. Conversábamos muy serenos los dos. Descubría

un mundo nuevo y, al mismo tiempo, lo rechazaba. Estaba entre el sí y el no. Además, sabía que mis padres se opondrían con fuerza. Mi madre empezó a sospechar, intuía lo que estaba pasando. Un día me dijo:

-No irás a hacer la locura de ser católica.

Me quedé callada. Me daba mucha paz pensar en María y dirigirme a ella, pidiéndole que me ayudase.

Por fin, decidí bautizarme. Ya había cumplido dieciséis años. Se lo dije al sacerdote. Tuve que insistir. Le dije que quería bautizarme el día ocho de diciembre. Faltaban dos meses. Cuando mencionaba esa fecha, veía que el sacerdote se ponía pensativo y era un argumento muy fuerte:

-Si de verdad lo quieres, puede ser el ocho de diciembre, se ve que María está de por medio. Dale gracias a Ella.

Me seguía preocupando lo de mis padres. El sacerdote me dijo que sería en privado, pero añadió

-No lo ocultes a tus padres.

-Se lo diré al día siguiente de bautizarme, pero no antes.

Tenía paz y me seguí preparando. Llegó el ocho de diciembre. Todo fue muy sencillo. Por la mañana temprano, el sacerdote me bautizó.

Estaban con él dos personas más: un matrimonio joven, a los que veía en Misa los domingos y que, sin conocernos, nos saludábamos con la mirada. Al acabar, me invitaron a tomar desayuno. Les conté mi historia. No me dijeron nada, solo que rezarían por mí, que tuviese la seguridad de que todo saldría bien y que “nunca te arrepentirás del paso importantísimo que has dado.” Una hora después, fuimos a la iglesia. A la hora de la comunión, pude ponerme en la fila como uno más y escuchar lo que el sacerdote me dijo:

-El Cuerpo de Cristo.

-Amén. Lo dije con seguridad. Luego, no sabría explicar lo que sentí. Cuando tenía al hijo de María dentro de mí, le pedí a Ella dos cosas: que mis padres comprendiesen mi decisión y que hiciese con ellos, lo mismo que había hecho conmigo.

“¿Cómo te puedo ayudar hoy?”

Hay personas que tienen carácter fuerte. Mientras son enamorados se llevan bien, pero en los años de matrimonio, los defectos se ven más

de cerca y parece que se agrandan. A veces, todo se complica mucho. Esto les sucedió a los protagonistas de esta historia. Unos cuantos años fueron más o menos bien, vinieron tres hijos, se querían con su carácter, aunque había explosiones, luego todo amainaba. Sin saber bien por qué, cada uno empezó a no querer ceder ante el carácter del otro. Las peleas se hicieron más fuertes, se herían, se fueron distanciando y el matrimonio se iba a un precipicio.

Un día él viajó a otro país, por motivo profesional, tres o cuatro días. En la noche, llegó al hotel, después de un día agotador de trabajo y necesitaba conversar con alguien próximo. Llamó a su esposa, no encontró acogida favorable y, por una pequeñez, tuvieron una gran pelea. Así contó él mismo lo que sucedió:

“Kery me colgó. Estaba sólo y solitario, frustrado, en mi habitación del hotel. Había llegado a mi límite. Ahí es cuando me dirigí a Dios. Hacía tiempo que no lo hacía. No sé si podría decir que recé, grité a Dios. Grité largo, fuerte. Aunque odiaba la idea de divorciarme, el dolor de estar juntos era demasiado. También estaba confundido. ¿Porqué no podíamos llevarnos bien? ¿Porqué me había casado con alguien tan diferente a mí? ¿Porqué ella no cambiaba? En mi desesperación, me llegó una

poderosa inspiración: “no puedes cambiarla, pero puedes cambiar tú.” Aunque sabía que me iba a costar mucho, tomé la decisión de ceder yo en todo. Le pedí a Dios que me ayudase. Le pedí hasta dormirme y dormí mucho mejor. Me desperté tranquilo, con una tranquilidad que no tenía hacía tiempo. En el avión, de regreso, me planteé cómo iba a realizar eso de cambiar yo en todo y tomé una decisión que, al principio me pareció absurda, pero sabía que iba a funcionar.

Mientras entré por la puerta de mi casa, recé para no comenzar con una pelea. Encontré lo que me esperaba, una esposa fría que apenas reaccionó ante mi presencia. Aquella noche, en nuestra cama, apenas unos centímetros el uno del otro, pero sintiéndonos a kilómetros de distancia, me confirmé en lo que iba a hacer. A la mañana siguiente, lo puse en práctica. Me acerqué a Kery y le pregunté:

-¿Cómo te puedo ayudar hoy?

Kery me miró enojada y me dijo:

-¿Qué?

-¿Cómo te puedo ayudar en tu día?

Me lanzó una mirada agresiva y me dijo:

-Limpia la cocina.

Probablemente esperaba que explotase de cólera. En lugar de eso, me levanté y limpié la cocina.

Al día siguiente lo repetí:

-¿Cómo te puedo ayudar hoy?

Noté que se desconcertó, dudó y dijo:

-Limpia el garaje y los dos carros.

Respiré hondo, porque tenía un día muy ocupado y estuve tentado a estallar, pero en lugar de eso me levanté y limpié el garaje y los carros.

Cuando llegué por la tarde, noté a Kery distinta, aunque silenciosa, hermética. Pensé que el plan empezaba a funcionar. Estuve especialmente divertido con los chicos. Ella me miraba.

A la mañana siguiente volví a preguntar:

-¿Cómo te puedo ayudar hoy?

-¡Nada! No puedes hacer nada. Por favor deja de decir eso.

-No puedo dejar de decir eso porque me importas y me importa nuestro matrimonio.

-Nada, no hagas nada, me dijo con voz apagada. Sus ojos se llenaron de lágrimas y empezó a llorar. Cuando pudo hablar, me dijo:

-Por favor, deja de preguntarme esto. Tú no eres el problema, soy yo el problema. Es difícil vivir conmigo. No sé por qué estás conmigo.

-Estoy contigo porque te quiero.

Los muros entre nosotros cayeron. Yo cedí y ella cedió.

A partir de ese día, seguimos siendo los mismos, con nuestros caracteres fuertes, muy

difíciles, pero con una gran diferencia: peleábamos, pero volvía la calma, peleábamos sin veneno. Nos pedíamos ayuda el uno al otro en muchas cosas. Hacíamos cosas juntos. Cambiamos, sin cambiar. Los primeros que notaron el cambio fueron los chicos.

Marta y María

Dos mujeres discuten ante Jesús. Son hermanas. Las personas que se quieren también discuten. Y Jesús, contra toda lógica, defiende a la que parece que no tiene razón. Esta es la historia.

Invitan a almorzar a Jesús a casa de Lázaro, gran amigo suyo. Aunque se tienen mucha confianza, lo estiman tanto que se esmeran en atenderlo bien. La familia la conforman tres hermanos, Lázaro, Marta y María. Los tres quieren muchísimo a Jesús y Jesús a ellos. En esa casa lo pasa muy bien y descansa de verdad.

Cuando llega Jesús, María se sienta a sus pies y lo escucha. No se pierde palabra. Marta se mueve ocupadísima preparando la mesa y el almuerzo. Lanza miradas expresivas a su hermana que están diciendo; "ya, pues, ayúdame!".

También está Lázaro, su hermano, que interviene en la conversación, se ríe, disfruta todo lo que le oye a Jesús

Marta, como último recurso, recurre a la "suprema instancia", que es Jesús:

-Mi hermana me está dejando sola en las cosas de la casa. Dile que me ayude.

Lo lógico es suponer que Jesús diría, "María, ve y ayuda a tu hermana." Sin embargo, no dice eso:

-Marta, Marta, tú te agitas y te preocupas por muchas cosas. María ha elegido la mejor parte, que no le será arrebatada.

Marta quería a Jesús tanto como María y no es una irresponsable. Quizá María adelantó todas las cosas porque, al llegar Jesús, lo que quería era escucharlo.

¿Cuál es el mensaje? No es fácil. Jesús le dice a Marta que "se agita y se preocupa por muchas cosas." Parece que está descuidando lo importante, que es escuchar a Dios, hablar con él. Todos lo necesitamos y, también, todos tenemos mucho que hacer. Dios quiere las dos cosas. Por otra parte, el trabajo y las ocupaciones son trato con Dios, son oración, porque es realizar lo que Él quiere. Pero hay momentos en que nos ocupamos exclusivamente de Dios y de ahí sacamos la fuerza para el resto del día.

Se me ocurre poner un ejemplo que los que se movilizan en automóvil han vivido más de una vez. En un día apretado de ocupaciones, ven que el marcador de gasolina está abajo. Nunca dicen "no tengo tiempo para ponerle gasolina al auto." Si el auto se queda sin gasolina no funciona. La gasolina hace falta, porque da fuerza al auto. Todo el mundo necesita esa fuerza por dentro que da sentido a todo lo que hacemos. ¿Marta o María? Las dos. Acción y oración. Ocupaciones y Dios. Cuerpo y alma.

“Míreme que también soy persona”

Me paré en un semáforo y había una señora mayor que pedía limosna. Preparé unas monedas para darle. En el momento que ella llegó donde mí, cambió el semáforo y los autos se movieron. Le di la limosna, ya arrancando, mientras necesariamente miraba al frente. Oí que me dijo:

-Míreme que también soy persona.

Me dolió que ella lo interpretase como algo despreciativo, además siendo sacerdote.

Al regreso, pasé por ahí, pero ya no estaba. Deseaba decirle que la apreciaba como persona, que la encomendé mientras le di las monedas y

que no la miré porque ya comenzábamos a andar y era necesario mirar al frente. Pero me quedó claro qué importante es la mirada hacia la otra persona. La señora que pedía limosna necesitaba dos cosas: la limosna y el afecto de la persona que se lo da. Sin la mirada ella se convierte en un objeto. Es muy importante mirar a la otra persona a la que hablamos, a la que saludamos o hacemos cualquier servicio. Una mirada significa muchas cosas.

Hace tiempo, un amigo me contó su pelea con su esposa. Al llegar a la casa, ella le contó que había habido un desperfecto de gasfitería y él la cortó.

-¿Cuánto necesitas?

Se molestó muchísimo. Le dijo que no necesitaba su dinero, que ella tenía un esposo y a quien iba a contarle las cosas sino a él. Por supuesto que se lo contó todo, con detalle. Cuando acabó, dijo el dinero que necesitaba. Ella quería soltar todo lo que había sucedido en la mañana y también quería la plata. Las dos cosas.

Una esposa necesita el afecto de su esposo, que la escuche y la mire. El afecto está casi siempre en la mirada. También a Dios. Si queremos, todo lleva a Dios. Mirar un cielo azul o estrellado, un paisaje, un árbol, una flor nos lleva a mirar al autor de todo eso, al que le dio la existencia y lo sigue manteniendo en la existencia. Y nos damos

cuenta de que, si una flor tiene valor, ¡cuánto más valor tendrá una persona! Mirar a Dios mientras una persona trabaja, o descansa, o se divierte, parece difícil porque es hacer dos cosas al mismo tiempo. No es así. Es hacer todo eso juntos, como en una construcción, dos operarios trabajan juntos, o lo hacen unos profesionales en una reunión de trabajo, o unos universitarios cuando estudian juntos.

¿Tirar al tacho un futuro?

Quiero contarles lo que está haciendo un buen médico, que tiene varias maestrías internacionales y ha sido vicepresidente de la Organización Mundial de la Salud. Se está haciendo sacerdote en la catedral de Lima. Se llama Augusto Meloni. Tiene 56 años.

Cuenta que él era católico de los que viven su catolicismo, a su manera. Iba a misa de vez en cuando, por motivos sociales. Pero a su madre, que había quedado viuda, a los 80 años se le ocurrió enfermarse de "Alzheimer". Empezó a olvidarse de las oraciones que siempre decía. Le pidió a su hijo Augusto que se las leyese. Un día su madre le dijo, "no te has confirmado, sería

bueno que te confirmes". Contestó que sí, por no llevar la contraria a su madre, pero no tenía interés en confirmarse. La salud de su madre se fue deteriorando y, a los pocos meses, su buena madre puso final a su existencia terrena.

Augusto se acordó lo que le había dicho su madre de confirmarse, pensó que era su voluntad y decidió hacerlo. Tocó la puerta de una parroquia y le dijeron que había charlas de preparación los sábados en la mañana. Fue, pero se sentía incómodo, a sus 48 años, entre muchachos de dieciocho o de veinte. Lo curioso es que, también el sábado, dirigía una sesión de posgrado a un grupo de médicos. Un notable contraste entre las dos actividades.

Un día, el sacerdote de la parroquia le propuso que él diera unas clases a un grupo de muchachos. Pronto tenía unos papeles en la mano y un grupo de chicos y chicas asignado, a los que no podía defraudar. Sucedió que aquellos contenidos que explicaba pasaron a formar parte de su vida y fue descubriendo un mundo distinto. Comenzó por descubrir la misa y progresivamente descubrió el trato con Dios. Pasó el tiempo y llegó a plantearse la idea de ser sacerdote. Esto le preocupó por tratarse de un cambio tan radical de mentalidad y pensó que quizá algo no estaba bien en su cabeza y necesitaba consultar a algún psiquiatra. Acudió

al consultorio de varios colegas y le dijeron que todo estaba normal.

La inquietud siguió. Un día, se presentó la oportunidad de consultar su caso con el rector del seminario Santo Toribio de Lima, su ciudad y su sorpresa fue grande cuando se enteró que también era médico. Gran parte de su problema estaba en que si él era médico, cómo iba a ser sacerdote. Ese problema se cayó al ver a un colega convertido en sacerdote. Pasado un tiempo, decidió prepararse para ser sacerdote.

Esta es la historia, a grandes rasgos, de ese médico que está recibiendo la ordenación sacerdotal en la catedral de Lima, junto con otros seis diáconos más, mucho más jóvenes que él.

Un periodista le preguntó “¿qué le ha pasado?” y contestó que las oraciones de su madre le cambiaron la vida.

Como era de esperar, vinieron más entrevistas. Le preguntaron muchas cosas, como: “¿qué nos diría a quienes vamos poco a misa?” "Que la misa es lo más grande que hay. No vayan por cumplir una obligación sino porque es algo muy grande. Lo irán descubriendo poco a poco. Quien no va, no sabe lo que se pierde."

A veces, alguno de sus amigos le dice que ha tirado al tacho un futuro profesional brillante. Les contesta que poner a Dios en la vida es el máximo éxito profesional. Y añade: “no es que todo el

mundo tenga que hacer lo que yo hice. Para la mayoría, su éxito es seguir haciendo lo que hace y rectificar todo lo que necesite rectificar. Pero conmigo Dios tenía unos planes diferentes. Y por suerte, le hice caso.” La última frase sintetiza muy bien la vida de Augusto Meloni, hacer caso a Dios, que va unida a la otra: “poner a Dios en la vida es el mayor éxito profesional”.

“Patinó la camioneta”

Tengo un amigo sacerdote que vive alrededor de los cuatro mil metros de altura, en los Andes del Perú. La zona se llama Huancavelica. Los paisajes son grandiosos, el silencio de las alturas andinas es muy peculiar, los nevados llegan hasta cerca de los seis mil metros, todo es impresionante, incluso los precipicios que a veces bordean las carreteras. Me dice que “casi nunca me ha pasado nada”. Le pido que me cuente ese “casi.” Y lo hace.

“Viajaba por un camino de altura que conocía bien. Al borde teníamos un buen abismo. Creo que iba atento pero, por lo que sea, la camioneta patinó y se fue hacia el borde de la pista, que era de tierra, mirando a un abismo. Pensé que nos

íbamos, pero la camioneta quedó en el mismo borde. Yo soy ingeniero y sé que, si nos movíamos para salir, lo más probable era que nos fuéramos abajo. También pensé que el peso de la camioneta iría removiendo la tierra y que, en algunos minutos, se caería. Si en esos minutos pasaba un camión o un ómnibus, estábamos salvados, porque nos podría enganchar con una soga y devolvernos a la pista. No había más opciones. Miré el reloj para calcular los minutos que faltaban. Teníamos dos factores a favor: que era pleno día, lo cual facilitaba que nos viesen a cierta distancia y que no llovía, la tierra estaba seca y tardaría más tiempo en removerse. Me acompañaba un seminarista que, como es natural, estaba muy asustado. No le dije que si nos veníamos abajo, la camioneta antes se movería y haría ruidos, avisándonos de lo que iba a suceder. Ya se lo diría si esto ocurría. Tenía certeza de que no.

Sin que él me viese, yo iba mirando mi reloj y calculando el tiempo. Me fijaba en el espejo retrovisor. Como es natural, rezábamos fuerte. Es una carretera de poco tráfico, pero pasan camiones. Qué alegría tuve cuando vi aparecer por la curva un camión grande, que venía muy lento. Le dije a mi acompañante que no hiciese ningún movimiento. El camión paró junto a nosotros. Luego, hizo unas maniobras lentas para

situarse bien. Bajaron muy rápidos los dos choferes, prepararon la soga, con acierto nos engancharon. Bastó un tirón para mover la camioneta hacia atrás y ponerla en el camino. Gritamos, dándole gracias a Dios, bajamos para abrazar a los choferes, risas que ayudan a oxigenarse y liberar los nervios, respirar hondo, brindar con el aire, porque no había otra cosa y continuamos, ellos y nosotros, el recorrido hasta Huancavelica.”

El relato de mi amigo sacerdote me ha hecho recordar un dicho popular: "de lo malo, me olvido / mis alegrías, vienen conmigo". Porque mi amigo me ha contado muchas cosas magníficas de su trabajo sacerdotal y si no le pregunto, no me cuenta el suceso. Yo lo admiro, porque él considera muy normal todo lo que hace y está feliz ejerciendo su sacerdocio por esas alturas. Aparte de los abismos, hay muchas otras cosas que exigen sacrificio, pero las pasa por alto con una elegancia que asombra. Cuando intento hablar de esas cosas, él me habla de la bondad y la generosidad de los campesinos que atiende. Es alegre y divertido, nos reímos con sus anécdotas que esconden verdaderas heroicidades y cuando vuelvo a los abismos, después de lo que ha contado, me dice: “no me impresionan, porque tengo una confianza total en alguien de arriba que me sostiene y me cuida.”

“Me fui con el chico”

“Mi relación con Dios era superficial. Comencé la universidad, fui una chica con éxito en mis cursos y en mi grupo de amigos. Tuve enamorados que me duraron poco. Hasta que, a los 19 años, conocí un chico del que me enamoré de verdad, o al menos eso creí. Luego me di cuenta que lo tenía para presumir ante mis amigas. No me convenía para nada, yo lo sabía, mis padres me lo decían y algunas amigas también, pero llevaba la contraria a todo el mundo. Quería ser yo misma.

El chico terminó la carrera y me dijo que viajaba a hacer una maestría. Hice la locura de decirle que me iba con él y me fui con él. Yo tenía 21 años y él tres más que yo.

Viajamos. Pronto descubrí la realidad de mi pareja. Salía con otras chicas, no le importaba que yo lo supiese, cuando se lo reprochaba se burlaba. Me dejaba mal delante de otros. Yo no le importaba. Llegó un momento en que no pude más y nos separamos. Estaba embarazada, pensé abortar. Finalmente, no lo hice. Lo llamé Jack. También pensé volver donde mi familia, pero tampoco lo hice, en parte, por amor propio y en parte, porque me faltaba un año para terminar la universidad y quise graduarme. Poco después, me ofrecieron un trabajo que me permitía sobrevivir.

Viví mi vida yo sola, a mi aire. Me hice como una costra afectiva, me divertía, no quería pensar. Cuidaba a mi hijo, que era mi tesoro. Iba creciendo.

Pasaron así unos años, cuando empezó a invitarme a salir un compañero de trabajo. Me dí cuenta de que era distinto a los anteriores. Su nombre es Michel. Nos enamoramos. Le dije que me habían bautizado católica, pero que no practicaba y él me dijo que no tenía ninguna religión. Me propuso vivir juntos. Mi hijo tenía entonces ocho años y condicionaba todo. Vi que se entendía bien con Michel y los dos se tomaron afecto. Acepté. Salí embarazada de Michel, una niña y, no sé por qué, quise bautizarla. Se lo dije a Michel y no le importó. Al poco tiempo, tampoco sé por qué, se me ocurrió bautizar también a Jack. Esta vez Michel me dijo que tendría que preguntarle a él. Me dijo que bueno.

Ahí comenzó mi “problema”. El niño, después del bautismo, me dijo que quería ir a misa. Lo llevé a misa los domingos. Michel venía conmigo. Estábamos los dos sin interesarnos para nada. Al año, mi hijo salió con que quería hacer la primera comunión. También lo acepté. Pero todo se complicó cuando nos dijo que los padres teníamos que ir a dos charlas preparatorias. No nos gustó ni a Michel ni a mí, pero aceptamos.”

No sigo el relato. Lo demás lo puede imaginar el lector: en las charlas, fue Michel el que se interesó, leyó unos libros y después pidió bautizarse.

Dice la chica: “Yo acompañé a Michel a unas charlas preparatorias del bautismo y fui descubriendo todo un mundo. Al mismo tiempo Jack seguía queriendo ir a misa y me pedía que le enseñase a rezar”.

Los grandes cambios se componen de pequeños “sí”. Cuando a su madre le vino a la cabeza la idea de bautizar a la niña, “alguien” la puso en su cabeza y ella dijo “sí”. También dijo “sí” cuando le vino la idea de bautizar a su hijo de ocho años. Cuando el niño dijo que quería ir a misa los domingos, también dijo “sí.” Cuando quiso hacer la primera comunión y saltó con lo de las charlas, pudo surgir un “demasiados caprichos”, y ahí terminaba todo. También Michel pudo decir, “tú haz lo que quieras, pero a mí déjame.” No lo dijo. Fue diciendo también “sí.”

Es la libertad de cada persona la que nos hace seguir un camino u otro. Cierto que la gracia de Dios va actuando por dentro, como dice la Sagrada Escritura, “Dios nos va llevando con suavidad”, pero siempre necesita el “sí” de cada uno. Ahí es donde nos la jugamos.

En los años jóvenes de la chica, hubo un alocamiento que la llevó a muchos “no.” Luego,

fue muy distinto. Cambió, rectificó, quizá porque pensó. Pensar es decisivo porque permite decidir sabiendo lo que uno decide. Rectificar es una palabra mágica, que se lleva por delante un enemigo muy potente que se llama soberbia, la cual se manifiesta de modos muy diversos, a veces, sin saber nosotros mismos que ese enemigo está dentro. La soberbia intenta pasar disfrazada de “modos de ser,” de “personalidad.”

Un obstáculo puede frenarnos. Es plantearse: “¿podré?” La respuesta es que hay un “Alguien” que, si yo quiero, hará que pueda siempre.

¿Qué hacen los demonios?

¿El demonio existe? Es una pregunta que me han hecho algunos taxistas y muchas personas. Cuando les contesto, cuido bien lo que digo, porque pudiera sonar a algo anticuado, de otras épocas. Esto al demonio le pone feliz, porque lo que más le interesa es pasar oculto, por eso tiene tanto interés en que pensemos que no existe.

El Papa Francisco es uno de los Pontífices que más habla de él. Por ejemplo, en su viaje a México, en 2016, (del 12 al 18 de febrero) se refirió a él, a su poder, porque antes fue ángel: “

con el demonio no es posible dialogar, porque vencerá siempre. Solo la fuerza de la palabra de Dios puede vencer.” No debieron gustarle a los demonios esas palabras del Papa. Tiene poder, pero más poder tienen los ángeles y la Virgen y, por supuesto, Dios. Lo deja suelto, porque, en el fondo, nos hace mucho bien. Pero, como dice el Papa, no dialogar, tenerlo bien lejos. Engaña muy bien.

Los exorcistas son unos sacerdotes, que tienen una preparación especial, y a quien los obispos encargan hacer lo que se llaman “exorcismos”. Su función es muy delicada, porque consiste en expulsar al demonio de lugares o de personas en las que se ha introducido. Rezan de modo especial antes de cada exorcismo, saben que la principal arma para expulsar los demonios es la oración.

El Vaticano tiene un exorcista oficial que se llama Amorth. Hace poco he leído una entrevista. Comenta cosas sorprendentes, por ejemplo, que ha practicado en su vida miles de sesiones de exorcismo. No imaginamos que los exorcismos sean algo tan de nuestros días. Sabe muy bien lo que dice:

-El demonio anda muy entre nosotros. En ocasiones, se encuentra en algo tan frecuente como el aborto, la pornografía, la ouija. Y también hay ritos y ceremonias, más o menos disfrazadas, en las que puede estar el demonio detrás.

El periodista le dice si no se tratará de casos que los arregla un psiquiatra:

-Actuamos muy de acuerdo con los psiquiatras. Esperamos que los médicos nos digan “este no es mi terreno.” Solo entonces intervenimos nosotros.

-¿Cómo actúan?

-Primero hay una preparación personal previa de oración y penitencia, porque sabemos que el asunto es serio. Siempre nos encomendamos a los santos ángeles. Luego, cada caso es muy distinto y exige un procedimiento distinto. Hay algunos casos en que la persona poseída reacciona con furia, por ejemplo, ante un crucifijo, o la señal de la cruz, o el padrenuestro. Otros actúan muy distinto. No manifiestan nada especial, pero sí notamos una cierta inquietud o incomodidad ante estos signos. El demonio trata de pasar oculto, pero estos signos lo perturban y lo notamos. Actúan con una gran inteligencia, porque antes de ser demonio fue ángel.

-¿Hubo más experiencias demoníacas en épocas pasadas?

-Más bien es lo contrario. En nuestro siglo XXI, los casos aumentan. Hay más facilidad para que actúe el demonio cuando las personas se alejan de Dios. Se introduce con más facilidad en personas que han estado o están en contacto con drogas, o abuso frecuente del sexo, o difusión de

pornografía, o perversión a otras personas. Con frecuencia, esas personas no se dan mucha cuenta de que el demonio está actuando a través de ellos.

Puede utilizar a una persona con éxito profesional, social, económico, de presencia agradable. En algunas ocasiones, esa persona sabe que el demonio lo está ayudando, lo acepta y lo lleva con engaños, pero en otras ocasiones, no lo tiene tan claro, aunque acepta hacer el mal en la sociedad, porque le trae buenos resultados económicos, placer sexual, o poder.

Hay otro sacerdote exorcista, Jeremy Daves, que dice que el demonio tiene especial interés en dos campos: el aborto y la pornografía, y que en esos campos maneja a muchas personas.

Cada vez son más quienes se dedican a esta actividad, que es fuerte. El sacerdote francés Jean Pascal Dulois, dice que cuando su obispo le encargó ser exorcista “le temblaron las piernas,” porque sabía que suponía enfrentarse a los demonios. Cuando va a un exorcismo va acompañado por dos sacerdotes y un laico. Su actividad cubre toda la región de París. Cuenta que hay personas que fingen y fingen muy bien. Cuando sospecha, dice que lee un texto en latín, que no tiene nada que ver y si la persona se retuerce o grita, se da cuenta de que está fingiendo y se retira. Le preguntan cómo actúa el demonio:

-Intenta pasar desapercibido. Muchas veces se calla y la persona no da ninguna señal. Nunca dialogamos con la persona, sino con el demonio, al que se enfrenta con oraciones especiales, con el crucifijo, el agua bendita, hasta que comienza a dar señales.

-¿Qué es lo que realmente pretende el demonio?

-Al demonio solo le importa la relación de Dios con el hombre. Por eso, busca debilitar la fe, la esperanza y la caridad y, si puede, destruirla. Quiere nuestra desgracia, por el camino del engaño, para eso nos ofrece triunfos, poder, placer. En cambio, Dios quiere la felicidad del hombre y para eso pone a nuestra disposición los sacramentos.

-El demonio utiliza dos estrategias, el desánimo, la tristeza, la culpabilidad que puede llevar hasta el suicidio. O bien, el rechazo a perdonar, el odio, la dureza de corazón. Siempre tiene la misma táctica, primero sugestión, es decir ofrece algo que atrae, luego delectación, el placer y por último quiere lograr el consentimiento, es decir, la entrega de la voluntad.

Gabriel Amorth, uno de los exorcistas más conocidos, declara:

“La verdadera carta vencedora del demonio, sin embargo, es estar siempre escondido y la cosa que más desea es que no se crea en su

existencia. Él nos estudia a cada uno y nuestras tendencias al bien y al mal, y después suscita la tentación, aprovechándose de nuestras debilidades. La época actual se caracteriza por el olvido parcial o total de la figura del diablo que, de esta manera, obtiene sus éxitos más importantes. Así consigue que aparezca la idea de que el aborto y el divorcio sean una conquista de la civilización. Es obvio que el diablo se esconde detrás del aborto y del divorcio, y de prácticas como el ocultismo y la magia.”

En una entrevista realizada a otro sacerdote exorcista explica que, años anteriores, los sacerdotes que realizaban ese trabajo casi no se conocían. Ahora se realizan reuniones para intercambiar experiencias entre ellos y conocer actividades demoníacas que antes pasaban ocultas.

No tiene por qué dar miedo la presencia del demonio en la sociedad, simplemente conviene saber que existe y cuál es su modo de actuar. No tiene por qué dar miedo, si se pide la protección de los ángeles, que son más poderosos y de la Virgen, a la que los demonios temen muchísimo y a Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Las “peleas” entre María y José

¿Porqué hablo de "peleas"? Primero, porque en todo matrimonio hay “peleas”, que no son falta de cariño sino manifestación de que no están casados dos ángeles, sino un hombre y una mujer. Cuando hay cariño, las peleas no dejan huella, no hieren, son más tarde motivo de broma y risa y son perfectamente naturales.

Vamos a ubicarnos en varios escenarios que nos relatan los evangelios. Por ejemplo, el nacimiento de Jesús. Podemos suponer que José no estaba nada conforme con que su esposa tuviese que pasar la noche en un establo, ni podía estar conforme con que algunos de sus parientes o amigos no tuviesen alojamiento para ellos. María intentaría disculparlos:

-José, fíjate que cuando nosotros llegamos, ya estaba el cuarto ocupado. Ellos no sabían que veníamos nosotros.

-Si se quiere, siempre hay sitio.

Al llegar al establo, la expresión de José no podía ser de satisfacción. Buscaría arreglar un sitio lo más “digno” posible, distanciado de los animales, lo limpiaría, pero no podía estar de acuerdo con esa situación. María trataría de hacerle alguna broma, procurando hacer que no lo pase mal. José agradecería mucho los comentarios

de María, pero no podía estar de acuerdo con la situación.

Mientras José dormía, nació Jesús. Le despertó el lloro de un niño. José se emocionaría muchísimo, María le entregaría al Niño en sus brazos, le contaría que todo había sido instantáneo. Quizás José se dirigiría a cerrar la entrada del establo y cuando lo estaba haciendo llegó un grupo alborotado de pastores que querían entrar. José se plantaría en la entrada dispuesto a no dejarlos entrar. Oye que hablan de un ángel y un niño que ha nacido. María también lo oye y enseguida dice:

-José, déjalos entrar.

-¡Cómo voy a dejarlos entrar! Están sucios, además son muchos y gritan.

-No importa, déjalos entrar, quieren ver al Niño.

José acepta, va entrando rápido aquel grupo variado de pastores, mientras José dice:

-¡Que ni lo toquen!

Pero ya lo dijo tarde, porque María había dado el Niño a uno de ellos, el más anciano. José va rápido hacia él, quizá con intención de quitárselo, pero ve que el Niño le está haciendo una caricia y que María lo mira feliz. Una vez más, José se rinde.

El momento en que Jesús, a los doce años, se queda en el templo, es un momento muy difícil

para los dos. Es probable que José se sintiese culpable por no haber comprobado que el chico iba con su esposa o en otro grupo, pero María le quitaría la preocupación y quizá se la echaba sobre ella, porque el chico, hasta ese momento, viajaba con ella. Los expertos en costumbres judías nos dicen que, hasta los doce años más o menos, el niño iba con su madre y, a partir de esa edad, con su padre. Por lo tanto, podía ir con cualquiera de los dos. Y es posible que en el viaje de ida no fuese con su madre. Eso explica la confianza de los dos en que iba con el otro, o quizá con otros parientes. Podemos suponer la preocupación y el sufrimiento de sus padres en el viaje de regreso a Jerusalén, rezarían a Dios y confiarían totalmente en sus designios. El disgusto grande de haber perdido al Niño los uniría todavía más. Y podemos imaginar la alegría grande de encontrarlo en el templo. Hay que notar la delicadeza de su madre cuando pone por delante a José, “tu padre y yo te buscábamos.” A José lo llama, con toda naturalidad, “tu padre”, lo que nos indica que era el modo habitual de mencionar a José en su vida de familia.

En todo matrimonio hay pequeñas discrepancias, que ponen a prueba el amor de los esposos. El amor mutuo entre María y José resistía todas las pruebas. Desconocemos esas pequeñas diferencias, suponemos que las hubo,

como en todo matrimonio normal y que contribuían a hacer más sólido su amor.

Cuando en los matrimonios se presentan, puede ser muy conveniente acudir a la intercesión de María y de José, imaginar cómo actuarían ellos, pedirles ayuda y no extrañarse de que ocurran. No tienen por qué enfriar el amor, ya que forman parte del día a día, son manifestaciones distintas del modo de ser varón y del modo de ser mujer, dos realidades que se complementan y enriquecen en la nueva unidad de un matrimonio.

El directivo de mi club

Hace unos días pasé por un edificio que, por una razón, se hizo vivo en mis recuerdos. En uno de los pisos altos vivía un señor, que no lo conocía, pero me pidieron que fuese a verlo porque estaba muy enfermo. Cuando llegué, conversé con la esposa, procuré animarla y me informó:

“El cree que tiene una gripe fuerte, pero no sabe nada de su gravedad. Tampoco sabe que viene un sacerdote a verlo y –me dijo en voz más baja- hace muchos años que no se acerca a una iglesia.” Con esos datos, debí poner cara de no

saber qué hacer. Entonces añadió con una leve sonrisa:

“Es directivo del club...” (y me dio el nombre de un club de tenis, que voy de vez en cuando)

Eso me ayudó. Probablemente ella lo sabía y me lo dijo para que tuviese un motivo para la visita. Entré diciéndole que iba a participar en un torneo de seniors, que me gustaba el tenis, conversamos de tenis, luego conversamos de los estudios de los chicos y varias cosas más. Me habló de sus hijos, de sus proyectos para una empresa que tiene por la selva y de otras cosas. Naturalmente hablamos de temas espirituales, le di algunos consejos y me despedí hasta dentro de unos días.

Me ausenté de Lima por tres semanas. Cuando volví a Lima, lo primero que hice fue ir a su casa. La esposa, muy entristecida, me contó que la enfermedad había progresado, que ya sabía la gravedad y que varias veces había preguntado por el sacerdote que fue a verlo. Pasé a su habitación. Lo encontré muy desmejorado, nos saludamos con afecto y enseguida le pregunté por su empresa de la selva, para tener un tema inicial de conversación. No me contestó a eso:

“Estaba esperando que usted viniese. Sé lo que tengo y sé que me queda poco tiempo de vida. Estoy ordenando las cosas, pensando en mi esposa y en mis hijos. Y también he estado pensando lo

que hablamos en su visita anterior. Veo que he vivido muy absorbido por lo material. En fin, deseo confesarme.”

Me sorprendió la serenidad con que me lo dijo. Conversamos despacio, sin prisas. Al terminar, fui a mi casa y volví con la comunión. Le di la comunión y asistió su esposa, también serena. Los chicos estaban en sus clases. Cuando salimos de la habitación, ella lloró. Me explicó que sus lágrimas eran mezcla de dolor y de alegría por verlo comulgar, después de tantos años.

Volví pocos días después y repetí las visitas. Siempre le llevaba la comunión y conversábamos con facilidad. Entendía todo. Yo notaba que Dios le daba una serenidad especial, casi tocaba la acción del Espíritu Santo, del que me sabía instrumento. Varias semanas después, ocurrió lo que sabíamos todos, él también. Se fue con una gran paz. Lo recuerdo con frecuencia y, como él me dijo un día, “seguimos en contacto”.

Hay algo que se llama la “comunión de los santos”, que se refiere a la unidad o comunicación que existe entre los que ya están en el cielo, los que viven su purificación en el purgatorio y los que estamos en la tierra. Nos ayudamos mucho unos a otros, tanto los que estamos acá, luchando cada uno en nuestras cosas y en nosotros mismos, como los que ya se fueron, y nos ayudan mucho, pero mucho, desde el cielo. O los que están

purificándose en el purgatorio, a los que podemos ayudar muchísimo nosotros.

Yo espero que mi amigo esté ya en el cielo, intercediendo con un amor renovado por los suyos, por tantos amigos como tenía y sigue teniendo, entre los que me cuento. No lo sé con certeza, pero sí sé, que en cualquier caso, él y tantos otros y otras, nos ayudamos mucho.

Ateos de nacimiento

Les cuento lo que me ha pasado: hoy, un taxista, al verme con camisa de sacerdote, me ha mirado con gesto interrogatorio, le he dicho “sí, soy sacerdote,” él me ha saludado cordialmente y luego ha añadido: “yo soy ateo de nacimiento”.

Le he dicho que de nacimiento no se puede ser ateo; de nacimiento se puede ser limeño, o trujillano o parisino, que para mí tienen esas ciudades la misma categoría; que se puede ser alto o bajo; guapo o feo; rubio o moreno; cuerazo o cucaracha; que se puede nacer inteligente o normalito, pero que ateo, eso se consigue a base de mucho esfuerzo como ingeniero, o médico, o economista.

Me escuchaba con atención y en silencio. Lo cual me ha animado a seguir y le he dicho que si

alguno, a base de esfuerzo, ha conseguido ser ateo, con menos esfuerzo se desateiza, y verá que se lo pasa mucho mejor. Ahí, me ha mirado con mirada interrogante y le he dicho que encontrará novedades en su vida, como querer más a su esposa, a sus hijos, conducir su taxi con más tranquilidad y, además, no se hará mala sangre en el tráfico y llevará alegría a su casa.

Con todo este rollo, hemos llegado al fin de la carrera, sin que él abriese la boca. Le he dado los ocho soles y mi bendición y él me ha devuelto los ocho soles. Me ha dicho, creo que sinceramente, " ¡ muchas gracias!" Le he vuelto a dar la bendición.

Me he bajado contento del taxi, también por lo de los ocho soles. Mañana pienso buscar otro taxista "ateo de nacimiento", lástima que no lo ponen en el cartelito, deberían ponerlo, para facilitar mi trabajo.

Artista sobre los esquís

María Luisa Ruiz-Jarabo es una artista sobre los esquís y acumula medallas. Ella dice que los triunfos se le subieron a la cabeza y se le llenó de tantos humos que no podía pensar. Quizá por eso

se rompió su matrimonio y le sucedieron más cosas. Pero todo cambió. Sucedió que un día, como tantos otros, fue a esquiar, a Sierra Nevada, cerca de Granada, en el sur de España. Un mal cálculo y voló con los esquís. Tuvo suerte porque salvó la vida, pero se quebró la columna vertebral. Nada más caer, se preguntó si estaba viva. No lo sabía bien, porque no le dolía nada, aunque estaba envuelta en nieve, no sentía frío, no sentía su cuerpo. "Cuando uno no siente nada es que estoy muerta", pensó. Intentó moverse y no pudo. Ni siquiera los dedos de la mano. Vio que venían por ella, la recogieron cuidadosamente, la llevaron a un hospital y no recuerda nada más.

Se despertó en una cama, varias semanas después. Le dijeron que había estado en coma inducido y con delicadeza le fueron comunicando que estaba paralítica. Funcionaba del cuello para arriba. La animaron. Le dijeron que otras personas vivían así, que trabajaban bien y que ella también se podría acostumbrar a una vida nueva. Frente a ella estaba la fotografía de una esquiadora haciendo maravillas. Era ella. Pero eso ya fue, pasó. Ahora veía junto a ella, rostros que la miraban con cariño y la sonreían. Eso era el presente y el futuro que venía.

Un día estaba sola con su padre:

-¿Papá, cuál va a ser mi futuro?

No supo qué decirle, y salió de sus labios una frase salvadora:

-No sabemos qué va a pasar, estás en manos de Dios.

-Hace años que no oigo la palabra Dios.

Estuvo tres meses en la clínica y pensó mucho eso de "estás en las manos de Dios".

Poco después del accidente, una cámara de TV se asomó por la habitación del hospital. Estaba acostumbrada a todo tipo de reportajes. Esta vez no duró mucho la entrevista, no había tema. Nadie volvió.

En sus muchas horas de hospital, planeó con detalle una empresa de decoración de interiores, totalmente distinta, algo nuevo. No sabía si era fantasía suya o una posibilidad real.

Cuando terminaron los meses de clínica y una ambulancia la trasladó a su casa, se acercaba el momento de comprobar si sus planes eran fantasía o realidad. Armó la empresa, tuvo algunos clientes pequeños, luego desaparecieron, volvieron otros. Pensó que todo había sido fantasía, pero siguió intentándolo. Un día se presentaron en su oficina dos personas. Representaban a un hotel importante. La invitaban a una licitación. Volcó en el proyecto toda su imaginación poderosa. Pasaron unas semanas y se olvidó del proyecto. Un día sonó el teléfono, pidieron una reunión aquellos dos

señores y tres personas más, dos mujeres y un hombre. Querían que les expusiese verbalmente el proyecto. Después de varias reuniones, aceptaron su proyecto.

A partir de ahí, todo fue distinto. Hizo el hotel, luego llegó una empresa importante, otro hotel y una avalancha de proyectos. Y volvieron también las cámaras de TV y los reportajes, teniendo frente a cámaras una empresaria de éxito, en su silla de ruedas y no una esquiadora. Una periodista le preguntó:

-¿No recuerdas con añoranza tu vida de antes?

-Por supuesto que sí, quien va a querer vivir en una silla de ruedas. Pero hay algo que no sé explicártelo: me siento más feliz que nunca. Al poco del accidente me dijo mi padre que estaba en las manos de Dios. He comprobado que es absolutamente cierto.

-Pero hay cosas que no se entienden.

-Por supuesto, lo más importante y no se entiende por qué, es que ahora estoy feliz.

Dos amigos en camping

Lo que ahora se incluye no es una historia, es algo más o menos conocido, pero lo deseo comentar.

Dicen que Sherlock Holmes, el detective que resolvía todos los enigmas y su amigo Watson, un sabio astrofísico, se fueron de camping. Llegó la noche, una serena noche de verano, conversaron a gusto y cuando les entró sueño se fueron a dormir. Cuando comenzaba a amanecer, Watson se despertó y vio que su amigo también estaba despierto. Watson quiso comentar la maravilla de un amanecer:

-Ese cielo que va tomando tonos azulados, la multitud de estrellas, los picachos nevados encima de nosotros, me hablan de la perfección del universo, de su belleza, de su grandeza. Es una maravilla lo que vemos. ¿Y a ti que te sugiere, mi querido Sherlock?

-Elemental, mi querido Watson, me sugiere que nos han robado la carpa.

Por supuesto que no es real y sí es real, porque son dos visiones del mundo muy distintas y las dos son necesarias. La visión del que se maravilla ante la belleza, del que mira al cielo para arrancarle sus misterios y tratar de averiguar el futuro de nuestra existencia. Y la visión del que tiene los pies en la tierra, viviendo el día a día, con

sentido común, para tomar las decisiones más oportunas. En cada persona, las dos actitudes son necesarias. Hay un santo de nuestros tiempos, Josemaría Escrivá, que solía aconsejar “vivir con los pies en la tierra y la mirada en el cielo”. Es sentido común y sentido sobrenatural.

Carta de un futbolista gay

Hoy traigo la carta de un futbolista inglés que ha publicado en estos días el The Sun inglés. La carta no lleva firma, por tanto no sabemos de quién se trata. Van los primeros párrafos:

“Desde chico siempre quise ser futbolista. No me interesaba que me fuera bien en la escuela. En lugar de hacer la tarea, cada minuto libre lo pasaba con una pelota. Al final, eso dio sus frutos. Aún hoy me tengo que pellizcar cuando salgo al campo de juego a jugar cada semana frente a decenas de miles de personas.

Sin embargo, hay algo que me separa del resto de los jugadores de la Premier League. Soy gay. Hasta escribirlo en esta carta es un gran paso para mí. Pero solo mi familia y un reducido grupo de amigos saben de mi sexualidad. No me siento listo para compartirlo con mi equipo o con mi

entrenador. Hay algo dentro que me impide abrirme con ellos respecto de cómo me siento. Espero que algún día, pronto, pueda hacerlo.

¿Cómo se siente vivir así? En el día a día puede ser una pesadilla absoluta y está afectando mi salud mental cada vez más. Me siento atrapado y mi miedo es que revelar la verdad sobre lo que soy solo haga que las cosas sean peor.”

Hasta ahí la carta, de la que he copiado unos párrafos.

Me ha hecho pensar varias cosas, que deseo compartir.

Primero, que cada persona tiene el mismo derecho que las demás a sentir apoyo y solidaridad en las diversas circunstancias de la vida. Casi seguro que todos tendremos necesidad de esa ayuda. Ese muchacho futbolista tiene derecho, como cualquier otro, a que le ayudemos a ser feliz.

Segundo, cada persona tiene que luchar por moderar sus instintos y sus tendencias, y para eso cuenta si la busca, con la ayuda de Dios. Quienes son homosexuales tienen que luchar por controlar sus tendencias, lo mismo que una persona lucha, esté casada o no, por controlar su inclinación hacia la mujer y una mujer hacia el hombre.

Tercero, en el ambiente familiar, pueden plantearse dificultades si alguien de la familia es homosexual. Las reacciones de los otros de la

familia pueden ser variadas. Los padres son quienes toman las decisiones adecuadas en cada caso. La prudencia y la gracia de Dios les ayudará a que todos se sientan queridos como son y a que todos en la familia sientan el necesario ambiente de hogar.

Cuarto, un homosexual puede ser santo, igual que cualquier otro, si lucha por serlo.

Esto me hizo pensar la carta. Deseaba compartirlo y lo hago.

Experiencia de un retiro

¿Cómo es un Retiro?, me preguntaron una vez. Conté lo que yo veo cuando estoy en uno de ellos. Unos pasean por el jardín, otro escribe en su celular, dos conversan entre ellos. Me parece que piensan, que es lo que les hará mucho bien. Luego estarán en el oratorio y escucharán al sacerdote, que también les hará pensar y les facilitará hablar con Dios. Además, cuando llegan al Retiro, se nota que necesitan descansar, relajarse de preocupaciones, estar un par de días tranquilos y descansar bien. Nada más llegar, a veces lo dicen: “hace tiempo que no dormía tan bien.”

Compruebo que un fin de semana tranquilos les hace mucho bien y lo disfrutan.

¿Y qué piensan? En un buen libro leí que gran parte de la vida espiritual de cualquier persona se resume en dos palabras: “Reconocer” y “rectificar”. Es cierto que siempre hay algo que no hacemos bien o que podemos hacer mejor. Piensan lo que tienen que rectificar, y para eso primero es reconocerlo. Si no lo reconocemos, es imposible rectificar. En un retiro se descubren algunas cosas que se pueden mejorar, sin angustiarse por descubrir lo que no hacemos del todo bien, porque sabemos que es imposible no tener defectos o no equivocarnos de vez en cuando y para eso tenemos la ayuda de Dios. Lo peor es equivocarse y no darse cuenta, o no querer reconocerlo.

Un humorista británico Karl Lewis, con su fina ironía, escribe un libro, que titula "Cartas del diablo a su sobrino" (su sobrino es un diablo novato). En ese libro le aconseja al diablo “novato” que si permite que su "cliente" (así llama a la persona a quien tienta) piense, está perdido, porque lo más probable es que descubra cosas importantes y termine pidiendo ayuda Dios. Por eso pone el demonio tanto interés en impedir que las personas piensen y los ángeles ponen interés en lograrlo. Ángeles y demonios saben que, si pensamos, encontraremos algunos asuntos en que

podemos mejorar y, casi siempre, intentaremos mejorar.

En un retiro, ayuda mucho pedir a los ángeles que pensemos lo importante de nuestra vida ¿A quién no le interesa pensarlo? El problema es que, a veces, lo urgente pasa por encima de lo importante.

“Lechuguita”

Estoy viendo la foto de un chico de 14 años, en el aire, haciendo el salto del ángel. Yo sé que debajo hay una piscina, pero en la foto no sale la piscina.

Vengo de una misa en la que un sacerdote ha celebrado sus cincuenta años de sacerdote. Es el mismo que el de la foto. Se llama Juan Antonio Ugarte. Yo lo conocí cuando tenía pocos años más que en la foto. Por aquel entonces, alguna vez vi su foto en un periódico, formando parte del equipo de natación de su club, el Terrazas de Miraflores. En su ambiente de amigos, que era muy extenso, lo conocían como "Lechugita". Yo también lo llamaba así, pero no se me ocurrió preguntarle por qué lo llamaban así. Un día él mismo me lo dijo:

"me llaman así porque soy más fresco que una lechuga". Y se rio.

Hoy, más de cincuenta años después, he comprobado que lo sigue siendo: en su homilía, que ha tenido el buen acierto de hacerla corta y muy simpática, ha hecho bromas con total tranquilidad y soltura, pese a que tenía a su derecha al cardenal de Lima y a su izquierda al nuncio de su Santidad, que equivale al embajador del Papa en el Perú. Nos ha dicho cosas con mucho fondo y, además, ha hecho reír a la iglesia, muy llena de gente. Y me parece que él también se ha divertido. Entre otras cosas, ha mencionado que es uno de los primeros miembros del Opus Dei en el Perú y ha agradecido a Dios por ello.

Retrocediendo muchos años atrás, lo recuerdo, cuando estudiaba ingeniería química en la Universidad Nacional de Ingeniería, mientras frecuentaba el Club Terrazas y seguía haciendo el ángel por las piscinas de Lima. Siempre lo recuerdo alegre, divertido y bromista. Unos años después, se despidió de nosotros para ir a Roma, a estudiar en una universidad eclesiástica y prepararse para ser sacerdote. También estoy viendo la fotografía en el momento de salir al aeropuerto, igual de tranquilo y sonriente.

Como los años no hay quien los pare, un día volvió convertido en un sacerdote, igualito que antes, pero sacerdote. La Universidad de Piura

estaba dando sus primeros pasos, y allí se fue. Luego, la vida que da sorpresas, se le complicó y lo llamaron de la Nunciatura para comunicarle que el Papa había pensado en él para ser obispo. A nadie le pueden obligar a serlo, así que el elegido tiene que responder, pero cuando alguien le ha dicho a Dios que está dispuesto a lo que sea, no tiene más remedio que decir que OK. Yo estoy seguro que en los planes de Juan Antonio no estaba, ni de lejos, ser obispo, y que la sorpresa de sus numerosos amigos debió ser mayúscula, empezando por él mismo. Se fue hacia el sur, primero Abancay, luego Cuzco, primero obispo, luego arzobispo, hasta que cuando cumplió sus 75 años, tal como está previsto en el derecho de la Iglesia, escribió su carta de renuncia al Papa, que tardó en aceptarla algo más de un año. Ha vuelto a su Lima natal.

¿Porqué les conté toda esta historia? Porque lo conocí divertido y bromista y sigue siendo divertido y bromista. Se lo ha pasado siempre muy bien, ha hecho mucho bien a un número incontable de personas, lo sigue haciendo y se lo sigue pasando muy bien. Durante su homilía de esta mañana me he acordado de aquella promesa del evangelio que nos ofrece Jesucristo: "el ciento por uno acá y después la vida eterna". Es como un reto que se acepta o no. Jesucristo paga bien, vale

la pena. El “ciento por uno” es pasárselo bien acá.
La “vida eterna” es el cielo. Muy buen negocio.

Los poetas y la Eucaristía

Desde hace mucho, el pueblo cristiano tenía grandes deseos de dedicar una fiesta a la Eucaristía. Se estableció, hace siete siglos, la Fiesta del Cuerpo de Cristo, “Corpus Christi.” Los poetas dicen muy bien lo que el pueblo no sabe decir con tanto arte. Cada poeta lo ha dicho con su estilo propio. Entre muchísimos, menciono unos bien conocidos:

Pedro Calderón de la Barca, el poeta de los grandes “autos sacramentales”:

“Nadie desconfíe, nadie desespere,
que con este Pan y este Vino,
las llamas se apagan,
las fieras se vencen,
las penas se abrevian,
las culpas se absuelven.

Inquietudes y desánimos son inevitables en cada persona, pero cuando se recibe a Jesucristo, “las llamas se apagan, las penas se abrevian...”

Luis de Góngora es un poeta complejo, un maestro en saber jugar con las palabras:

“Oveja perdida, ven
sobre mis hombros, que hoy
no solo tu pastor soy,
sino tu pasto también.
Pasto al fin hoy tuyo hecho,
¿qué dará mayor asombro,
el traerte yo al hombro,
o el traerme tú en el pecho?”

Lope de Vega, sacerdote, de los poetas que quizá ha compuesto poesía con mayor fluidez:

“No sean tantas las miserias nuestras,
que a quien os tiene en sus indignas manos,
vos lo dejéis de las divinas vuestras.
Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,
y la divina víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro.”

Hasta ahí los poetas. Pero cada uno también hace, con su amor y con su vida, su propia poesía.

Las pequeñeces nuestras de cada día, son un cantar maravilloso. Nosotros sabemos lo que vale a nuestros ojos, pero no sabemos lo que vale a los ojos de Dios.

Alessandra Borghese

Hay en Roma un gran parque, magnífico, que se llama “Villa Borghese” , en recuerdo de unos príncipes romanos. En nuestro siglo, Alessandra tiene título de princesa y también es destacada economista, experta en finanzas, una mujer normal de nuestro siglo. Bautizada católica pero no practicante, amiga de fiestas y discotecas en las no muchas horas libres que le dejan sus finanzas. Consideraba a la Iglesia católica como “una institución anticuada, rígida, imposible de conciliar con la vida moderna.” Vivía en Nueva York cuando ocurrió el atentado contra las Torres Gemelas y casualmente ella tenía allí su oficina, una oficina en el piso 104. Se salvó porque el día de la catástrofe no estaba en Nueva York, sino en Roma.

Su vida en Nueva York era algo bohemia. Buena amiga de otra economista alemana, fiestera como ella. Unos años después, a la alemana le

llegó el momento de sentar cabeza, se casó con Johannes von Thurn, empresario de alto nivel y de la aristocracia europea, y regresó a Alemania.

Pasaron varios años y un día, se encontraron cara a cara en un hotel de Nueva York. Abrazo grande y alegría mayor. La amiga alemana la invitó a pasar diez días en un castillo alemán, de la familia de su esposo, junto al lago Stamborg. Alessandra aceptó encantada.

El cinco de agosto, en pleno verano europeo, Alessandra llegó al castillo alemán y se encontró con otros invitados de la nobleza europea. El programa era atractivo: deportes acuáticos en el lago, tenis, paseos a caballo por los bosques próximos, fiestas por las noches y buffets espléndidos. Su amiga era la anfitriona perfecta y lucía su elegancia y desenvoltura. Estaba en su ambiente. La sorpresa llegó el día domingo: la anfitriona propuso, dentro del programa, ir a misa, ya que esa era la costumbre familiar. El resto del día era tan atractivo como los otros días. Alessandra no había ido a misa desde niña y fue por cortesía con su amiga. No lo pasó mal. Sucedió que el jueves siguiente era la fiesta de la Asunción de la Virgen y volvió a repetirse la invitación. A Alessandra ya le pareció demasiado. Pero también fue. A la hora de la comunión, su amiga, el príncipe alemán y los chicos fueron a comulgar. Ella no lo hacía desde niña y pensó

cómo sería esa experiencia. Al día siguiente se despidieron los invitados en una fiesta por todo lo alto y ahí quedó todo.

Poco tiempo después, Alessandra dejó Nueva York y volvió a residir en Roma, para desarrollar una nueva actividad profesional. Un día, recibió una llamada de su amiga alemana y le dijo que su esposo tenía un trabajo en Roma y se trasladaba a vivir allí. Gran alegría. En Roma volvieron a revivir su amistad, pero comprobó que ella había cambiado mucho, ahora se levantaba, preparaba las loncheras de los chicos, los llevaba al colegio y se iba a Misa.

-¿Por qué haces eso ahora?

-Es una buena manera de comenzar el día.

-Mañana te acompaño.

No lo pasó mal. Luego volvió a acompañarla y lo hizo cada vez más veces. Su amiga comulgaba y ella se quedaba en la banca.

-¿Yo podría comulgar?

-Lo hiciste de niña y sabes lo que es, ¿por qué no? Tendrías que confesarte.

Lo de la confesión le sonó algo complicado y decidió olvidarlo. También dejó de acompañar a misa a su amiga. Pero ahí quedó el deseo, hasta que le preguntó:

-Vas a misa y comulgas todos los días ¿te sirve de algo?

-Es mi vida, me da fuerza para todo.

-Explícame cómo es la confesión. No me gusta porque es algo largo y complicado.

-No tiene por qué ser largo, es mucho más sencillo de lo que imaginas.

Le explicó y la ayudó. Un día cualquiera, sin formalismos ni ceremonias, se confesó y comulgó por primera vez. Las dos lo celebraron a su gusto y Alessandra estuvo feliz. Se inició para ella un mundo completamente distinto.

Aunque siguió lo mismo su actividad empresarial, que era cada vez más exitosa, se supo su cambio y llamó la atención. Comenzó a salir el asunto en alguna entrevista periodística, luego la invitaron a una conferencia, después a otras. Alessandra es activa, muy buena comunicadora, y pensó que tendría que dar a conocer su experiencia a los demás. Se multiplicaron las conferencias y las entrevistas. En una le preguntaron cómo fue el día que volvió a comulgar:

-Sentí una alegría que es imposible describir. Desde tiempo antes, yo necesitaba ayuda y no sabía a quién pedirla. Ese día empecé a ver la vida con ojos nuevos.

Con ese título, escribió un libro de gran éxito, vino otra edición y muchas, y traducciones a varios idiomas. En el libro, “Con ojos nuevos”, se dice:

“Cuando escribo este relato han pasado siete años; no puede hablarse de un impulso sentimental, lo confirmo todo. El paso del tiempo ha transformado aquel instante magnífico, en un estado de confianza en Dios. He tenido en estos años una paz que no había tenido nunca y he disfrutado la vida todavía más.”

El pan a los perros

El evangelio nos cuenta algo asombroso: aparentemente, Jesucristo trató mal a una mujer. Increíble, sabiendo la enorme delicadeza y respeto con que las trató siempre. Luego, si se piensa bien, lo que Jesús quería es que se luciese.

¿Qué pasó? Era una mujer extranjera que se acercó a Jesús muy discretamente, le pidió que curara a su hija y Jesús le contestó: “no está bien echar a los perros el pan de los hijos.” Es difícil interpretar esta frase de Jesucristo, objetivamente dura. ¿Ofensiva? No podríamos decir eso, porque Jesús nunca iba a ofender a una mujer. Habría que conocer bien el contexto de la frase, luego observar el tono con que fue dicha, nunca pudo ser un tono despreciativo, podemos asegurar que en la mirada de Jesús a la mujer, habría cariño.

Solo podemos decir que fue una frase dura y que Jesús pretendía lo que efectivamente sucedió después.

La mujer no se fue molestísima, sino que contestó algo genial: “también los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.” Esto lo oyó mucha gente y aprendieron una grandísima lección de humildad, de categoría humana, y de saber situarse ante la grandeza de Jesús, a quien ella debía conocer bastante bien y en quien tenía una gran confianza. Entonces Jesús, que por su naturaleza divina también conocía la calidad de esa persona, le dijo: “oh mujer, grande es tu fe, hágase lo que has pedido.” Una escena magnífica.

No todos los que presenciaron lo que pasó con aquella mujer estarían de acuerdo. Algunos quizá pensaron que la mujer debería haberle dicho algo fuerte y marcharse. Pero en ese caso su hija seguiría enferma, ella habría hecho cólera en su sangre, que envenena y amarga y hubiese perdido su gran oportunidad que le brindó Jesús. Hizo lo que debía hacer, aunque estamos seguros de que le costó bastante. Fue humilde y consiguió lo que pedía.

Una de las cosas más difíciles con que nos enfrentamos las personas en la vida, es ante una humillación, y más si es delante de gente, y más todavía si es gente que nos conoce. Jesús no

humilla a la mujer, lo que hace es ponerle la valla muy alta para que ella se luzca.

Nuestras humillaciones: en cualquier caso, podemos estar seguros que cuando sabemos aceptarlas y, además, salir con dignidad, Dios nos mira con asombro y cariño. También se asombra y se alegra por nuestras cosas y también sufre y se decepciona cuando fallamos. Son las reacciones humanas propias de una persona como fue Jesucristo, con nuestros mismos sentimientos. Creo que este pensamiento nos anima a darle alegrías a Jesús, y nos frena a la hora de causarle penas.

¿Qué hay dentro del sagrario?

El recorrido en taxi no era corto. Los temas fueron saliendo variados hasta que llegamos a asuntos importantes, como su familia, su fe, Dios. Fui yo el que le pregunté:

-¿Quién está dentro del sagrario?"

Dudaba. Primero le expliqué lo que era el sagrario. Entonces ya no dudó:

-Ahí está Dios, al menos es lo que siempre he creído desde chico. Un tiempo, de pequeño, fui acólito.

-¿Y cree de verdad que ahí está Dios?

-Lo creo más o menos.

Lo tranquilizo, porque a todos nos sucede lo mismo. Por eso, cada vez podemos creer más firme.

Cuando comulgamos, en cierto sentido estamos haciendo una “barbaridad”, que es recibir al mismo Dios. El peligro es acostumbrarse y recibirlo como si nada. Si lo pensamos, es natural asustarse un poco.

Un autor anónimo del siglo II escribe a los primeros cristianos: "Después de la Consagración, lo que parece pan, no es pan sino el Cuerpo de Cristo; y lo que parece vino no es vino sino la Sangre de Cristo." Está escrito en el siglo II y lo seguimos escribiendo igual en el XXI. Tiene mucha fuerza esa continuidad.

-¿Hace mucho que no comulga?

-Sí, hace bastante. Podría hacerlo confesarme y comulgar, pero no me doy tiempo.

No le digo nada. Hay un silencio. Luego me dice:

-Además, cuando comulgo, no sé qué decir.

Entonces yo le cuento:

-Oí decir que una vez recibió la primera comunión un grupo de niños. Entre ellos había uno que es una bala, muy inquieto. Sus padres estaban preocupados porque veían imposible que estuviese quieto cinco minutos, sin embargo,

después de comulgar, lo hizo y se quedaron asombrados. Luego le preguntaron cómo lo había conseguido:

-Le conté a Jesús el cuento de Caperucita Roja. Se rieron y se quedaron pensativos.

Esto nos sirve. Cada uno tenemos nuestro cuento, preocupaciones, alegrías, ilusiones, proyectos, dificultades, penas, un montón de cosas que llevamos dentro. A Jesús le interesa más que el cuento de Caperucita, porque el nuestro es real, es vivo. Lo sabe, pero quiere que se lo digamos. Y decírselo nos sirve muchísimo.

Después de comulgar, somos como un sagrario, Dios está dentro de nosotros con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad. Es lógico estar recogidos unos minutos, en los cuales le decimos cosas de cariño, le pedimos por nosotros y por otros, le escuchamos lo que nos quiera decir, le damos gracias, hacemos propósitos y, también, le pedimos perdón por nuestros errores y por nuestras omisiones, algo que no hemos hecho o lo hicimos a medias.

La Virgen del Pilar

En la Basílica del Pilar, en Zaragoza, una ciudad al norte de España, hay tres bombas de metro y medio cada una, expuestas en un muro, muy cerca de la imagen de la Virgen. ¿Por qué están ahí? Tienen su historia.

Ocurrió en los primeros días de la guerra civil española, que duró de 1936 a 1939. Un avión “rojo”, enemigo, se pintó los colores del ejército “nacional”, voló muy bajo sobre la basílica de la Virgen del Pilar, y lanzó sin resistencia alguna tres bombas, con intención de destruir la Basílica y la imagen de la Virgen. Una bomba atravesó el techo de la basílica, cayó delante de la imagen de la Virgen y no explotó. No se encontró ninguna razón para que no explotase. Otra cayó delante del templo y tampoco explotó. La tercera cayó en el altar mayor, y tampoco explotó. Desde entonces, ahí están las tres bombas expuestas.

En los santuarios de la Virgen por el mundo, ocurren muchas cosas que no tienen explicación humana, por ejemplo, lo de las bombas y lo de Miguel Pellicer, que les cuento ahora.

Uno de los cuadros pintados en los muros de la Basílica es un poco extraño, se ve a un muchacho sin una pierna, tirado en un camastro, y unos ángeles alrededor. Ese cuadro también encierra una historia, la de ese muchacho, de unos veinte

años, Miguel Pellicer, que volvía de su trabajo en el campo, tumbado sobre la carga de una carreta. Se durmió y en uno de los bandazos de la carreta, se cayó, le pasó la rueda sobre la pierna y aunque intentaron salvarla en hospitales de Valencia y de Zaragoza, acabaron cortándola. La enterraron en el cementerio de Zaragoza. Le colocaron una de madera.

Se puso a pedir limosna en la puerta de esa Basílica de la Virgen del Pilar y pedía todos los días a la Virgen que le devolviese su pierna, porque tenía veinte años y no podía trabajar. Así estuvo tres años. Miles lo conocían como "Miguel el cojo". Era un muchacho inquieto que se había escapado de casa de sus padres, en un pueblo llamado Calanda. No se atrevía a regresar, hasta que volvió a casa de sus padres.

Una mañana temprano, su madre notó el bulto de dos piernas y pensó que en la noche no se había retirado la pierna de palo. Se extrañó cuando vio una de palo apoyada en la pared, entonces se dirigió donde dormía su hijo, levantó la manta y comprobó con asombro que tenía las dos piernas. La pierna recuperada era la suya. Tan era la suya, que se veía en el pie la cicatriz de una antigua mordedura de perro, cuando era niño. Era el 29 de marzo de 1640. Inmediatamente lo comunicó al párroco de Calanda y en pocos minutos lo sabía todo el pueblo.

La noticia se extendió a las ciudades próximas. Notarios y jueces lo examinaron. Autoridades y tribunales de Zaragoza investigaron. También la noticia llegó Madrid y el rey Felipe IV lo mandó llamar. Quiso tocar su pierna.

Se han escrito numerosos estudios sobre el milagro de Calanda. Quizá el más reciente es una minuciosa investigación de Vittorio Messori, que publicó un libro en 1998. Los milagros nos ayudan a fortalecer nuestra fe. Hay muchos en la historia del mundo y de la Iglesia. También, en la vida de cada persona se producen hechos que no acabamos de explicarnos y que son realmente muestra de la protección de Dios, de su amor de Padre por cada una de las personas que vienen al mundo, tengan la fe que tengan.

San Josemaría Escrivá tenía una gran devoción a la Virgen. Durante su vida, fue como peregrino a muchos santuarios de la Virgen y rezó en ellos con una confianza total. Vivió en Zaragoza sus años de seminarista. Durante ellos, casi todos los días fue a rezar ante la Virgen del Pilar. Hay una jota popular, en la que se rememora las antiguas luchas entre franceses y españoles, cuya letra es: “La Virgen del Pilar dice/ que no quiere ser francesa/ que quiere ser capitana/ de la tropa aragonesa.” San Josemaría la cambiaba: “La Virgen del Pilar dice/ que sí quiere ser francesa/ y también ser capitana/ de la tropa aragonesa.”

La Madre de Dios, en cualquiera de sus advocaciones, que son muchas, nos muestra siempre su protección y cariño. Es realmente madre de cada uno, como si tuviera solo ese hijo. Un día descubriremos cuánto nos quiere y cuánto nos ha querido, cuántos favores nos ha hecho y de cuántos peligros nos ha librado. Y sentiremos algo así como vergüenza de no haberla querido más.

“Tú eres hombre y tú mujer.”

Tomé el taxi hace unos días. Noté al taxista de mal humor. Con cierto temor le comenté:

-¿Cómo le ha ido la mañana?”

-Casi una hora bloqueado en el centro, por la huelga.

Hubo un corto silencio. Luego, siguió con algo que no tenía nada que ver:

-Tengo dos hijos de ocho y diez años y les digo que no se crean lo que les dicen en la escuela. Yo les aclaro bien firme: un hombre nace hombre y una mujer nace mujer. Y nuestra familia es tu mamá, yo, que soy hombre y ustedes dos.

Y añadió:

-Veo que usted es sacerdote y yo lo respeto, pero a mí no me importan las cosas de religión.

Le cambié el tema:

-Está cansado por lo de la huelga, para descansar lo cuento que...

-No, no es por lo de la huelga, es porque no quiero que a mis hijos los engañen. Si siguen diciéndoles esas cosas voy a ir a la escuela y me van a oír. Aunque lo tengo que decir con cuidado.

Lo miré con extrañeza:

-Es que mi esposa es maestra. Hace un mes la han rechazado en una evaluación para el ascenso. Dice que en el examen contestó todo bien y la creo porque la conozco y sé lo que vale. En el examen había algo sobre el hombre y la mujer y dijo lo que piensa, que así nacemos y así somos siempre. Creo que la rechazaron por eso. Tiene que enseñar cosas con las que no está de acuerdo. Si no las enseña, la bloquean, no asciende, aunque le toque ascender.

Veo que ésta era el motivo de su preocupación. Llegamos a mi destino. Le doy el precio y, además, una propina. Y le digo que se anime a rezar, que hay un Dios que lo protege a él, a su esposa y a todos los maestros y maestras del mundo, y a todos los niños y niñas del mundo.

-La bendición de sacerdote no le vendrá mal.
¿La acepta?

Como hace un gesto con la cabeza, se la doy.

Apostar a ganador

Tengo un amigo que reúne dos habilidades muy distintas: sabe un montón de matemáticas y le gusta apostar en carreras de caballos. Un día se le ocurrió reunir estas dos habilidades y empezó a hacer fórmulas matemáticas para sus apuestas. Con su fórmula, perdía, perdía, perdía y luego ganaba más. La diferencia no era grande, pero ayudaba a la economía familiar.

Así estuvo un buen tiempo, ganando y aportando a la casa, cuando sucedió algo muy extraño. Un día, cuando se acercaba a las ventanillas para comprar sus apuestas, se le acercaron dos hombres de buen tamaño y, en buenas palabras, le hicieron entender que no volviese más. Lo contó a su esposa y ésta le dijo, sin dudar que se había terminado lo de los caballos. Le extrañó, pero le hizo caso.

Estos días he leído algo que habla de dos que siendo exitosos, sorprenden porque parece que “apuestan a perdedor”. Son Jesús de Nazareth y Juan el Precursor. Son primos. El mensaje de Juan tiene éxito, le siguen muchos discípulos, pero él dice que no es importante, sino el que viene detrás, “de quien no soy digno de desatar los cordones de sus zapatos”. Cuando el que viene detrás, que es Jesús, aparece, Juan le envía sus discípulos y se queda solo. No le importa perder

sus discípulos. Y todavía pierde más, porque le dice tales cosas al rey Herodes que acaba cortándole la cabeza.

Viene Jesús. Arrastra multitudes por lo que dice y por los milagros que hace. Un profeta de éxito como no lo hubo nunca antes. Sin embargo, se enfrenta con los poderosos de su tiempo, les dice lo que están haciendo, con toda razón y aclamándolo el pueblo, sin embargo, acaba crucificado. Resucita al tercer día y lo ocultan quienes entonces tenían lo que hoy llamaríamos los *mass media*.

¿Quiénes triunfaron y quienes perdieron?

Veinte siglos después, ¿qué es apostar a ganador o a perdedor? No hace falta saber muchas matemáticas. Basta con pensar un poco, oír esa voz, muy clara, que nos suena por dentro y que llamamos la conciencia, abrir los ojos y mirar. Es la apuesta de nuestra vida, la única importante.

Atesorar para el cielo

No todas las conversaciones con taxistas son fáciles, como la que les voy a contar ahora. Subo al taxi, lo saludo:

-¿Cómo le fue en la mañana?

-No me puedo quejar (Eso quiere decir que le fue bien

Veo un rosario colgado, es muy frecuente y le pregunto, señalando el rosario:

-¿Usted es católico?

-Creo en Dios, pero no necesito ser de ninguna religión.

-Yo también creo en Dios. Soy sacerdote católico.

-Supongo que de algo tiene que vivir.

-No soy sacerdote por el dinero. Ganaba más cuando trabajaba de abogado.

-¿Entonces por qué se cambió de trabajo?

-El sacerdocio no es un trabajo, es un servicio y una vocación.

Sigo hablando de lo que es un sacerdote, de Jesucristo, del trabajo de la familia. Lo que más le ha llamado la atención es lo que nos dijo Jesucristo: “atesoren para el cielo.” Le hablo de que si ofrece su trabajo a Dios es un tesoro que se encontrará en el cielo. Le digo que ese Dios, en el que creemos usted y yo, paga muy bien, no en monedas, sino de otra forma mucho más durable. Y le pregunto:

-¿Usted hace bien su trabajo en el taxi, quiere a los de su familia y ayuda lo que puede a otras personas?

No espero su respuesta, basta con la pregunta. También quiere saber qué es el cielo.

No le dije más porque no sabía bien qué terreno pisaba. Pronto llegué a mi destino, le volví a decir lo de “atesorar para el cielo.” Me dijo que eso lo pensaría, que sabía que después de esta vida había otra. Nos despedimos. Lo encomendé al Espíritu Santo, para que le explicase bien.

¿Y el fin del mundo?

Es un tema que surge con frecuencia, en mis conversaciones con taxistas, en los diarios y salió en una clase en la universidad: ¿cuándo? ¿cómo? ¿quiénes? ¿es cierto?

Una de las cosas que más les llamaron la atención es que todos sabremos todo de todos.

-¿Todo el mundo se va a enterar de lo que yo hice?

-Todos se enterarán de todo lo malo, de todos los pecados, pero también se enterarán de que pedimos perdón, de que rectificamos, de todo el bien que hicimos, más de lo que cada uno cree, de lo que ayudamos a tanta gente, de modo que los demás dirán “¡qué buena gente fue!” Esto nos anima a lo que nos dijo Jesucristo, hacer bien y

ayudar mucho a otros, para “atesorar para el cielo”.

-¿Y si alguno no rectificó de sus errores y muere de repente?

-Has supuesto lo peor, pero piensa que en muy poco tiempo se puede pedir perdón a Dios. Y, además, que el Espíritu Santo actúa. En cualquier forma, no hay que jugar con fuego, y realmente quizá mucha gente arriesga mucho en la apuesta más importante de su vida, la única importante, que es jugarse la vida eterna.

-Conozco gente que no cree que haya otra vida después.

-Comprobarán que sí la hay. Mucho mejor que lo descubran a tiempo. Cuanto antes mejor. Si conoces a esa persona, puedes ayudarla a enterarse, no te dé vergüenza, te lo agradecerá infinito. Si te callas, un día te reclamará, “por qué no me dijiste” y tendrá razón. Tienes que decirle sin que suene a sermón de iglesia, con naturalidad y poco a poco, tu amistad te facilitará mucho.

-Lo que pasa es que no le interesa saber nada de estas cosas, sino de vivir el día a día.

-No puedes saber si le interesa o no. Las apariencias engañan mucho. Es muy difícil saber lo que hay dentro de cada persona. Sucede como con los icebergs, esas grandes masas de hielo. Vemos solo lo que sobresale, a veces es muy grande, pero lo que está sumergido es mucho

mayor. No sabemos lo que hay en las profundidades más íntimas de una persona. Por eso te aconsejo que, con habilidad, lo intentes. Además, tampoco sabemos lo que esa persona decidirá a lo largo de su vida, las personas cambian mucho.

Aproveché que llegó el final de la clase para decirles:

-Todo esto que hemos conversado es una buena noticia: que estamos a tiempo de “atesorar para el cielo”. Solo hace falta pensar un poco y querer. No hemos hablado de cuentos, ni de fábulas, sino de realidades. Es nuestra historia personal, cada uno decide.

Dos mujeres perdedoras, que triunfan

Nos cuenta el evangelio que dos mujeres, cuya vida parece un gran fracaso, triunfan hasta el punto de pasar a la historia de todos los siglos.

Una de ellas es una mujer sorprendida en adulterio y está a punto de morir apedreada. Los fariseos se han enterado, les sirve para llevarla donde Jesús y ponerlo en problemas, la maltratan. Le dicen a Jesús:

-A ésta la hemos sorprendido en adulterio. Moisés dice que la apedreemos, ¿tú que dices?

La mujer está ahí delante, atemorizada. Probablemente hay unos segundos de silencio. Jesús les contesta en tono firme:

-El que de ustedes esté sin pecado, que tire la primera piedra.

Como sabían que leía el interior de cada persona, van desapareciendo todos.

Mientras tanto, Jesús se hacía el distraído. Al poco rato, levantó la cabeza y miró como sorprendido. Luego, se dirigió con respeto a la mujer.

-¿Nadie te ha condenado?

Quizás, desde hacía años nunca la habían mirado con ese respeto. Se conmovió. En ese momento, apareció una mujer nueva.

-Nadie, Señor.

-Yo tampoco te condeno.

Y añade algo que va a cambiar definitivamente su vida:

-Vete y no peques más.

Esto que hizo Jesús hace veinte siglos, lo sigue haciendo en el corazón de millones y millones de personas en el mundo. Todos cometemos errores unas veces importantes, otras menos y otras solo en detalles muy pequeños. Si nos dirigimos a Jesús, y nos abrimos a su mirada, hace con

nosotros lo mismo que con aquella mujer, nos cambia.

Hay otra mujer, de pobreza extrema, que sin saberlo se convirtió en triunfadora hasta el punto de pasar a la historia de la humanidad. ¿Qué hizo? Nada especial y sí algo muy grande. No hizo nada de particular. Fue al templo, como tantos judíos, se acercó a una de las grandes alcancías, abrió su mano, tomó una pequeña moneda y la introdujo en la ranura. Al tocar fondo, hizo tan poco ruido que solo ella lo escuchó. Luego, tomó la otra moneda que le quedaba en la mano y hizo lo mismo. Dio media vuelta y se fue. No podía suponer que el mismo Jesucristo, Dios en la tierra, la estaba mirando, admirándola y que llamó a los discípulos para que ellos también la admirasen:

-Fíjense en esa mujer, ha echado en la alcancía más que nadie, porque los demás dan de lo que les sobra, pero esta mujer ha dado algo que necesitaba para vivir.

Dar aquellas dos pequeñas monedas, que para ella eran muy importantes, fue algo muy grande. Detrás de eso se escondía una gran fe y mucho sacrificio.

Esas dos mujeres, muy distintas una de otra, son una historia referente. La mujer sorprendida en adulterio es un ejemplo de persona que sabe rectificar, cambiar su vida a tiempo, rehacer una existencia que iba muy mal orientada. Sólo Dios

sabe cómo esa mujer cayó en aquellos derroteros. Dios la buscó y ella correspondió. Una triunfadora.

La otra, la de las dos monedas, es la imagen de la sencillez de la vida corriente. Cada día hacemos algo pequeño, insignificante, que causa la admiración y el afecto de Dios y nosotros no nos damos cuenta, ni lo suponemos. Pero anima a seguir haciendo esas cosas pequeñas, quizá insignificantes, de servicio a los demás y de olvido de uno mismo que alegran a Dios, que al ver lo que hacemos nos mira y hasta nos admira. Nos asombramos por eso, pero así es. Un día nos enteraremos qué cosas han sido. Y nos darán una alegría inmensa. Hay muchas otras cosas que no las hacemos, porque no sabemos que valen tanto. Si lo supiéramos, las haríamos. Si nos dicen que valen tanto, las haremos. Estamos a tiempo.

“2-0 en contra”

Me subí al taxi. Al poco rato, en un cruce, un buen auto camioneta entró avasallando. Comenté:

-¡Qué tal prepotencia!

Y escuché decir al taxista:

-Cuando se muera, no se llevará la camioneta, pero sí su prepotencia.

Enseguida pensé: “yo debí decir esto y el taxista lo de la prepotencia. Pero fue al revés.”

Lo miré. Quizá un poco “picado”, le dije:

-Usted tampoco se llevará su taxi.

Y me volvió a dar una lección, segundo gol en contra: “Pero sí me llevaré lo que me quiere mi esposa y mis hijos, y lo que yo los quiero a ellos.”

No tuve más remedio que felicitarlo. No me dio tiempo para mucho más, porque la carrera era muy corta. Había tomado taxi para evitar el sol fuerte de mediodía, en pleno verano, y eran unas cuantas cuadras. Así que enseguida me bajé.

Como es lógico, le di gracias a Dios por que haya por el mundo tanta gente buena. No sé cómo será ese señor taxista, pero en pocos minutos me ha dado dos lecciones. Y también pensé en el (o en la) de la camioneta. Lo comenté con alguien esa misma tarde y me dijo:

-Es que su camioneta de lujo es su tarjeta de presentación, en sus negocios y en su vida social.

-OK. Quizá le camioneta le facilita su trabajo y puede ser su tarjeta de presentación, pero ¿su prepotencia?

Todos tenemos dentro un diablillo prepotente que se manifiesta en muchas cosas. El deseo de “pisar fuerte”, de imponerse, está en todos. Quizá a veces lo confundimos con que eso es tener

personalidad. En nuestro país se dice “no me voy a dejar pisar el poncho”. Y está bien. Sin embargo, también confundimos personalidad con prepotencia. A veces, sin darnos mucha cuenta, podemos ser prepotentes y no queremos serlo. Dios tampoco quiere.

Se puede tener una personalidad marcada, un carácter fuerte y, al mismo tiempo respetar a los otros, respetar su libertad, sus derechos, valorarlos como persona, sea quien sea. Quien abusa de su posición, que puede ser alta, intermedia o baja, quien atiende en una ventanilla o un sitio similar, puede ser prepotente, un dictador, si se olvida de que está ahí para desde ese lugar servir a otros, sin “dejarse pisar el poncho,” de acuerdo, pero que ése no es un puesto de poder, sino de servicio.

Jesucristo y Satanás

Jesucristo es Dios, el único Dios. Satanás es un ángel que se rebeló contra Dios, arrastrando a muchos otros ángeles, y son los demonios.

Satanás nos diría más o menos:

-Nadie me expulsó del paraíso. Me fui porque no estaba de acuerdo con Dios. Me fui porque quería ser libre, vivir sin represiones, vivir como yo quiero, ser yo mismo, vivir mi vida. No sé qué es eso del infierno. No creo que exista.

Es “el padre de la mentira”, engaña, confunde. Engaña a multitudes. Engaña tan bien, que a veces no nos enteramos de que nos está engañando. Por eso, conviene estar atentos.

Una vez, el mismo Jesucristo explicó la parábola del trigo y la mala hierba, diciendo que no intentemos arrancar la mala hierba porque arrancaríamos también el trigo. Al tiempo de la cosecha, el trigo se almacena en graneros y la mala hierba se quema. Esto ocurrirá al fin del mundo, mientras vivimos conviven el trigo y la mala hierba.

Que nadie se extrañe de que haya dos “yo” dentro de nosotros, dos tendencias opuestas dentro de la misma persona. Dentro de cada persona se produce siempre esa pequeña batalla y quien decide el ganador somos nosotros mismos. Esa gran fuerza, que Dios nos dio, es la libertad. Con ella, “atesoramos para el cielo”, ganamos batallas, pequeñas o grandes, crecemos o disminuimos, nos hacemos fuertes o débiles. Depende de nosotros, somos libres de elegir y Dios nos ha creado así. Es el gran tema de nuestra vida y el gran tesoro con el que podemos ganar el

cielo o desviarnos de él. Los dos “yo” no tienen la misma fuerza. El que tira hacia arriba, hacia la felicidad que Dios nos ofrece, es mucho más fuerte que el otro, la gracia de Dios siempre puede vencer a las pasiones, a todas las tentaciones. Pero todo depende de cada uno. Cada persona elige y toma sus decisiones.

Saberlo, conocer que dentro de cada uno se encuentran esas dos fuerzas, ayuda mucho a orientar la propia vida.

El milagro de Guadalupe

Antonio por fin se decidió a ir al médico. El doctor le dijo que vio algo así como una lenteja en su ojo. Lo remitió a un especialista, quien le dijo que podría ser cáncer. Hicieron más exámenes que lo confirmaron y recomendaron operar cuanto antes. Antonio, que es algo asustadizo, pidió ayuda a todo el mundo. Un día entró a una iglesia de Barcelona y encontró unas estampas de una chica, Guadalupe Ortiz de Landázuri. Empezó a pedirle con fuerza por su grano, su ojo, su operación, sus hijos, por todo. Repartió estampas entre sus amigos para que hiciesen lo mismo. El asunto no mejoraba, incluso la lenteja comenzó a

sangrar. El médico iba siguiendo el proceso y recomendó hacer ya la operación. La noche anterior, Antonio estaba nervioso, con miedo. Tomó entre las manos una estampa de Guadalupe y le dijo con mucha fuerza:

-Tú puedes hacerlo, haz que no tenga que ser operado, eso es poca cosa para ti.

Notó que se quedó más tranquilo y se durmió. A la mañana siguiente, se despertó sereno y descansado, aunque sabía que ese día era la operación. Al verse en el espejo descubrió que el grano no estaba, que no había ninguna señal, que nada le dolía y se encontraba bien. Sus familiares lo miraron de cerca, todos se sorprendieron. Lo primero que hicieron es llamar por teléfono al médico anular la operación. Pidió cita. El médico le dijo:

- ¿Dónde le han operado? Lo han hecho perfecto.

-No me ha operado nadie.

Lo revisaron otros médicos, hicieron distintos análisis. No había señal de nada.

Este hecho inexplicable se eligió, cómo el milagro, atribuido a Guadalupe Ortiz de Landázuri, entre otros hechos que se presentaron. Pasaron unos cuantos años y Antonio no volvió a tener molestias en el ojo. La beatificación se fijó para el 18 de mayo del 2019, en Madrid, ciudad natal de Guadalupe y allí estuvo Antonio.

La beatificación de esta chica fue especialmente importante porque, desde hace dos mil años, es la segunda persona que se santifica en su trabajo profesional. Digo la segunda, porque en el siglo XVI vivió santo Tomás Moro, canciller de Inglaterra y figura importante en la historia universal, que se santificó en su trabajo profesional como político de alto nivel. Guadalupe es solo una profesora de Química. Si revisamos el santoral, encontraremos hombres y mujeres, la mayoría religiosos y también algunos que han vivido en medio del mundo, que se han santificado en un convento o realizando obras de beneficencia, con una espiritualidad a semejanza de los religiosos. Todos ellos han sido y siguen siendo el tesoro de la Iglesia, el cimiento sólido con el que la Iglesia ha crecido, y harán falta hasta el fin del mundo.

Esta mujer, que se ha santificado en su trabajo profesional en medio del mundo, nos anima mucho a todos los demás. Y nos permite hacernos una pregunta: ¿porqué yo no puedo intentar ser santo o santa, como ella? Quizá la palabra santidad nos suena extraña, porque no la hemos visto en alguna persona, que nos la podemos cruzar por la calle.

“Rezaré para el 04”

Entró en mi oficina de la universidad un alumno de Economía. Nos conocíamos bastante. Se sentó sin más preámbulos. Nos miramos. Estaba en un momento difícil. Arrancó directo:

-Ahora tengo un examen. Necesito 14 para pasar.

-En qué curso.

Me lo dijo. No era de los fáciles.

-Haz tu examen tranquilo El curso no es fácil. Rezaré para que te saques 14.

-Rezar no sirve de nada.

-Entonces rezaré para que te saques 04.

-Nooooo!

-¿No dices que no sirve de nada?

Se paró y fue a la puerta. Mientras lo hacía, dijo:

-Rezamos los dos.

Yo le dije:

-No sé, yo voy a pensar, porque si no sirve de nada...

-Sí sirve, sí sirve.

Me quedé pensando. ¿Sirve o no sirve? Depende. Si quiero que Dios haga lo que yo le digo, muchas veces no sirve, porque Dios quiere lo mejor para mí y, a veces, lo que le pido no es lo mejor. Y entonces no sirve, gracias a Dios. Otra alternativa: si quiero que Dios haga lo que es

mejor para mí, sirve siempre. Pero quiere que se lo diga bastantes veces. Él nos ha dicho en el evangelio que perseveremos en la petición y nos ha puesto ejemplos. No sabemos exactamente por qué quiere que se lo repitamos, pero lo quiere.

¿Qué le pasó a ese chico que dijo "rezar no sirve de nada"? Que se había cansado de pedir. Cuando lo "amenacé" con que pediría para él un 04, puso el grito en el cielo, clamó y gritó "sí sirve, sí sirve." Sin saberlo, hizo lo que recomienda la Sagrada Escritura: "clama, no ceses," que significa: "grita (pide con fuerza), no ceses".

Hay miles de formas de pedir, de rezar, de gritar a Dios, de clamarle, de quejarse, de "irritarse" con Él. Todo lo que sea mirar para arriba es muy bueno. Y sirve, la oración es omnipotente. No nos olvidemos de que Dios quiere lo mejor para cada uno.

Jesús y un muchacho

Un muchacho se acerca a Jesús y le pregunta:

-¿Qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna?

Se entabla una conversación entre ese hombre joven y Jesús. Ese pasaje lo titulan como “el joven rico.” En la conversación dice que ha vivido los mandamientos “desde su juventud,” Jesús lo miró con afecto y lo invitó a seguirlo. El joven pensó unos segundos y, con su actitud, dijo que no. Se calló y se fue. El relato aclara que “tenía muchas posesiones.” Termina diciendo que “se fue triste.”

Se puede hacer una síntesis en tres puntos.

Primero, el muchacho se sintió escuchado, pudo conversar tranquilamente con Jesús. Es importante que una persona en sus años jóvenes se encuentre en confianza, que pueda expresar lo que desee y se sienta comprendido. De ese modo, está en mejores disposiciones para escuchar, que indudablemente lo necesita.

Segundo, Jesús le habla de un mensaje, que el muchacho conoce, que ha practicado y que le ha llevado en sus cortos años de vida al trato con Dios. Jesús “lo miró con afecto.” El plano afectivo importa mucho, no es una conversación fría, sino es de corazón a corazón, entran los dos en sintonía. Jesús nos mira así a cada persona, con afecto, entra en sintonía cuando nos dirigimos a Él, así lo hace siempre. Lo hace con todo tipo de personas, aunque nunca hayan oído hablar de él, aunque vengan de lejos, como aquella mujer sorprendida en adulterio. Para esa mujer, la mirada de afecto, de respeto y el sentirse

comprendida la lleva a un cambio total de conducta.

Tercero, Jesús invita al muchacho a una entrega mayor. Respeta su libertad y le dice: “si quieres.” Le hace una propuesta y espera una respuesta. Es el diálogo entre la gracia de Dios y la libertad humana, un diálogo que se produce en todas las personas y en cada momento de la existencia, pero es mucho más vivo y claro en determinados momentos, cada persona lo sabe muy bien. Para el muchacho, este es uno de esos momentos y es muy importante. Decide dar media vuelta y el resultado es la tristeza. Como toda persona, el muchacho busca su felicidad y sigue un camino equivocado. Los discípulos y tantos que, a lo largo de los siglos, corresponden a la gracia, lo miran también con tristeza, porque saben que se está equivocando. La tristeza viene cuando elegimos mal, cuando desperdiciamos una magnífica oportunidad.

En la vida hay muchas idas y venidas. Mientras vivimos, nada es definitivo. Será frecuente que los impulsos o los sentimientos nos lleven en una dirección y la razón nos marque otra. Es la voluntad libre la que decide. Importa mucho razonar y, además, pedir ayuda a Dios, para decidir un camino que nos lleva a ser felices. No pensemos que esas decisiones son de vez en cuando, son de todos los días.

Isidoro Zorzano

Hoy les traigo la historia de un ingeniero de ferrocarriles que se llama Isidoro Zorzano. Estudiaba en el mismo colegio, en Logroño, (España) que Josemaría Escrivá, y en el mismo año. Terminaron el colegio y siguieron caminos diferentes. Se hizo ingeniero y consiguió un buen trabajo en la empresa de ferrocarriles españoles, con destino en Málaga, una ciudad importante al sur de España

Estaba feliz en su trabajo y con prestigio entre sus compañeros, pero tenía una inquietud: pensaba que Dios le pedía una entrega total, pero él deseaba seguir trabajando como ingeniero en los ferrocarriles. La inquietud se iba haciendo mayor y no sabía cómo resolverla. Se acordó que un compañero suyo del colegio, se había hecho sacerdote, y se le ocurrió consultarle su asunto, pero no sabía nada de él ni tenía cómo localizarlo.

Por su parte, Isidoro no sabía que su amigo, estaba pensando en él. Desconocía que, acabando el colegio, había ocurrido algo muy importante en la vida de su amigo. Sucedió que cuando tenía dieciséis años, Dios le hizo entender que quería “ algo ” de él. No sabía qué era, intuía que era algo importante y estaba dispuesto a hacer lo que Dios quisiera. Le gustaba la arquitectura y había decido

ser arquitecto, sin embargo, pensó que ser sacerdote facilitaría eso que Dios quería. Cambió de arquitectura a sacerdote, un cambio que le costó sacrificio. Se fue al seminario de Zaragoza. Todos los días visitaba la basílica del Pilar para pedirle a la Virgen que viera eso que Dios quería. Así pasaron los años, hasta que el dos de octubre de 1928, Dios le hizo ver lo que quería: había pensado en él para abrir en el mundo un camino de santidad a las personas corrientes, que santificasen su trabajo (cualquiera que fuese), su familia y sus circunstancias personales. Entendió que la santidad no era algo exclusivo de sacerdotes y religiosos, sino que ellos también podían tener un trato muy próximo con Dios en su vida ordinaria y ser santos igual que los otros. Cuando llegó el mensaje, el sacerdote se arrodilló sintiendo a Dios cerca, se dio cuenta de que eso era abrir caminos nuevos en el mundo, y que suponía una fuerte revolución en la vida de la Iglesia. Este sacerdote lo calificaba como "un imposible" . Sin embargo, confió totalmente en Dios, puso manos a la obra desde el primer día y comenzó a pensar en gente que conocía, que pudiesen entender eso que Dios le pedía. Se acordó de su compañero de colegio Zorzano y pensó en él. No le resultó difícil localizarlo y le

escribió a Málaga diciéndole que cuando viniese a Madrid, deseaba conversar con él.

Fue una sorpresa para Isidoro recibir una carta de su amigo sacerdote, precisamente cuando estaba pensando en cómo localizarlo y no sabía. Le contestó enseguida. En cuanto pudo viajó a Madrid y fue a buscarlo a la dirección que tenía, pero no lo encontró. Para hacer tiempo, caminó un rato por Madrid, y pasó por una calle pequeña, que se llama Nicasio Gallego, cuando vio que venía por ella su amigo. Gran alegría para los dos. Isidoro le contó al sacerdote su inquietud, por extenso, el sacerdote le contó también lo que tenía en su alma y enseguida vio Isidoro que Dios estaba de por medio en aquel encuentro y que eso que le contaba su amigo resolvía todas sus inquietudes. En ese instante dijo que él quería formar parte de ese proyecto. El sacerdote le dijo que lo pensase bien, porque se trataba de una entrega completa y tenía que pensarlo despacio. En la tarde volvieron a conversar y se fue a Málaga.

Pocos días después, Isidoro Zorzano fue el primer miembro del Opus Dei.

Las cartas entre Madrid y Málaga fueron frecuentes. En cuanto pudo, Isidoro gestionó su traslado profesional a Madrid, hasta que lo consiguió. Fue un gran apoyo para Josemaría

Escrivá, en todo. Lo mismo para los otros miembros de la Obra que iban llegando.

De Isidoro se puede decir que fue un hombre bueno en toda línea, muy eficaz, acogedor, no destacaba especialmente, sin embargo, hacía de todo y estaba en todo. Su salud no era buena. Dios quiso que por los años 1941 y 1942 enfermase seriamente. Cuando la enfermedad avanzó, hubo que internarlo en una clínica de Madrid, donde estuvo un buen tiempo, siempre acompañado. Se veía venir el final. A fines de mayo de 1943, recibió la unción de los enfermos. Bromeaba diciendo a los tres que iban a ser los primeros sacerdotes de la Obra, que a él ya le habían ungido y que ellos con tanto estudiar, todavía no. Ellos se ordenaron sacerdotes unos días después, el 25 de junio de 1943.

Sobre su mesita de noche tenía un pequeño tren de juguete que le había traído el Niño Dios. Su sentido del humor y su profunda vida interior le llevaba a decir que le recordaba el próximo gran viaje que tenía que hacer. Cuando le decían que el tren era muy chiquito, él decía que mejor, “así me colaré más fácilmente en el cielo.” El diecisiete de julio de 1943, se subió a ese tren para su viaje definitivo.

Su proceso de beatificación está avanzado, muchos de sus compañeros de trabajo en ferrocarriles dieron su testimonio, muy expresivo.

Conocer a Isidoro Zorzano nos anima a ser como él, porque no hizo nada extraordinario en su vida, se lo pasó muy bien y nos marcó a los demás un camino sencillo de santidad en la vida normal de cada uno.

El día que falleció, quedó escrito en pocas líneas un buen resumen de su vida: “Pasó inadvertido. Cumplió con su deber. Amó mucho. Estuvo en los detalles. Se sacrificó siempre.” Un programa al alcance de cualquier persona.

“No tengan miedo”

Lo dijo muy seguro san Juan Pablo II, al comenzar su pontificado en la ventana de la plaza de san Pedro. Se dirigía a muchos miles de personas, reunidas en la plaza de san Pedro, en Roma y, a través de la televisión, a todo el mundo. Esa frase la repitió Benedicto XVI y lo ha dicho también el Papa Francisco. ¿Porqué lo dijeron? Porque lo había dicho Jesucristo a Pedro: “no temas; desde ahora serás pescador de hombres.” Con estas palabras, Cristo cambia la vida de Simón y le dice también cuál es su misión en la vida. Treinta años antes, se lo había dicho el ángel a santa María: “no temas.”

Cada persona tiene una misión que cumplir en su vida y se enfrenta, antes o después, a esta pregunta: “¿cuál es mi misión en la vida?” La pregunta inquieta y puede presentarse en diferentes momentos en la vida. La inquietud no es miedo. El miedo es eludir responsabilidades, esconderse, no tomar decisiones. A veces, no decidir es una forma de decidir, porque el tiempo pasa.

“No te olvides que el miedo paraliza”. Mi amigo no se decidía a hacer ese viaje, largo y difícil. Hacía poco había superado una operación y aunque los médicos le decían que estaba de alta y que hacer el viaje le ayudaría a recuperar confianza, no se decidía. “Tengo miedo,” decía. Uno de esos días, en la cafetería de una universidad, tomó un café con un compañero, salió el tema, su amigo lo escuchó y le dijo: “el miedo paraliza.” Aceptó el reto, actualizó su pasaje y viajó.

¿Quién no tiene o ha tenido miedos, indecisiones, dudas? Una cosa es actuar con responsabilidad, pensar bien las cosas, buscar opiniones autorizadas y otra es ser indeciso, no actuar, frenado por el miedo. Jesucristo nos dijo: “yo estaré con ustedes, todos los días, hasta el fin del mundo.” Si contamos con la ayuda de Dios, las cosas cambian y nosotros mismos cambiamos.

Vivimos en una sociedad que con frecuencia coloca su objetivo solo en el bienestar y en el disfrute de lo material. La experiencia es que eso no da la felicidad. Si la persona mira más alto, descubrirá que Dios tiene un proyecto para ella. “¿Yo qué tengo que hacer?” “¿Podré?” La pregunta implica un algo de miedo y es natural, pero también es sobrenatural la respuesta: quien puede es Dios y la persona es solo un instrumento. Es el momento de dejarle hacer a Dios.

No solo unas pocas personas, cada persona tiene una misión que cumplir en su vida, como cualquier padre tiene proyectos para sus hijos, que son sus ilusiones. A veces esos proyectos no son los más acertados. Dios también tiene un proyecto para cada persona que viene al mundo, sea quien sea, y es la ilusión de Dios sobre ella. Cumplir esa misión es camino de felicidad y es lo que llena su vida.

Asombrarse

Que Dios esté dentro de un sagrario, si lo pensamos un poco, es una locura. El peligro es acostumbrarnos. Asustarnos un poco nos hará

bien. Si no me asusto nada, es que no me doy cuenta de que Dios está ahí dentro.

Un Papa santo, Juan Pablo II, escribió una carta sobre la Eucaristía y declaró que lo que pretendía es despertar en los fieles el asombro eucarístico. Y él mismo se asombraba.

Una de las grandes cualidades de una persona es su capacidad de asombrarse. Un niño se asombra por las cosas más normales, porque las va descubriendo. Los adultos ya las hemos descubierto, solo nos asombramos cuando descubrimos algo nuevo de vez en cuando. Quien no se asombra nunca es como si hubiese perdido la capacidad de ilusionarse. Y la ilusión es el motor de la vida. Si no me asombro ante la eucaristía tendría que preguntarme: “¿estoy perdiendo fe en la eucaristía?”

Recuerdo cuando vi por primera vez Machu Picchu, me quedé aturdido, colgado de aquello, no desconectaba. Algo parecido me ocurrió cuando entré en el templo de la Sagrada Familia de Barcelona, me senté, pasó el tiempo sin darme cuenta. A quienes vivan en el pueblito que hay cercano a Machu Picchu o los vecinos de la Sagrada Familia, seguro que no les pasa eso. Recibir a Dios es algo mucho mayor que eso, pero también puedo hacerlo cada domingo o incluso todos los días. Puedo convertirme en un “vecino”

y ya no darle importancia. Es una gracia de Dios asombrarse cada vez que lo recibimos.

La primera plata para los míos

Tomé un taxi y pronto entramos en confianza:

-¿Puedo preguntarle si el auto es suyo?

-Es alquilado. Los primeros sesenta soles para mi casa. Quiero asegurar el día a día de mi familia, es algo que tienen derecho. Luego, pagar el alquiler del carro y si algún día no alcanzó, queda para el siguiente. Al principio el dueño se molestaba, luego lo entendió. Ya llevo así más de dos años y va bien.

-Vi que tenía ganas de conversar y no dije nada. Enseguida siguió:

-Los domingos trabajo un rato y luego paseo con mi esposa y mis hijos. Ellos deciden donde vamos.

-Interesante. Me gusta la idea. ¿Siempre deciden bien?

-Alguna vez no les hacemos caso, pero casi siempre vamos donde dicen. Lo pasan bien ellos y nosotros.

Cuando bajé, se me ocurrió pensar qué buen invento tuvo Dios con la familia. Lo que viven los

niños en casa, dura siempre. Y la paz que trasmítia el taxista creo que se la debía a su familia.

El Papa Francisco nos habla con frecuencia de la familia. Y una de las cosas que aconseja es que haya tres palabras: “por favor,” “gracias” y “perdón.”

En la familia hay confianza, nos dice el Papa, pero eso no nos da derecho a entrar así no más en la vida del otro. Por eso, hay que pedir permiso, hay que respetar su espacio, pedir las cosas “por favor.”

La segunda palabra es “gracias” . Que no hagamos una civilización de malas maneras, como si eso fuese un signo de espontaneidad y de libertad. Quizá las generaciones anteriores han sido más formales y esta es más informal. No pasa nada. Son modos que cambian con los tiempos, pero eso no quita una cualidad humana de siempre que es ser agradecidos. Hay muchas formas de expresar gracias: con las palabras o las actitudes. Cuenta el Papa que, en Buenos Aires, escuchó a una señora anciana, de ambiente muy sencillo, decir: “la gratitud es una planta que crece solo en almas nobles” . Y que a él le sirvió toda su vida. Agradecer, decir gracias no es una fórmula, es un sentimiento del corazón. Las personas de menor cultura lo agradecen más, porque quizás no oyeron esa palabra cuando más la necesitaban.

Nadie tiene derecho a que lo sirvan, siempre es un favor que recibimos de otro, aunque le paguemos por eso.

Cuando falta la palabra “perdón,” se abren grietas en el matrimonio, que pueden ser fosas profundas. En la convivencia diaria hay roces o algo molesto, es inevitable, entonces el momento de pedir disculpas, perdón y no pasa nada, incluso se quieren más. Además, si sabemos pedir perdón, sabremos pedirlo a los demás.

La sociedad, la ciudad, nuestro país, es como una familia grande. Hay muchas ocasiones de pedir disculpas y hacerlo no empequeñece a nadie, sino que lo engrandece.

“¿Qué pensarán ellos?”

Lo cuenta Isabel, una chica a la que le encanta esquiar en la nieve. Pasó algunas horas del sábado en su deporte favorito, con un grupo que acababa de conocer. Al atardecer regresaron al refugio. Isabel sabía que si no iba a misa el sábado en la tarde, el domingo no podría, porque esquiarían todo el día y al acabar, regresarían a Madrid. Se dio cuenta de que su nuevo grupo de amigos "pasaba" totalmente de la misa y de esas cosas y

tuvo dudas si ir o no. ¿Qué pensarían si decía que se iba a misa? Decidió no ir. De golpe, se levantó y dijo con toda soltura:

-Me voy a misa, que llego tarde.

-Espérame, me voy contigo, dijo otra chica.

Caminaban ligeras hacia la iglesia del pueblo, cuando sintieron unos pasos que las alcanzaban. Era otro de los chicos.

A los pocos días, contando su experiencia decía:

-Nunca escuché misa tan a gusto. Al volver, estaba más alegre y divertida que nunca. Me sentía la dueña del grupo.

La experiencia de esta chica nos hace pensar. Demasiadas veces actuamos pensando en agradar al grupo, por el temor de quedar fuera, de que nos tachen de anticuados o de cualquier otra cosa. Realmente es el revés, cuando somos como somos y actuamos con libertad, es cuando realmente mostramos nuestra personalidad y caemos bien. Es la autenticidad que, hoy más que nunca, se valora mucho.

“¿Puedo salir esta noche?”

-Mamá, ¿puedo salir esta noche?

La chica observa una vacilación, y un silencio, añade una razón poderosa:

-Todas mis amigas salen.

-Voy a decirle a tu papá.

A los pocos minutos, los dos le están preguntando qué plan tiene, con quién va a salir, dónde va a ir, a qué hora va a regresar. Se acabaron poniendo nerviosos todos, no hubo salida, hubo una chica llorando en su cuarto.

¿Podía haber sido de otra manera? No es tan fácil la respuesta porque cada caso es distinto. Pero se puede afirmar la ventaja de adelantarse y prever situaciones que es normal que se presenten.

Con serenidad, hablando y escuchando, los chicos entienden razones, por lo menos, parte. Es imposible que las entiendan todas, las entenderán pasados unos años.

En cualquier caso, hay que evitar dos extremos. Uno es evitarse disgustos y dejar que haga lo que quiera. Es el camino más cómodo y fácil. Lo siguen muchos.

El otro extremo es una cierta rigidez, dar la impresión, que muchas veces es real, de imposiciones, de “ideas anticuadas”, de “no reconocer su libertad.”

Los expertos denominan a estos dos extremos “permisivismo” o “autoritarismo.” Ninguno es bueno ni ayuda a los hijos,

Se pueden evitar, si hubo conversaciones anteriores, en un momento oportuno, escuchando más que “sermoneando”, haciendo reflexionar y mostrando cariño que es el lenguaje más elocuente. Aún así, pueden salir frases que han escuchado en el grupo, frases hechas, las dicen, pero la chica o el chico saben que no tienen razón.

Como en la adolescencia es natural que falte profundidad, habrá que repetir las ideas, suscitar con naturalidad conversaciones, hasta que la idea se haga propia del chico o de la chica. Aún así, no habrá que extrañarse de que un día piense una cosa y otro día otra.

En esas conversaciones deberían entender los chicos, hasta donde sea posible, tres cosas: la primera el cariño que les tienen sus padres, luego que han sido escuchados, que les han hecho caso y que los tonos de voz de los padres siempre estuvieron en su nivel apropiado, aunque la necesaria energía no significa nerviosismo o cólera, y por último, es quizá lo más difícil, que sepan que no van a entender todo lo que les dicen sus padres, que lo entenderán después, y lo agradecerán.

Es importante enseñarles, desde muy pequeños, cómo vivir la vida y como tomar decisiones, por sí mismos, haciéndoles pensar en la medida de su edad. Sin impacientarse, porque se aprende poco a poco y con el paso del tiempo.

“Ando perdido”

Cuando el taxista ve que soy un sacerdote, aprovecha la circunstancia y me habla de cosas de su vida. A veces le pregunto, cuando ya hay algo de confianza, que cómo anda por dentro. Y me dice algo así como “ando perdido.” Yo le agradezco que me hable de eso, le digo que es normal, que todos andamos “algo perdidos” por dentro y que necesitamos ayuda unos de otros. Por eso, preguntamos tantas cosas a gente de nuestro entorno que nos merece confianza. También le digo que, además, confiamos en la ayuda de arriba, eso que se llama gracia de Dios, sin la cual no podríamos dar un paso. Esto no nos damos cuenta, pero es así. De hecho, Dios nuestro creador, nos mantiene en vida, la que gastamos cada minuto, nos creó y nos mantiene en la existencia. Lo lógico es darle gracias a Dios muchas veces, cuando no lo hacemos no es por

desagradecimiento, sino porque no sabemos, como un niño muy pequeño que le hacen todo y nunca dice gracias. Le cuento lo que sucedió cuando Jesús curó a diez leprosos, les dijo que fueran a mostrarse a los sacerdotes del templo para que los inscribieran en el registro. Conforme caminaban, iban quedando limpios. Pero solo uno volvió a darle gracias y Jesús preguntó: “¿dónde están los otros nueve?” Los esperaba, pero no volvieron. Cuando le digo todo esto al taxista, aprovechando que vamos por una carretera, creo que le gusta y lo entiende.

Para no agobiarlo, me callo un rato. Hay un silencio. Como al día siguiente es la fiesta de san José, le hablo de él. Le digo que, durante siglos, se acordaron poco de san José. Una santa muy grande, Teresa de Jesús, ayudó a “descubrirlo” y escribió cosas muy ciertas de él, como ésta:

“No me acuerdo haberle suplicado nada que lo haya dejado de hacer. A otros santos, parece que Dios les dio gracia de socorrer en una determinada necesidad, a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas. Quiere Dios hacernos entender que, así como le obedeció en la tierra y le podía mandar, así le obedece también en el cielo.”

Todo esto ya no se lo dije al taxista. Lo escribo ahora. ¿Y a cada uno nos va a hacer caso siempre? No lo sé. Teresa de Jesús pedía muy bien y por

eso le hizo caso san José siempre. Nosotros a veces no pedimos tan bien y Dios no nos hará caso en eso, pero nos dará algo mejor de lo que pedimos. Siempre saldremos ganando, porque cuando no pidamos bien, san José enderezará nuestras peticiones y las presentará a Jesús.

“Llenar tu vaso”

Cuenta una antigua leyenda que, al terminar su confesión cierta persona, le dieron su penitencia:

-Llenar un vaso con agua.

-¿Solo eso?

Al salir de la iglesia, había una fuente en el centro de la plaza. Fue allí, para llenar su vaso, pero el vaso no se llenó. Buscó otra fuente y tampoco y otra y otra. Comenzó a preocuparse y fue al río, allí sumergió el vaso y no se llenó. Pensó que solo el mar tendría fuerza para llenar su vaso y caminó hasta el mar. Se acercó a la orilla, metió el vaso en el mar y tampoco se llenó. Lo intentó varias veces. Recordó lo que le había dicho aquel sacerdote, que Dios no lo perdonaría hasta que su vaso no estuviese lleno. Empezó a pensar que Dios no quería perdonarlo. Después pensó que él no sabía pedirle perdón a Dios.

Recorría la orilla del mar, con el vaso vacío en su mano. Entristecido, se sentó en una roca y se dirigió a Dios, le pidió perdón de sus pecados, esta vez con el corazón, y lloró. Una lágrima cayó en el vaso y lo llenó.

Esa es una leyenda que encierra un gran mensaje: Dios sí quería perdonarlo; él no pedía perdón, creía que se trataba solo de hacer algo externo, acercarse al sacerdote, contarle los errores que había cometido, sus pecados, recibir la absolución y escuchar la penitencia. Pero no era eso. Y no es eso. Dios nos pide algo que anda por dentro y sale del corazón. Ciertamente que la Iglesia tiene unos ritos y una liturgia, actos externos, que son como esos grandes árboles con unas raíces que van por dentro de la tierra. Un árbol sin raíz no existe. Una liturgia sin profundidad de amor a Dios, que llega hasta el corazón, tampoco. Los actos externos y los internos van unidos.

¿Es tan difícil lograr el perdón de Dios? Nunca es difícil. Basta y es necesario querer con el corazón. ¿Hasta las lágrimas? No, depende de la persona. Puede alguien estar frío, helado, no sentir, y pedirle perdón a Dios de corazón. En ese momento Dios lo perdona y desaparecen los pecados. Incluso antes de confesarse, con intención de hacerla, ya desaparecen sus pecados. Un segundo basta para cambiar una vida.

El valor de un whisky

Bosco Gutiérrez era hijo de uno de los empresarios más conocidos de México. Tenía cerca de cuarenta años, casado, con siete hijos, arquitecto, hombre de los que intentaba hacer todo el bien que podía, sea a quien sea.

Un día, en 1990, un grupo de terroristas lo secuestraron, lo metieron en el maletero de un automóvil, calcula que viajó durante tres o cuatro horas, lo guardaron en una celda de dos por dos metros, sin ventanas, iluminación constante, de modo que no sabía cuándo era de día y cuándo de noche. Una música continua sonaba siempre para evitar todo intento de comunicación. Una grabación musical cíclica, terminaba y volvía a comenzar. A las horas de las comidas se abría un ventanuco y le pasaban la comida. De vez en cuando le hacían una foto y la hacían llegar a la familia, para mostrar que estaba vivo, mientras negociaban un fuerte rescate.

Los primeros días, aguantó su ánimo a pie firme, pero viendo que no pasaba nada, empezó a quebrarse. Se vino abajo. Llevaba veintiséis días encerrado, cuando se abrió el ventanuco y escuetamente le dijo uno de sus carceleros:

-Hoy es la fiesta nacional, quince de setiembre, puedes pedir lo que desees.

Lo pensó y contestó enseguida:

-Deseo un buen whisky y no en taza sino en vaso de cristal.

-¿Qué marca?

-Chivas

Hubo que ir a comprar esa marca, pero lo hicieron. A las tres horas, se abrió el ventanuco y apareció exactamente lo que había pedido.

Era su tesoro. Planeó tomárselo a pequeños sorbos, disfrutándolo. En ese momento, con el vaso en la mano, sintió que una voz por dentro le pedía:

-Ofréceme el whisky.

-Señor, te estoy ofreciendo toda esta tortura, te lo he dicho muchas veces.

-Eso no depende de ti, ofréceme el whisky.

Bosco miraba su tesoro, que lo tenía en la mano. El ventanuco, no se había cerrado: su carcelero, cubierto con antifaz, lo miraba. Era una razón más:

-Me están vigilando, no puedo.

-Ofréceme el whisky.

Dudó, hasta que decidió ofrecerlo.

Ahora tenía otro reto: si los guardianes se enteraban de que lo tiraba, lo considerarían un desprecio. Se acercó despacio al agujero, se puso de espaldas al ventanuco y, costándole mucho, vació el whisky. Luego hizo el gesto de tomárselo. Se cerró el ventanuco.

Ese momento fue crucial. A partir de ahí, fue un hombre distinto. La depresión se fue por el agujero y empezó a ser otro Bosco. En un pedazo de papel que tenía, escribió: “Hoy vencí mi primera batalla. He comprobado que sigo siendo libre. No puedo cambiar mi situación, pero puedo cambiar yo.”

Y cambió. Se organizó la vida en base a la música, que le sirvió para calcular el tiempo. Incluso se programó un tiempo de ejercicios físicos y una gimnasia que él se inventó.

Se decía a sí mismo: “¿Crees en Dios o no crees en Dios? No puedes andar navegando entre las dos orillas. Si crees en Dios, sabes que es Omnipotente. ¿Por qué no hace nada para sacarme de esta situación? Él sabe más que yo y me quiere más de lo que yo quiero a mi esposa y mis hijos. Por tanto, si estoy aquí, es porque esto es lo que más me conviene. Entonces, acepta esto como hombrecito.”

Habían pasado varios meses y en ese tiempo surgió una cierta confianza con los guardianes. Ellos estaban asombrados de la entereza de ánimo de su rehén. Un día, uno de ellos le preguntó:

-¿Arquitecto Bosco, de dónde saca usted tanta fortaleza?

-¿Sabe qué? Yo he rezado más que nunca en esta circunstancia. Mi familia seguramente está rezando como nunca. ¿Quién sale ganando con

todo esto, ustedes o yo? En las crisis, el amor se incrementa. Además, yo no les tengo miedo a ustedes. Lo más que pueden hacer es matarme y eso va a pesar sobre su conciencia.

Cerró el ventanuco con rabia.

Un día pensó algo que era muy posible y es que si sus raptores tuviesen que huir, se quedaría encerrado y sin alimentos. Pensó que no había otra solución sino intentar fabricarse una ganzúa para abrir la puerta, en caso de que lo abandonasen. Sacó un alambre de un muelle del catre y empezó el trabajo. Con habilidad y mucha paciencia, fabricó una ganzúa pero faltaba probar si funcionaba. Para eso necesitaba unos segundos en que no hubiese vigilante, cosa que estudió muy bien. Cuando se presentó ese momento, llegó la prueba crucial de si funcionaba la ganzúa y ¡funcionó! La puerta se abrió. El problemón fue que no se cerraba. Si lo encontraban con la puerta abierta, podían matarlo. No tenía más remedio que intentar la huida. Se encomendó fuerte al cielo. Salió a la habitación, estaba vacía, abrió una puerta y encontró alguien durmiendo, pasó con cuidado, sin despertarlo, abrió otra puerta que era como una cocina, y se trepó hacia un ventanuco, se encontró en el garaje. Como daba a la calle, ahí estaba su salvación, a no ser que estuviese cerrado por dentro. Abrió, salió y corrió con todas sus

fuerzas. Eran las ocho de la mañana del mes de mayo de 1991.

Se dio cuenta de que su aspecto asustaba a cualquiera. Los taxis pasaban de largo sin parar. Medio se ocultó detrás de un poste y consiguió que se detuviese uno. Entró y cuando lo vio el taxista fingió una avería para que su pasajero dejase el taxi. Por fin llegó a ciudad de México y tocó el timbre de su casa. Su idea clara siempre fue ésta: “Dios me sacó.”

Hasta ahí el relato. En mis clases en la universidad, les proyectaba un video de unos cuarenta minutos, en que Bosco cuenta su aventura. Les ayudaba mucho porque les hacía pensar cosas importantes. En el coloquio posterior nos deteníamos en la escena crucial del whisky, un punto de inflexión que todos necesitamos.

Les decía a los alumnos que cada uno sabe qué es “su whisky,” qué es lo que Dios espera de mí y si no lo sabemos, conviene pedirle a Dios que nos lo haga saber. Puede ser algo que hago, que no debería hacer o algo que no hago y que debería hacer.

Quizá no es algo importante, como no lo era el whisky, o quizá sí es algo importante. Si cambiamos en eso, después viene un cambio en la vida, una lluvia de gracias de Dios y un enrumbar el camino. La consecuencia práctica es dar un paso importante hacia la felicidad.

También impresionaba a los alumnos la afirmación de Bosco: “he comprobado que, aunque esté secuestrado, sigo siendo libre, puedo decidir.” Lo cual nos daba la oportunidad de conversar en profundidad sobre qué es verdaderamente la libertad, que no es solo no sentir presiones, no es solo elegir lo que yo quiero, es mucho más.

La libertad es el gran tema de nuestra vida, lo que nos permite ser lo que somos, para bien y para mal. Es elegir un camino, un modo de actuar que lleva a la plenitud de vida, a la felicidad o es elegir un camino que cada vez se complica más y nos lleva donde no queremos ir. Por eso, hemos comentado en estas páginas, que la vida es un continuo reconocer y rectificar. El que sabe reconocer errores, pequeños o grandes, tiene mucho adelantado en su plenitud de vida y en su camino hacia la felicidad.

El Papa Francisco en Lima

Me subí a un taxi. Nada más subir, el taxista empezó a atacar al Papa. Por esos días el Papa estaba en el Perú. Conversamos, traté de llevar el

tema por la buenas, pero cada vez se ponía más agresivo y llegó a ofender al Papa:

-Pare, me bajo aquí.

-Pero tiene que pagarme la carrera.

-No hemos caminado nada, nos ha detenido un semáforo.

-Pero usted ya se ha subido.

No tuve más remedio que seguir en el taxi, porque no quería perder unos soles. La conversación siguió atacando al Papa. Le dije sereno:

-¿Usted no está viendo el entusiasmo de la gente?

-Bueno, es el sentimentalismo, Perú es muy sentimental.

Volví a salirme de pista.

-Pero ¿usted es sueco o noruego? No me parece.

Seguí hablando, con poca serenidad. Me pasa muy pocas veces, pero me pasó.

Este hombre, seguramente bueno, pero mal informado, al que le han inoculado prejuicios y rechazo, no aceptó diálogo.

Bajé del taxi y estuve incómodo un buen rato por aquél encuentro. En esa ocasión, viví yo mismo la experiencia de que la cólera es mala, no ayuda a los demás, no ayuda a uno mismo, hace daño, se hace uno "mala sangre," como explican los médicos. A los pocos minutos, me encontré un

amigo, exultamos un rato sobre la venida del Papa y todo cambió.

Al día siguiente, domingo, era la misa del Papa. Pasó largamente el millón de personas. El Papa Francisco recorrió la muchedumbre en el papamóvil, saludando y acercándose a la gente, tardó cuarenta minutos, pero valió la pena. Luego vino la misa, con un silencio impresionante durante la consagración. A los pocos días, en su programa de TV, el Cardenal Cipriani contaba que el santo Padre, por las calles de Lima, iba mirando y bendiciendo a un lado y a otro diciendo “toda esta gente!!”

A quien más ha ayudado el viaje del Papa Francisco, es al propio Papa. Ese mismo día, dijo a los periodistas en el avión de regreso a Roma: "aquí hoy era como para no creer, ¡cómo estaba Lima! ¡Para no creer! El calor de la gente... Yo digo: este pueblo tiene fe y esta fe me la contagia, y doy gracias a Dios por esto." La fe que ha visto en el Perú y en Lima le ha conmovido. Ha presidido una Misa, en Lima y otras ciudades, con una liturgia muy cuidada, ha visto una masa de fieles, inacabable, que aplaude, vitorea y se calla en la consagración. Ha rezado el Padre Nuestro con un pueblo muy unido al Papa.

Quizás el Papa ha sido como un detonante para mostrar lo que hay en el fondo del corazón de la mayoría de los peruanos, y eso da mucha alegría.

El Papa es el sucesor de Pedro, es quien representa a Jesucristo en la tierra. Estar unido al Papa es estar unido a Jesucristo, es un modo de manifestar la fe, es un modo de confiar en Dios, que en el caso del Perú se muestra, también, en la devoción al Señor de los Milagros y a los santos peruanos. Todo eso que hay dentro de la gran mayoría de peruanos se ha puesto de manifiesto con motivo de la venida del Papa al Perú.

Los ángeles de la guarda

Cada uno tenemos el nuestro, que nos cuida, nos protege. Como es ángel, ve a Dios cara a cara y nos ve también a nosotros. Pensar esta realidad nos ayuda a darle importancia y a tratarlo con más frecuencia.

Ellos, como los santos, no pueden nada por sí mismos. Son intercesores ante Dios. En esto que ahora les cuento, tuvieron mucho que ver:

Es la historia de alguien que no nació en un hogar creyente. Sus padres no lo bautizaron y él tampoco manifestó interés. Se casó, ante el juez civil con una chica bastante joven, que era su enamorada y tuvieron dos hijos. Más tarde, conoció otra mujer que le gustó, se enamoró de

ella y dejó a su primera esposa y a sus hijos para casarse con la nueva. A los dos años, se presentó un cáncer rápido y lo internaron en un hospital. Su nueva esposa lo fue a ver unas pocas veces y no quiso saber más. Se quedó solo, no mucho tiempo, porque pronto entró por la puerta de su cuarto la primera esposa. A él le pareció que estaba viendo visiones. Le extrañó muchísimo, le dio algo así como vergüenza, pero lo agradeció infinito.

Lo que él no sabía es que, en los dos años en que estuvieron separados, la primera mujer hizo descubrimientos importantes en su vida y cambió mucho. Empezó a rezar por él y a pedir a su ángel de la guarda que antes de morir, se bautizase.

Cuando enfermó, su primera esposa no tardó en enterarse de su cáncer y de que la otra mujer no iba a visitarlo, por lo tanto, de que estaba solo en el hospital. Fue a verlo, lo atendió con afecto. Los dos hijos se resistieron a visitar a su padre, pero ella consiguió que alguna vez fuesen. Poco a poco, volvió a brotar en ellos el cariño hacia su padre y de su padre hacia ellos.

Los médicos habían informado a su esposa que la situación era de cuidado, se fue agravando y le avisaron a que estaba cerca el fin. Vio que llegaba el momento de hacer algo:

-¿Te acuerdas que, cuando nos casamos, me prometiste que te bautizarías antes de morir?

-Sí, creo que te dije eso, pero sería antes de morir.

A los tres días, cuando ella estaba en la habitación, entró el doctor a hacer la visita. Ella forzó la pregunta:

-¿Doctor, cómo está mi esposo?

El doctor respondió la verdad, suavizando todo lo que pudo. Ella rezaba y apretaba a los dos ángeles de la guarda, al suyo y al de él.

Un día, hablando con su hijo mayor, le dijo:

-¿Sabes que me voy a bautizar? Será dentro de un tiempo. Su esposa supo de esta conversación. Ese mismo día le dijo:

-¿Qué te parece hablar con un sacerdote para que te explique lo que es el bautismo y te vaya preparando?

Aceptó. Ella se movió rápido. Al día siguiente vino el sacerdote y habló un buen rato con él. Salió y volvió con una carterita. Lo bautizó. Una enfermera y un vecino de cama hicieron de padrinos. Luego le dio la comunión. El enfermo comentó que nunca había tenido tanta paz.

Quien cuenta este relato es capellán de un hospital, es el sacerdote que lo bautizó y cuenta de su actividad en el hospital:

-Al atender a los enfermos, les hablo de los ángeles y de su ángel de la guarda. Nos da buen tema de conversación.

Es una importante realidad en nuestra vida. Los Papas nos han hablado frecuentemente de ellos. El Papa Francisco, el dos de octubre del 2018, fiesta de los ángeles custodios, se refirió a ellos:

“Nuestro Ángel no sólo está con nosotros, sino que ve a Dios Padre. Está en relación con Él. Es el puente cotidiano, desde la hora en que nos levantamos hasta la hora en que nos acostamos. Es la puerta cotidiana a la trascendencia, al encuentro con el Padre, nos ayuda a caminar porque conoce el camino.”

La importancia de tener amigos

Se enteraron de que a la ciudad llegaba alguien que hacía curaciones milagrosas. Decidieron llevarle a su amigo. Lo montaron sobre una camilla, lo amarraron bien y lo llevaron entre cuatro. Yo no sé si el amigo protestó y les dijo "déjenme tranquilo", o se dejó convencer. Fueron con él por las calles de su pequeña ciudad.

Cuando llegaron a la casa, se encontraron con la sorpresa de que estaba abarrotada y la gente se salía por la puerta. Ni modo entrar. Rodearon la

casa, intentaron entrar, pidieron un favorcito para el parálítico, pero nada que hacer.

Sus amigos eran gente con iniciativa y amigos de verdad. No estaban dispuestos a perder la oportunidad. A alguno se le ocurrió una idea extrema: por detrás, podemos subir al techo y de allí, por el patio, bajamos a nuestro amigo en la camilla. Lo pensaron rápido y decidieron hacer el intento.

No pasó desapercibida a los de dentro la arriesgada operación: unos hombres que deslizaban desde el techo cuidadosamente una camilla. También Jesús se fijó en él.

Le dijeron:

-Si quieres, puedes curarlo.

Entonces ocurrió algo sorprendente. Jesús, “viendo la fe que tenían”, hizo más de lo que le que le estaban pidiendo y le dijo:

-Tus pecados te son perdonados.

Algunos de los allí presentes, se extrañaron:

-¿Quién eres tú para perdonar pecados?

-¿Qué es más fácil, decir tus pecados te son perdonados o decir, levántate y camina? Pues para que vean que el hijo del Hombre tiene poder para perdonar pecados (miró al parálítico y le dijo), levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

El parálítico se levantó y es fácil suponer que lo primero que hizo fue postrarse ante Jesús y

agradecerle con toda el alma lo que hizo. Algo parecido harían los amigos del paralizado.

Hay que resaltar el valor de la amistad; tener amigos y sacrificarse por ellos contribuye a la plenitud de cada persona. También los esposos entre ellos son amigos o deben serlo. Y los padres con sus hijos y los hermanos entre ellos.

Aquella historia, veinte siglos después, sigue teniendo los mismos personajes: Jesús que es Dios, y está pendiente de nosotros, como si fuésemos su único hijo; cada persona, que en algunos aspectos de nuestra vida, estamos paráliticos; los amigos de verdad, dispuestos a ayudarnos, aunque les cueste sacrificio, que los hay; las gentes, que salieron entusiasmadas por lo que habían visto y oído, son las muchedumbres que visitan los santuarios de la Virgen o quienes en su día a día se asombran de los auténticos milagros que sigue haciendo Jesús de Nazaret; y, para que nada falte, los envidiosos y enemigos de Jesús, que parece que pueden pero acaban muy mal, si no rectifican.

Un gran dramaturgo clásico, Calderón de la Barca, puso en escena su obra titulada “El gran teatro del mundo”. Los personajes del siglo I, del siglo XVI y del siglo XXI siguen siendo los mismos.

Necesito mantenimiento

Hace tiempo me sucedió esto. Subí al taxi, saludé, me contestó y enseguida me dijo:

-¿Le puedo contar algo que pasó?

Claramente tenía deseos de conversar. Un sacerdote pasajero, a muchos, les da confianza y acentúa el deseo de conversar.

Me contó una escena que ocurrió con otro sacerdote, que le preguntó si había hecho mantenimiento al carro.

-Le dije que sí y le detallé algunas cosas que necesitaba el carro.

-¿Y le ha hecho mantenimiento al alma?

-No tengo demasiado tiempo para eso y, además, el mantenimiento del carro me trae clientes, pero el del alma, no.

Nos reímos ante aquel recuerdo. Como es lógico, vino mi pregunta:

-¿Pero hizo mantenimiento al alma, sí o no?

-Es que no sé qué es eso.

Le contesté, pero dando un rodeo.

-¿Usted está casado?

-Llevamos siete años.

-¿Y su matrimonio necesita mantenimiento?

Se sorprendió y, después de un corto silencio, empezó una historia, que continuó con el carro cuadrado en una calle lateral. No era una historia fácil. Hablamos un rato, nos cambiamos el

teléfono para conversar más despacio y desde entonces somos amigos.

Hay mucha relación entre el mantenimiento del matrimonio y el del alma. El cambio de aceite, lavado y engrase del alma viene muy bien para el matrimonio y para muchas otras cosas.

Meter a Dios en la vida resuelve muchos problemas matrimoniales y personales. ¿Si llevamos el auto al taller de modo regular, porque no regularizamos también con el alma?

“Hoy ...”

Una palabra importante para Jesucristo es “hoy”. En sus conversaciones, la emplea con frecuencia.

Al “buen ladrón” le dice: “hoy, estarás conmigo en el Paraíso.”

A un empresario llamado Zaqueo, de conciencia demasiado amplia, le dice: “hoy, ha entrado la salvación en esta casa.”

A los pastores de Belén les dice el ángel: “hoy os ha nacido el Salvador.”

A una mujer, catorce años enferma, le dice: “Hoy, tu fe te ha curado.”

Quiero destacar lo del “hoy” , que no es ayer, ni mañana.

A veces nos pesa demasiado el “ayer” , que ya pasó. Lo que no hice y debí hacer; o lo que hice y no debí hacer. No nos damos cuenta de que un “perdón,” dicho con el corazón, es capaz de borrar un pasado. Un “perdón” a Dios, pero también al esposo o la esposa, a los hijos, a los amigos. No se tratará de algo grande, sino pequeños errores de la jornada, o de carácter, o de prontos impensados, o de omisiones. Después, nos olvidamos. Se entiende que procuramos no repetirlo. El problema es que para eso hacen falta dos cosas: primero, darnos cuenta de que algo no lo hemos hecho bien. Y segundo que queramos rectificar.

“Mañana” también es palabra peligrosa. Sabemos que tenemos que rectificar en algo, pero lo dejamos para “mañana.” Podemos engañarnos pensando, “algún día lo haré.” ¿Por qué no hoy, ahora?

¿Qué pasó con la mujer que llevaba catorce años enferma? Vio a Jesús entre la gente y se dijo a sí misma: “si toco el borde de su túnica, me curaré.” Consiguió acercarse a Jesús, se inclinó, tocó el borde de su túnica. Lo hizo con esfuerzo, porque lo rodeaba mucha gente. Al instante, quedó curada. Jesús quiso que todos supieran lo que había sucedido y preguntó:

-¿Quién me ha tocado?

Los discípulos le dijeron, con un gran sentido común:

-Todos te están apretando y preguntas ¿quién te ha tocado?

Jesús no les hizo caso, repitió la pregunta, miró a su alrededor y la mujer se presentó diciendo que había sido ella. Jesús la miró con afecto y le dijo el misterioso “hoy”: “hoy, tu fe te ha curado.”

Los demás lo estrujaban, pero parece que era algo así como por curiosidad, o seguir lo que otros hacían. Ella no lo hizo por curiosidad, sino con convicción, con seguridad de que sería curada. Eso es fe.

Podrá reclamarse a Jesús que otras personas también lo piden con fe y no son curadas. Es cierto. Se puede contestar con san Pablo, “que no siempre sabemos pedir lo que nos conviene.” Lo que también es cierto es que Jesús siempre nos escucha y nos atiende. Si no las cura, les va a dar algo mejor que la curación.

Esa mujer no lo tocó en el hombro, que sería más fácil, sino que se inclinó y lo tocó en el borde de la túnica. Se inclinó y eso es señal de humildad. ¿Si lo hubiese tocado en el hombro se habría curado? No podemos saberlo, pero el hecho es que se inclinó. Pedir humildemente es no pedir con exigencia, no poner una condición, es confiar en que Dios va a querer para cada uno lo mejor que

nos pueda suceder, aunque sea algo distinto de nuestros planes. Todo eso es costoso y difícil de aceptar. También resultó costoso para aquella mujer tocar el borde de la túnica. La confianza en que Dios quiere lo mejor para cada uno es la práctica de la fe.

La Virgen: mujer poderosa

El chico no era católico, pero su amigo sí. Tenían unos ocho años. Estudiaban en el mismo colegio.

Un día, su amigo rezó el Ave María en voz alta, le gustó lo que oía, quiso aprenderlo de memoria y rezaba el Ave María, sin tener idea de lo que decía.

Como es lógico, pronto su madre lo oyó.

-¿Qué es eso que dices?

-Se lo escuché a otro niño.

-No vuelvas a decirlo. Los católicos tienen una diosa que llaman María, que dicen que es madre de Dios, pero es mentira.

No dijo el Ave María, pero le quedó una inquietud por conocer más de ella.

Pasó tiempo, y cayó en sus manos una Biblia. Leyó por curiosidad y encontró esas palabras que

le decía un ángel a María. Le gustó el relato. Volvió a decir el Ave maría, pero en silencio, sin que nadie se enterase.

Un día, le preguntó a su amigo cómo era esa mujer y luego le iba preguntando más cosas. Se enteró que María tenía un hijo, se llamaba Jesús, también tuvo la misma edad que ellos, y era hijo de un carpintero. Que estaba casada con José. Quiso saber más de María y de José. Su amigo le prestó un libro que se llamaba “Los cuatro evangelios”. Lo escondió y lo leía, de vez en cuando, y cada vez con más interés. Llegó a leer y releerlos.

Seguía con el deseo de conocer más sobre esa mujer, María, que la visitaba un ángel. Un día dio un paso importante: le pidió a su amigo que lo llevase a Misa. Entendió poco. Tardó en volver. Luego, repitió y fue con más frecuencia. Los períodos de interés se alternaban con otros fríos, pero siempre continuaba diciendo el Ave María.

Le hacía preguntas a su amigo que no sabía bien cómo contestar y le dijo que se las contestaría mejor un sacerdote que conocía. Conversaron. Aprendió qué es ser cristiano. Le llamaba la atención la comunión y preguntaba qué era eso. Se enteró del bautismo, rechazó la idea, luego empezó a dudar. Por fin le dijo al sacerdote que había decidido hacerlo. El sacerdote le hizo ver que no era fácil, que sus padres no estarían de

acuerdo y que lo pensase bien. “Además, le dijo, sólo tienes quince años.” Lo pensó más y a los pocos meses insistió. El sacerdote, viendo que estaba preparado y lo pedía de verdad, aceptó.

Faltaba comunicarlo a sus padres. Lo hizo. La guerra fue total. Ingresó a la universidad, durante la carrera la oposición de sus padres se fue suavizando. Cuando la terminó, vino otra sorpresa todavía mayor: había decidido hacerse sacerdote. Logró que asistiesen a su ordenación sacerdotal.

Este es el relato que en una fiesta de la Virgen contaba un sacerdote. La terminó diciendo: “ese hombre soy yo y deseo agradecer a la Virgen todo lo que soy. Les recomiendo que ustedes agradezcan a la Virgen todo lo que son y le pidan con confianza lo que tienen en su corazón.”

La Virgen llevó de la mano a este hombre y lleva de la mano a muchos otros. No todos aceptan su protección maternal, porque la correspondencia a las gracias de Dios es libre. Cada persona es distinta, incluso en una misma persona hay cambios notables. Durante temporadas puede corresponder bien a las gracias de Dios y otras puede entibiarse o enfriarse. Hay un punto, en un libro de meditación muy conocido que se llama “Camino”, el 495: “A Jesús siempre se va y se “vuelve” por María”. En esos tiempos de frialdad o tibieza, la Virgen es camino de

“vuelta”. En el caso de este sacerdote, fue camino de ida.

La ametralladora

Había ido a bendecir una casa. Ya había terminado todo, estaba en la sala de estar de la casa, mientras parte de la familia había ido a preparar los bocaditos. Entraban y salían los chicos. La chica de quince años, decidió aprovechar la oportunidad para hacer al sacerdote algunas de las preguntas que tenía guardadas y las soltó una detrás de otra:

-¿Cómo puede ser eso de que son tres personas y es un solo Dios? ... ¿Y como sé que Jesucristo esté realmente en la Eucaristía? ...¿Y los ateos también pueden ir al cielo? ... ¿Cualquier religión sirve o solo la católica? ... ¿Por qué cuando más necesito a Dios no me hace caso? ... ¿Y los homosexuales? ...

Ante los disparos de ametralladora, trataba de organizar una respuesta cuando llegaba la siguiente pregunta. En ese instante irrumpió en la sala su hermano de cuatro años, un pequeño terremoto humano, y se trepó a un mueble. Ella se acercó, lo abrazó y lo besó mientras lo devolvía al

piso, y el chiquillo salió corriendo en busca de su próxima aventura. Su hermana de quince salió tras él, al tiempo que llegaban los bocaditos y la Coca-Cola.

Luego, cuando regresaba a casa pensando las preguntas, me vino a la mente el cariño con el que abrazó y besó a su hermano pequeño y su carrera detrás de él para cuidarlo y pensé que esa es la mejor respuesta a todas sus preguntas: el cariño que Dios nos tiene, cariño de Padre, protección a cada uno y respeto a nuestra libertad. Él nos cuida siempre, a pesar de nuestras ignorancias, nuestros pequeños desastres o no tan pequeños. Y nos sigue y nos espera. Quizá lo que más le duele es nuestras indiferencias, como le duelen a unos padres la indiferencia de sus hijos.

“Vayan por todo el mundo”

Jesús convocó a los discípulos, en una pequeña colina. Supone el historiador Boulanger que eran entre cien y ciento cincuenta. Desde su Resurrección, habían pasado cuarenta días y en

ellos lo habían visto, escuchado y hasta tocado cientos de personas. Por eso, tiene sentido lo que nos dice el Evangelio, que “unos lo adoraron,” porque veían en Él a Dios y “otros dudaron.” Ahora, en el siglo XXI, sucede lo mismo. Creer o dudar depende de lo que cada uno conoce o ignora y, también, de la libertad personal.

Les dijo varias cosas que les impactaron, especialmente una: “vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio a todas las gentes.” Al escuchar esto, los apóstoles debieron darse un susto grande, porque sabían que se dirigía a ellos. No tenían ni dinero, ni cultura, ni prestigio social. ¿Qué iban a hacer? La respuesta estaba en lo que vino después, que no se alejen de Jerusalén, porque vendrá el Espíritu Santo, “que les ayudará a entender todo lo que les he dicho.” Ellos no sabían que, además, los cambiaría totalmente. Han pasado veinte siglos y el mensaje de Jesús está en los cinco continentes. Con todas las dificultades que conocemos, pero ahí está. ¿Y eso quién lo hizo? ¿Y quién lo sigue haciendo? El Espíritu Santo, a través de todas las limitaciones y errores de los que estuvieron en aquella pequeña colina hace veinte siglos y las de los que ahora estamos en los cinco continentes. Y lo sigue haciendo a través de cada uno de los bautizados.

Un Jueves Santo

Eran como las nueve de la noche. Venía de unos oficios de Jueves Santo hacia mi casa. Noté por la calle un clima especial. Pasé por la puerta de una parroquia y, como es costumbre popular en esta noche, entré a visitar el monumento puesto para la Eucaristía, muy adornado de flores. Había mucha gente, que estaba un rato adorando al Santísimo y partía, posiblemente para otra iglesia. Vi una silla al fondo vacía, enseguida llegó un sacerdote, se puso la estola y se sentó a confesar. Observé que alguien que estaba delante de mí, miraba la silla donde estaba el sacerdote y miraba adelante, hacia el monumento, parecía que dudaba, hasta que resolvió sus dudas, se levantó y fue hacia la silla donde estaba el sacerdote. A los pocos minutos, volvió a la banca delante de mí, se arrodilló, como estaba antes, y luego se sentó. Yo me fui un buen rato después y ahí seguía sentado.

Pensé que, en este Jueves Santo, hay muchos, que Jesucristo los atrae hacia sí. Lo hace todos los días, pero de modo especial en estas fechas señaladas de su vida. Quien estaba delante de mí, tenía dudas sobre si acercarse al sacerdote o no. Es normal y humano tener dudas, dejarlo para más adelante, para otro momento. La gracia de Dios nos impulsa al “hoy, ahora.” La Virgen nos lleva

a los sacramentos, a la confesión, a la Eucaristía, que son camino seguro de regreso.

Lo decía de modo muy explícito el Papa Benedicto XVI:

“Cuando se duda, lo primero que se requiere es la renovación de la fe en la realidad de que Jesucristo está y nos espera en el Santísimo Sacramento.”

En el interior de cada persona hay milagros que quedan ocultos, incluso para uno mismo. Jesús hizo milagros en sus años de vida pública, ocultos y públicos, los sigue haciendo en los siglos de después. Cada conversión es una sucesión de milagros de la gracia de Dios.

Había una testigo

Una discusión entre hermanos, uno de trece años, hombre, y otra de once años, mujer. La razón la tenía claramente la de once. El de trece, por amor propio, se mantenía en sus trece, nunca mejor dicho. Subieron los tonos. El chico se impuso, la chica, se fue llorando a su cuarto.

Había una testigo, de nueve años, hermana de ambos. Había visto y escuchado todo. Era bastante claro que su hermana tenía la razón. Pensó que debía hacer algo, y lo hizo. Fue a uno de los dos cuartos, al de su hermano. Sin llamar, abrió despacio la puerta. Desde la puerta, miró a su hermano. Y le dijo muy claro y muy despacio: “eres un bruto.” Cerró la puerta y se fue.

Ahora me voy a la historia de una monja carmelita, que parece que no tiene nada que ver con lo que acabo de contar, pero sí tiene. Tiene treinta y cuatro años y lleva doce en su monasterio. Nos escribe cuando estamos reclusos por la cuarentena del Covid y nos dice que puede transmitirnos alguna experiencia, ya que ella lleva voluntariamente recluida doce años y nosotros algunas semanas. Nos da cuatro consejos que nos sirven:

Primero: no estar en la situación en que estamos como obligados porque nos costará más. Asumirlo con libertad, “quiero esto porque sé que Dios lo quiere.” Este consejo, no solo nos sirve para la cuarentena sino para muchas cosas.

Segundo: tomar el asunto con seriedad es distinto que estar serio o de mala cara. Nos anima a dar ambiente agradable en la vida de familia. También nos sirve para todas las épocas.

Tercero: la convivencia prolongada y más intensa puede ser ocasión de roces o discusiones.

No hay que extrañarse de que haya alguno. Es importante no ser susceptible, resentido. Los días de cuarentena son una escuela para dominar el amor propio, para reconocer errores personales, para tener detalles de servicio a los demás. El peor enemigo que uno tiene es el egoísmo, un enemigo oculto que tenemos que descubrir. También nos sirve para la vida de familia.

¿Y esto qué tiene que ver con la pelea de los niños? Mucho si pensamos que el mal humor y el egoísmo puede sorprendernos en cualquier momento. El niño de trece años estaba de mal humor y dispuesto a pelearse con cualquiera. Con su actitud, no colaboró para nada en el buen ambiente de su familia. Sabía que no tenía razón y no supo reconocerlo. Esto puede sucederle a cualquiera en la vida de familia. Lo mejor es reconocerlo, reírse de uno mismo y no tratar de culpar a los demás.

¿Quién resolvió el problema? La niña de nueve años. ¿Qué hizo? Sin proponérselo, lo enfrentó con su realidad, diciéndole: “eres un bruto”. Eso es lo que el chico estaba sintiendo, pero no quería reconocerlo. Su hermana le ayudó porque se lo dijo con claridad. A nadie puede extrañarle que nos equivocamos muchas veces y que no perdemos prestigio por reconocerlo. Al contrario, la persona que reconoce sus errores y

rectifica, se gana más fácilmente el afecto y la estima de los que tiene cerca. Es el mismo consejo que nos da la monja carmelita. Sus doce años de estar muy cerca de Dios, le dan una sabiduría especial. Para que los de mi familia me quieran es importante hacerles fácil que me quieran, o mejor, quererlos yo a ellos.

Libertad y autonomía

Maribel, desde muy chica, tenía la ilusión de llegar virgen al matrimonio, pero hubo un momento en que todo cambió. Ella cuenta un suceso de su vida:

“No sé si fui yo o el ambiente, pero empecé a pensar distinto. Tendría unos dieciocho años. Conocí un chico y me enamoré de él, tanto que estaba dispuesta a todo. Cada vez que nos encontrábamos, yo llegaba más lejos. Ni siquiera sé si éramos enamorados, me daba igual. Una tarde nos habíamos quedado solos en casa. Lo sentía mío y todo para mí. Era el momento. Resultó natural llevarlo hacia mi habitación. Cuando subíamos las escaleras al segundo piso, dio vuelta atrás y se fue. Yo me quedé muy sorprendida. Los cinco días siguientes le mandé

cuatrocientos mensajes y le llamé treinta veces. No me respondió nunca.

Como al mes, me llamó. Me dijo que quería verme. Acepté rápido. Nos vimos. Me cogió las manos y me dijo: “tú vales mucho más que eso”. Entendí de golpe muchas cosas, empecé a sentir lo que es el amor. Fuimos enamorados un tiempo. Luego, lo nuestro se enfrió, pero aquello me ha servido toda mi vida.”

¿Qué la pasó a Maribel? Quizá en el ambiente de amigas que frecuentaba Maribel escuchaba “no vivas reprimida,” “libérate de prejuicios,” “vive tu vida”. Le fue entrando dentro poco a poco y cambió lo que antes pensaba, para pensar de este otro modo. ¿Qué tenía que haber hecho?

Hace pocos días, caminaba por una calle de Miraflores, era la 1.10 del mediodía. En esas, oí gritos cerca. Vi que por la vereda venía hacia mí, corriendo a toda dar, un chico de unos veinte años. Sin camisa. Entendí mejor los gritos: “¡ladrón, ladrón!” Pasó corriendo a mi lado, me rozó. Llevaba un espejo de auto en la mano. Pasó tan cerca que estuve a punto de meterle cabe, pero no lo hice. Menos mal, porque nos hubiésemos caído los dos y seguro que me cortaba feo. Corría muchísimo. Corría tanto y con tanta fuerza, que se me ocurrió pensar que en el futbol podía ganar más plata que robando espejos de carro. Poco después, escuché unos claxonazos potentes y vi

que procedían de un patrullero policial, que estaba alcanzando al ladrón.

Los dos sucesos se relacionan uno con otro, porque con la velocidad del ladrón tenía que haber salido Maribel de esas nuevas ideas que se metían en su cabeza, cuando llegó a la universidad. Pensó que no la afectaban, que ella tenía las ideas bien firmes y sabía lo que tenía que hacer. Se sobreestimó, todos somos débiles. Debió salir corriendo. Ante la tentación, el demonio nos engaña haciéndonos pensar que no va a pasar nada, que no tiene nada de malo. Con la tentación no se dialoga, se huye. Con esa velocidad hay que salir de la página que uno empieza a ver en el celular, o de la chica que sé que me puede complicar la vida, o de una copa más. Se confundió con el concepto de qué es la libertad. Mucha gente se confunde.

En una clase en la universidad, un alumno me planteó la diferencia entre libertad y autonomía. No era una pregunta fácil. Contesté que eran cosas distintas. Recordé que autonomía viene de “nomos”, en griego “ley”, sería darse uno mismo la propia ley, sin que nadie le imponga nada. Y que libertad es la posibilidad de elegir, pero buscando el bien. No hay libertad sin conocimiento de lo que voy a elegir. Les dije: “si a uno de ustedes lo dejan en el centro de una ciudad y desconoce tanto la ciudad como el

idioma, aunque le digan “ve donde quieras”, no podríamos decir que es realmente libre. Si lo dejan en una ciudad que conoce bien, sí es libre. Usar bien la libertad que ustedes tienen supone que sepan dónde están, quiénes son, cómo son las consecuencias de lo que eligen.”

Según lo que les dije, Maribel no estaba usando bien su libertad porque no estaba ubicada en su vida, porque a sus años no podía estarlo, no sabía lo que era verdaderamente el amor, ni pensaba las consecuencias de lo que iba a hacer. El ladrón tampoco conocía las consecuencias que se iban a derivar de robar el espejo del carro. A ninguno de los dos les convenía lo que estaban haciendo, porque no era un bien para ellos. ¿Eran libres, eran autónomos? Parecería que ni una cosa ni otra.

Conocimiento previo de algunas cosas importantes y pensar las consecuencias de lo que vamos a hacer, es requisito para realmente ser libre.